



MIGUEL EDUARDO PARDO

TODO UN PUEBLO

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

MIGUEL EDUARDO PARDO

TODO UN PUEBLO

- I -

Al asomarse a la ventana de su casa, Isabelita Espinosa queda absorta, deslumbrada, casi ciega.

¡Todo arde, todo brilla, todo es luz! Todo parece que palpita y gime bajo los rayos de un sol fogoso y casi bravío que, abriéndose paso a través de las nubes, señorea por los espacios su deslumbradora fiereza. Nada detiene su invasión: después de incendiar la atmósfera llega a la cumbre de la montaña, y la montaña adquiere cárdenos resplandores de volcán; hace de la llanura un océano de fuego; espanta las sombras de la campiña, que van despavoridas a esconderse no se sabe dónde; entra en los patios, en los jardines, en los corredores mismos de las casas; relampaguea en los tejados, inflama las paredes; arranca vivos, sangrientos centelleos de las piedras del arroyo, y al revolcarse, despiadado y frenético, sobre la tierra desnuda, la tierra se estremece, abre su seno voluptuoso y exhala un tibio y prolongado soplo de lujuria...

Herida de súbito por tan violentos resplandores, la señorita que acababa de asomarse a la ventana pestañea con precipitación dos o tres veces: se lleva instintivamente una mano a los ojos, a guisa de pantalla, y explora con ansiedad la calle.

La calle está desierta, a pesar de ser una de las más céntricas de la población y de formar su más ancha y renombrada vía, entre la vieja catedral y la Plaza Nueva, que acaba de inaugurarse.

A esta plazuela, destinada a la venta de flores y de pájaros, miran tres de las cinco ventanas que cuenta la casa de don Anselmo Espinosa; las otras dos caen sobre un callejón sucio, estrecho y mal empedrado, que sirve generalmente de refugio a los pilluelos, y donde resuena a la sazón, entre mil zumbidos de invisibles insectos, un lejano canto de mujer, que trae de los corrales vecinos una que otra ráfaga de aire.

El calor es cada vez más sofocante y la luz del sol cada vez más intensa. Pero la señorita resiste aún a pie firme la intensidad del medio día. Sin embargo, dijérase que va cansándose de su larga investigación, que empieza a ceder. Por lo menos ya no oculta su inquietud; se mueve incesantemente de este o de aquel lado; dirige la vista a todas partes: hacia la

plazoleta, hacia la esquina, y calle arriba, calle abajo, pasea su inspectora e impaciente mirada.

Por fin, esta impaciencia tórnase en disgusto, y, no encontrando lo que busca en la incendiada travesía, se retira de la ventana, dejándola entreabierta.

Momentos después un joven asoma por el fondo de la plaza; la atraviesa a pasos rápidos, cruza la calle de igual modo y se acerca, decidido, a la casa de Espinosa. Allí se detiene o lo detiene un tropel de notas mágicas que, desprendidas de un piano, salen violentamente por la ventana. Son los preludios raros, fantásticos a ratos y a ratos insurrectos, del Lohengrin, que vienen a buscar espacio a su grandeza en sitio más amplio del que pretenden encerrarle. La música wagneriana no debe hacer muy buen efecto en el espíritu del parado caballero, a juzgar por la cara que pone.

No obstante, permanece inmóvil, atento al ruido de la vibrante partitura. El sol cae de plano sobre su cabeza, pero tampoco se da por entendido. La enfadosa creación le paraliza todos los movimientos.

Después de un rato de audición... y de sol, se acerca más a la ventana, introduce resueltamente un brazo a través de los espaciados balaustres y golpea con los nudillos dos veces repetidas sobre las entornadas hojas.

Inmediatamente cesa el prelude y aparece de nuevo Isabel, poseída, no ya de anhelante curiosidad, sino de extraña y visible turbación.

-¡Julián! -exclama al reconocer al joven-, creí que no venías. Te esperé mucho tiempo, y viendo que pasaba la hora, entré y me puse a estudiar.

El nombrado Julián, en vez de contestar a estas sencillas palabras, clava en el rostro de la muchacha una intensa mirada de reproche.

Es un mozo de regular estatura, delgado, pero recio y fuerte; trigüeño, pronunciadamente trigüeño, casi cetrino. Viste de negro y no del todo mal, aunque podía vestir mejor, con traje menos amplio y más adaptable a su edad. Unos ojos escudriñadores, insistentes, como los ojos de los miopes, juntamente con un pelo negro indómito, y un bigote también negro y un poco alborotado, completan su fisonomía física.

Hay algo más, algo que caracteriza y ensombrece a esa cara alegremente fea; y ese algo, que surge violento y duro del entrecejo, es una herida vieja, ya curada, una herida que, vista de perfil, creyérase una marca hecha con un hierro encendido.

La turbación de la muchacha crece ante la silenciosa persistencia del joven, y agrega como si contestara a una pregunta:

-Pero, ¿qué quieres tú, Julián; si papá se empeña en que yo figure en esa fiesta de caridad? Él es uno de los miembros de la junta, y ya sabes con el calor que toma papá las fiestas benéficas.

-Sí, ya lo sé -responde el joven, esforzándose en suavizar la entonación de su voz, algo alterada por la contrariedad que estas palabras le producen-; ya lo sé. Con demasiado calor. Por eso cree él que es un deber tuyo contribuir a sus éxitos tocando trocitos de ópera.

-Cosa que, después de todo, no tiene nada de particular.

-Sí tiene. Por lo menos es una ridiculez andar a todas horas cantando en los coros de las iglesias y saliendo a los escenarios a divertir al público.

-Pero yo no lo hago por mí gusto.

-A disgusto tuyo o no, lo haces.

-Me lo imponen.

-De modo que si a ti te imponen que te vistas de mamarracho, ¿te vistes?

-¡Ah, no, eso no! -contesta, muy decidida y con mucha ingenuidad, la señorita.

-¡Pues es lo mismo, mujer, lo mismo! ¿Crees tú que honra y enaltece mucho eso de figurar en las crónicas de los periódicos, después de cada fiesta, siempre bajo el mismo cliché? "La bella y espiritual Isabel, la hija de nuestro amigo el acaudalado banquero don Anselmo Espinosa, arrancó al piano por manera magistral la partitura del Caballero del Cisne." Esto quisiera tu padre: ¡ser el Caballero del Cisne!

-¡Qué cosas tienes, Julián, qué exagerado eres!

-Me calificas de exagerado porque te rezo el Evangelio; bueno, no me importa. Lo que me importa es otra cosa: que no tomes parte en esa velada. Anoche me ofreciste obedecerme, y ahora sales con que si papá se enoja... ¡Qué se enoje! No irás. Puedes decírselo.

-¡Dios mío! ¡Y cómo le digo yo eso a papá! -exclama la muchacha, con angustia-. Se va a poner furioso; eso no puede ser.

-¿Qué no puede ser? -pregunta éste, frunciendo el ceño-. ¿Es que no quieres?

-Sí, quiero; pero no puedo.

-Podrás, ya lo creo que podrás. Busca un pretexto.

-¿Cuál?

-Cualquiera. ¡Qué sé yo! Te duele la cabeza, el corazón... En último caso te resistes. Cueste lo que cueste y suceda lo que suceda, faltarás ¿Quedamos en eso, sí o no? Responde.

Isabel no responde. Acometida de súbita tristeza, inclina la cabeza sobre el pecho y deja caer los brazos con desaliento, en actitud resignada. Mientras, Julián, con su ceño habitual más profundamente pronunciado, ahora permanece impasible.

La pausa es larga y embarazosa.

Al cabo de un rato la muchacha balbucea una súplica, y esta súplica, que no tiene bastante vigor para salir clara y robusta de sus labios, se le asoma a los ojos transformada en lágrimas.

Julián, que la espía, levanta a su vez la mirada sorprendida hacia el rostro de la joven.

-¿Cómo, lloras? ¿Por qué lloras? ¿Es que te ofendo pidiéndote que me cumplas lo ofrecido?

-No, no es eso. Bien sabes que quiero lo mismo que tú quieres. Te digo que no es eso...

-Y ¿qué es entonces?

Isabel vacila un instante; después, con voz entrecortada, dice:

-¡Es que mamá, la pobre, está tan enferma! ¿Qué me importa a mí el sacrificio tratándose de ti? Pero ella, ella es la que sufre todas las intemperancias de mi padre...

Y luego, revelando en el acento, en la misma frase que pronuncia, toda una historia de dolor, añade:

-¡Ah, Julián, si tú supieras!

Quédase éste un tanto suspenso al oír las melancólicas frases de la hija que evoca las tribulaciones de la madre y, sintiendo que allá, en el fondo de su alma, se despierta de pronto el dormido recuerdo de la suya, tiene un rasgo de nobleza, que se traduce de este modo:

-Mira, tienes razón; soy un terco insoportable. No había pensado en la pobre Juana, que tanto nos quiere... Pero me indigna, ¿sabes? me subleva don Anselmo. ¡Ojalá pudiera decirle!...

-¡No le dirás nada, rebelde! -le interrumpe, ya repuesta de su pena, Isabelita, haciendo ademán de taparle la boca-. ¡Rebelde!

El exaltado joven se sonríe; arrepíentese de lo que va a decir, y cambiando de entonación deja escapar una interminable serie de incoherencias entremezcladas de ternezas.

-Perdóname, Isabel... No sé, a veces, ni lo que hablo. Y es que me vuelvo loco cuando me acuerdo de las intransigencias de tu padre. Me enfurezco, no lo puedo remediar. Ya ves tú: ahora mismo te iba a dar un gran disgusto, por contrariarlo a él... Pero tú me perdonarás; ¿es verdad que me perdonarás? ¡Tú que eres la más buena, la más bonita de las mujeres!

En vano ha querido imprimir el caballero apasionado acento a sus palabras: resultan frías en sus labios y hasta impropias.

Isabel es algo más que buena; es algo más que bonita: un verdadero prodigio de hermosura. Tiene diez y ocho años y tiene además, para realce de su rozagante y espléndida juventud, una infinidad de admirables y sugestivos encantos físicos, tales como sus grandes ojos garzos, velados por largas pestañas; su pelo ondeado y rubio, como el oro; sus mejillas frescas, y su boca pequeña y húmeda, que es un verdadero nido de sonrisas.

Y para complemento de hermosura, un cuello hecho a torno, un seno arrogante, decidido, de firmes y punzadores atractivos, y un talle esbelto y muy bien formado, de donde arrancan en fugitivas y magníficas curvas unas opulentas y redondas caderas de estatua griega.

Isabel y Julián, sobre ser novios, son parientes muy cercanos: él, hijo de José Andrés Hidalgo -malamente asesinado hace dos años, a la vuelta de una esquina-, y ella, hija de don Anselmo Espinosa y Juana Méndez Hidalgo, prima del difunto José Andrés.

Los jóvenes negaban que el vínculo de la sangre hubiese alcanzado entre ellos el excelso grado de la jerarquía amorosa. Más recio de convencer el intransigente padre; creyó siempre en un enigmático y no muy disimulado cariño, que encubría mal la parentela y que a menudo lo ponía fuera de sí, dándole margen a acaloradísimas disputas con su mujer sobre los fatales enlaces y funestísimos cruzamientos de familia. Juana, no obstante las reyertas y enfermedades que el noviazgo de la hija y el pariente le proporcionaban casi a diario, lo consentía y lo alentaba, en lucha con la hostilidad de su marido.

De aquella fiera persecución paternal se desprendían los furtivos coloquios, las citas azarosas, los apretones de manos al paso, a las salidas de los teatros, de los bailes, de las reuniones en que por casualidad se veían.

En Isabel el cariño fue como una espontánea y natural eflorescencia; brotó de su corazón bello y hermoso; tomó cuerpo, creció y creció cada día más; amó en Julián el contraste, la energía de carácter, la rebelión, la fuerza.

En Julián puede decirse que el amor estaba sostenido por la contrariedad de un padre arisco: el señuelo más eficaz para los cariños que vacilan.

Y aun así y todo se veía que luchaba a brazo partido con un sentimiento extraño, inexplicable; y que por ende su amor, no estando completamente definido, más bien que pasión de enamorado parecía satisfacción de rebelde que triunfaba.

De aquí que las frases brotaran de sus labios ahora bruscas y tiernas juntamente, mezcladas de imposiciones y de afectos.

Isabel se ruboriza oyéndose llamar por él buena y bonita. Esto te basta para juzgarse feliz. Una sola expresión de su afecto la sugestiona; un llamamiento suyo la atrae, y confusa, temblorosa de dicha, se inclina sobre el alféizar.

Él, olvidando su disgusto, olvidado del sitio en que se halla, viendo que la alegría se refleja en la cara de su novia, se apodera de una de sus manos, y mano sobre mano comienza entre los dos un diálogo suave, discreto, que flota como un vago y desmayado murmullo en aquel ambiente cargado de luz y de bochorno.

Mas cuando ya se entregan por entero a su deliquio, cuando Julián empieza a ser amante e Isabel a ser dichosa, se oyen dentro, en la sala, los pasos precipitados y enérgicos de un hombre que se acerca a la ventana.

Isabel apenas tiene tiempo para incorporarse y decirle con angustiosa voz a su novio:

-¡Vete, vete!... Es papá.

Aún no lo acaba de decir cuando aparece detrás de ella la terrible, enorme y apoplética figura de don Anselmo Espinosa. Isabelita se vuelve, aterrada, muda de miedo y de vergüenza. A Julián la sorpresa lo deja clavado en la acera.

El irritado y cejijunto padre ni siquiera pronuncia una palabra; pero agarra brutalmente a la hija por un brazo y la sacude con tal fuerza, con tal ferocidad, que la muchacha vacila, da un traspiés y tiene que apoyarse en la ventana para no caer.

Vuelto entonces de su estupor, indignado de aquella acción inicua, loco de pena y de ira, con las mejillas inflamadas, con los ojos fulgurantes de odio, con las manos crispadas y cogidas rabiosamente a los balaustres, Julián Hidalgo se levanta sobre la punta de los pies y vomita, más que profiere, estas palabras:

-¡Cobarde!... ¡Es usted un cobarde, señor Espinosa!...

A este estentóreo grito de furor contesta don Anselmo cerrando de un golpe formidable la ventana. Y el sol, aquel sol fogoso y bravío que señorea por los espacios su deslumbradora fiereza, que incendia la atmósfera y relampaguea en los tejados y arranca vahos de inmensa lujuria al seno hinchado de la tierra, dijérase que se revuelve también y se enrojece aún más y golpea furioso, despiadado, frenético, con sus sangrientos rayos, la ventana que acaba de cerrarse.

- II -

De herencia le venía a Julián Hidalgo el ser levantisco: de los abuelos rebeldes, de aquellos viejos épicos, caudillos de tribus vencidas, a quienes la historia de la conquista negó el valor y regateó el heroísmo porque no quisieron admitir la civilización a latigazos.

Insurrectos de esa talla, bravíos guardianes de sus mujeres y sus tierras, fueron los predecesores del primer indio anónimo que apellidó "Hidalgo" el invasor.

El indio sometido, pero no domado, escondió el odio en no se sabe qué rincón del alma y lo transmitió a sus hijos.

José Andrés lo extrajo íntegro, y el sombrío rencor de José Andrés peregrinó por la ciudad conquistada hasta hacer nido caliente en el seno harto joven de Susana Pinto, criolla de pasiones prematuras, imprevistas, involuntarias, volcánicas todas.

De aquel rencor de hombre y de esta fiereza de hembra de juventud precoz, nació Julián, y nació rebelde como nació feo, por atavismo de raza, rompiendo bruscamente las entrañas de una madre casi niña que no podía darlo al mundo.

Los primeros años de Julián, revoltosos y terribles, ofrecen algunos menudos y variados lances a la claridad de esta historia.

Por una multitud de crímenes infantiles encerraron a nuestro héroe en un colegio donde, a vuelta de dos o tres semanas de lloriqueos y protestas, encontró, para consuelo de sus penas, un amiguito tan travieso como él, y que atendía a la lista de los réprobos del severo instituto por el nombre de Luis Acosta.

Luis era inteligente, muchacho audaz, simpático, pero díscolo y pendenciero hasta dejarlo de sobra.

Decíase que era un expósito, hijo de nadie, y que el director del instituto le había hecho el favor de prestarle su apellido para igualarlo a los otros condiscípulos. Esto lo decían sotto voce, en las tertulias de asueto, en el fondo del corral, cuando él estaba ausente; porque Luis "se mataba con cualquiera", y gastaba cuerpo de gigante, y los tenía a todos metidos en un puno; sobre todos ellos a un tal Teodorito Cuevas, niño elegante, si los hay, tan ufano de su persona y de su nombre que solía firmarse al pie de las planas: "Teodoro César de las Cuevas y del Milagro de la Concha."

Este aristocrático feto pagaba a menudo las rabietas de Luis Acosta; cuando no le llenaba las botas de carbón, le rompía las narices de una bofetada.

El natural fogoso y emprendedor de Julián halló cumplido molde en el carácter de Luis, y de esta guisa, unidos y estrechados, marcharon de braceté por la senda de las diabluras infantiles: estas diabluras le proporcionaban con frecuencia muy tremendos y rigurosísimos

castigos; pero los castigos que hacían reír a Luis enfurecían a Julián, enardecándolo hasta el punto de hacerlo airado y atrevido con sus maestros.

Una tarde se armó una gran pedrea en el jardín del colegio, y Teodorito Cuevas, que no pensaba más que en vengarse de los maltratos de Luis Acosta, parapetose detrás de un árbol y le arrojó brutalmente un cascote lleno de clavos y otras materias "criminales"; y lo hizo con tan mala fortuna que, en vez de partirle la cabeza a su verdugo, como él quería, encontró blanco en la frente de Julián, que andaba cerca.

De aquella frente brotó sangre en abundancia, y hubo alaridos de espanto y carreras en tropel y lavatorios furiosos en el agua de la pila; y, para completar, una cura maravillosa de telas de araña, aceite y otros menjurjes que resultaron providencialmente eficaces, volviendo de esta suerte el alma al cuerpo de los desasosegados colegiales, temerosos, y con razón, de que el suceso llegara a oídos del inflexible director.

Y el director al fin y al cabo se enteró, es claro, y llamó a capítulo a todo el mundo y prometió un castigo ejemplar para el autor de la hazaña.

Pero en cuanto supo que la agresión fue involuntaria, y que había partido de Teodoro, a cuyos padres rendía él consideraciones casi serviles por lo mucho que le sonaba el apellido, limitó la terrible reprimenda a un profundo y filosófico sermón sobre la influencia de las pedreas en los destinos de los jóvenes.

Aquello exaltó, en vez de calmar, la cólera de Julián, que esperaba ver colgado de las vigas del techo al elegante caballero; y la cólera recogida e impotente se convirtió luego en una lágrima, en una de esas lágrimas que dejan huella invisible, pero eterna, en las mejillas de los niños.

Y tan honda, o más honda aún que la herida de la frente hecha por la mano de un compañero de colegio, fue la otra, la hecha por la injusticia de los hombres, la que llevó a partir de aquel día en el fondo del alma el levantisco Julián.

La raza indómita de los Hidalgos, provocada y hostilizada en un espíritu infantil, empezaba a revelarse.

Y en esta situación de ánimo sorprendió al muchacho la época de exámenes y el reparto de premios, que él esperaba con ansia, satisfecho de haber ganado muchos. Bien poco le duró la satisfacción. Los maestros, que le habían tomado ojeriza por los muchos sobresaltos que les daba, repartieron sus tres premios, brillantemente ganados en las clases de Matemáticas, Filosofía y Letras, entre otros condiscípulos.

Así creyó morir de coraje cuando oyó, en plena fiesta y delante de su padre, que aún vivía, y de su pariente don Anselmo, aquel continuo llamar a los demás alumnos.

A un desconocido Mengáñez le dieron los de Matemáticas, y a un Fulano, también desconocido, el primero de Filosofía.

Oír aquellos nombres indeterminados y sentirse poseído de santísimo furor de protesta, todo fue uno. Se levantó súbito del asiento, y sin respetar ni la presencia de sus parientes, ni lo selecto del concurso, exclamó, enseñando los puños:

-¡Eso no, caramba! ¡Esos premios son míos... míos! ¿Por qué se los dan a esos jumentos, a esos...

El asombro de los allí presentes no era para descripto: el director tomó un gran berrenchín; el tío, don Anselmo, dijo que aquella incalificable rebeldía estaba pidiendo algo así como el tormento de la Inquisición, y José Andrés, que en el fondo se regocijaba de la salida del muchacho, aunque otra cosa dijera, decidió separarlo del colegio para meterlo, no en la cárcel, como pretendía Espinosa, sino en la Universidad, que era más liberal que el Instituto. De la Universidad salió, sin completar sus estudios, a ponerse al frente de la secular posesión que su padre conservaba, como reliquia santa, allá en los mismos augustos montes donde fueron degollados sus abuelos.

- III -

Al poner el pie en aquella selva vigorosa y patente, entregada a la ciega energía de la procreación cargada de luz de sol, nutrida de aguas fecundantes, infatigable en su lujuria y magnífica en su salvajismo y en su fuerza, del pecho de Julián brotó un grito de admiración súbita.

El bosque sorprendido contestó rugiendo al saludo juvenil... Diríase que el agosto recinto, el inmenso refugio de sus mayores, reconocía en él al vástago de la vieja tribu, porque hubo como rumores de torrentes en las quebradas hondas y estremecimientos de árboles añosos, taciturnos testigos de injurias no olvidadas; y hubo también como diálogos de pájaros en huelga y palmas gigantescas que batieron sus lánguidos brazos en señal de regocijo, y un águila caudal extendió sus alas enormes y fue a cantarle en su idioma estridente de granizados al abierto espacio, la llegada del último Hidalgo a la montaña inaccesible.

Jamás un alma joven y aturdida se abrió tan rápida y espontáneamente a la regeneración como la de Julián. Salió desgarrado y triste de la ciudad, y la sola influencia, el hálito fecundo de la tierra generosa que pisaba, le volvió la vida.

Libre de la vulgaridad, de la pequeñez, de la rutina del medio ambiente que respiró su maleada juventud, una segunda juventud, sana, bella, floreciente y nueva se desprendió de la primera; recuperó su ser, casi perdido para toda cosa de provecho; se alegró de pronto su imaginación, y sus ojos adquirieron esa gozosa mirada de felicidad que puso la poesía en la pupila de Adán, cuando Adán despertó para asistir a la aurora del mundo.

Decididamente el espíritu de aquel mozo había sido hecho para la grandeza. Se asimiló el bosque como se asimilan ciertas personas, sin saberlo, las costumbres y las cosas, el idioma y el estilo del país extranjero que frecuentan; y el frecuente roce con la selva le comunicó a Julián toda su existencia: algo de su poder, mucho de su serenidad y un poco de su fiereza hermosa.

Acabó por amar todo aquello que era suyo. Abismos y vertientes y picachos, merced a sus fantásticas creaciones, se despojaban a veces de su materialidad de cosas y adquirían, según sus sueños, figuras vivientes de personas que lo amaban. Los criados de la finca, que lo vieron nacer y lo querían como a un hijo, constituyeron su hogar, y a vuelta de dos o tres años recordaba apenas de una manera vaga, a modo de confusa pesadilla, casi con horror, la ficticia alegría de su pasado.

¡Qué feliz se consideró entonces! Faltábale, no obstante, una persona a quien comunicarle aquella ruda, semibárbara felicidad, y cometió la torpeza de manifestársela en extensa carta a su imprescindible amigo Luis Acosta.

Aquella carta fue su perdición.

Luis había llegado a gozar en la sociedad de los mismos privilegios que gozó de niño en el colegio. Vivía de una cuantiosa pensión que "el maestro" le fijó, sin decirle su procedencia, y vivía bien, gastaba a manos llenas, entrando porque sí, porque le daba la gana, a todas partes, como Pedro por su casa, y tratando a todo el mundo con un desenfado inaudito, como si todo el mundo estuviera obligado a rendirle homenaje a su valor y al grueso bastón con que a veces ayudaba por modo elocuente sus habituales descaros.

Luis le contestó a Julián extensamente y le narró historias y le habló de todas aquellas rencillas y mezquindades de pueblo que él había olvidado. La correspondencia desde aquel momento fue asidua, semanal, indispensable; cuando Luis escribía sobre esta o aquella atrocidad, Julián, indignado, pedía regeneraciones inmediatas, hombres nuevos, cosas imposibles.

Y en aquel ir y venir de informaciones y juicios y protestas, acabó por formarse en su alma una prevención sorda y tenaz: no sabía contra quién; pero aquella prevención, que no halló en la selva donde posarse, tomó cuerpo al cabo, y se fijó en una parte de la Humanidad, que no trataba precisamente, cuando, urgido y solicitado por Susana, tuvo que regresar, nada menos que a enterarse del asesinato cometido en la persona de su padre.

Fue un crimen misterioso, extraño, horrible, realizado a la vuelta de una esquina. Nadie vio, nadie supo nada hasta el día siguiente, que se encontró el cadáver tirado sobre el arroyo, y junto a él un bastón roto y un puñal, cuyo mango, de plata oxidada, tenía adherido, como muestra trágica del hecho, un mechón de cabellos ensangrentados.

Primero se habló de un crimen político, después de una venganza, y, por fin, de un "acto pasional", por lo que salieron a relucir sus facultades analíticas todos los Lombrosos,

Tardes y Ferés de la gentil ciudad. Todo el mundo habló del crimen como si lo hubiera presenciado, y, sin embargo, el crimen quedó impune.

Dijérase que por uno de esos raros sports de los pueblos poco socorridos de sucesos espeluznantes, quién más quién menos quería ser allí cómplice del asesinato de José Andrés.

El golpe, a pesar de la cólera de león que se traía Julián del bosque, lo anonadó; lo anonadó de tal suerte, que no se dio cuenta de que algo más siniestro, si cabe, que la muerte de su padre empezaba a flotar con temblores de deshonor sobre su desolado hogar... ¡Ignoraba todo! No sabía nada, no comprendía, no sospechaba siquiera que la por muchos títulos virtuosa Susana Pinto, la madre queridísima, la viuda infeliz, sufría en silencio unas tan brutales proposiciones amorosas de don Anselmo Espinosa, que tocaban los límites del cinismo.

Aquel hombre impúdico, codicioso, sensual, turbado por las involuntarias voluptuosidades de la viuda, en plena sazón de belleza, aguijoneado, en fin, por un repentino deseo que se le agarró a la sangre, quiso violar el respeto que debía al cercano parentesco; y Susana, temerosa del disgusto que tal relato pudiese ocasionar a su hijo, no se atrevía a decírselo.

Julián presentía, no obstante, algo inexplicable; presintió la lucha, adivinó la catástrofe de lejos, y todo ello fue en él instinto de raza, de aquella raza indómita, vencida, pero no domada, a latigazos en los laberintos mismos de su selva.

Adiestrado ya para el combate, se preparó inconscientemente y se declaró de una vez para siempre aquel carácter impetuoso, vehemente, que no conoció nunca el perdón. Al primer rozamiento del colegio, a aquella injusticia manifiesta se añadió la antipatía anticipada de la gente, y a ésta la desgracia de su padre, junto con el presagio de su deshonor.

De ahí que todo mal proceder, cualquiera cosa, nada, le lastimaba la herida, y la herida tuvo siempre una boca abierta, por donde manaba a veces sangre en abundancia.

Ni el tiempo, ni la alegría, ni el amor mismo de Isabel, triunfaron de la rebeldía insólita que se irguió desde entonces en la airada memoria de Julián Hidalgo.

Para festejar debidamente la entrada del nuevo año se ha embellecido, por espléndida manera, con banderolas, arcos, lazos, gallardetes, juegos de luz e hileras maravillosas de farolillos de mil colores, la Plaza Central de Villabrava.

Aquello está que arde.

La alegría estrecha las distancias y anuncia y despierta en todas las almas idénticas sensaciones de placer, porque aristocracia y pueblo se confunden, se amontonan, se estrujan y desfilan, furiosamente apiñados, bajo una granizada de tropicales notas que impunemente les dispara desde su doble trinchera de atriles la atronadora banda municipal.

El vocerío es extraordinario; los fuegos artificiales no cesan; la muchedumbre crece... Numerosas y respetables familias se autorizan el mágico placer de admirar desde sus asientos, colocados a derecha e izquierda del paseo, aquel compacto desfile; y apuestos, elegantísimos mancebos, que con el sombrero ladeado y el bastón empuñado al revés, en señal de distinción, cruzan de punta a punta la revuelta plaza, se arrancan de vez en cuando el supradicho sombrero para saludar heroicamente a las damas que encuentran al paso.

Uno de estos heroicos saludantes es Teodorito Cuevas, más conocido por Teodoro de las Cuevas y del Milagro de la Concha, condiscípulo de Julián ayer, y hoy figurín inmarcesible, terror de casadas y solteras, orgullo de la Plaza y pasmo de la arrebatadora cursilería villabravense quien a fuerza de imitar la flamante indumentaria al "elegante" joven, porque había llegado de París en esos días, acabó por plagiarle definitivamente, no sólo las corbatas, los pantalones, los sombreros y los zapatos de punta afilada y primorosa, y sobre todo esto un idioma especial, exclusivamente de Teodoro, y el cual idioma consistía en intercalar en toda conversación palabras exóticas y mal aprendidas en el trote del boulevard.

Teodoro saluda en este momento a una enmarañada, deliciosísima selva de plumas, sombreros, encajes, cintas e inverosímiles volantes que se destacan en primera fila y que pertenecen a las esposas e hijas respectivas del doctor Pérez Linaza y del general León Tasajo, famosos caballeros éstos por su inquebrantable amistad y por el prodigioso número de muchachas casaderas que ofrecían a la juventud villabravense.

No se concebía en Villabrava a una Pérez Linaza sin una Tasajo al lado, como no era posible ver al general sin su inseparable amigo; de tal suerte que la malicia, tan diestra en averiguar vidas ajenas, principió por saber cosas muy feas entre las señoras y señoritas mencionadas, terminando por colgar otras más feas aún al ardoroso afecto del valiente general y del perínclito doctor Linaza.

Las hijas de Tasajo eran tres; cuatro las de Pérez, distinguiéndose entre éstas la menor de edad, pero la mayor y más robusta de cuerpo. La llamaban Providencia, y era, en efecto, una providencia monstruosa, colosal, abundante de pechos, sobrada de espaldas, rolliza de cintura, con unas caderas tan abultadas y violentas, que, vista por detrás, Providencia parecía una de esas poderosas yeguas normandas, cuyo trote reposado y lento semeja a veces el pensativo andar de una persona.

Y esta yegua, decíamos, esta mujer inconmensurable, amaba; y el amor, no lo creerán ustedes, el amor la había hecho romántica, hasta el punto de producirle los ardores, inquietudes y ansias propias de las grandes pasiones, unos tan architerribles ataques de nervios, que la dejaban desmayada y tonta para muchos días.

El privilegiado mortal causa y objeto de esta fogosa pasión, era Florindo Álvarez, poeta acreditado de pindárico y "protorrayo", no sólo por sus robustas estrofas, sino por la extraordinaria delgadez y altura corporales con que el cielo premiara al ennoblecido vate, para completar su fachada de ente original. Pasaba como hombre bueno a los ojos de todo el mundo y era el mozo de más mala índole que había en la población.

Es él quien hace el gasto a la sazón en la enmarañada tertulia, derramando sobre ella las más frescas flores de su numen.

Pero "las niñitas", como las calificaban sus padres, son harto alegres y revoltosas para sostener más de una hora la almibarada conversación del bardo glorioso, y cogen por los cabellos lo primero que pasa, variando así de tema y armando un zipizape por la menor majadería. Todo en aquel ardiente circulito merece un aplauso, una carcajada, un mote, un chillido argentino...

Y a medida que van ocurriendo asuntos dignos de sus vibrantes regocijos, las lenguas de aquellos angelitos no descansan y van soltando chistes a granel, y entreverando frases, y zurciendo epigramas, y narrando cuentos a propósito de tal cual suceso, motivo de escandaloso comentario.

-Pero, ¿tú no sabías nada, criatura? -dijo Providencia.

(Entiéndase por criatura a Florindo.)

¡Qué iba él a saber! Su cabeza era una olla de grillos por aquellos días. Estaba escribiendo un poema para el aniversario poético-musical de la Academia, que debía celebrarse próximamente con un certamen despampanante. Enloquecido por los tropos y los consonantes, no se había dado cuenta de lo que pasaba en la casa de don Anselmo, comidilla actual de aquella encantadora reunión.

-¡Un verdadero escándalo, Florindo, un horror! Hubo gritos, protestas y desmayos. Después que el osado Julián se fue, don Anselmo montó en cólera y de la cólera desbordada resultó un torrente de injurias para la esposa "consentidora", para la hija "imbécil", para el mozo "estrafalario". Juana salió, como siempre, en defensa de los novios, y el desbarajuste llegó al colmo. ¡Qué interjecciones más gruesas! ¡Qué ferocidad de ultrajes! No te puedes figurar. ¡Acabó aquel hombre por tirarle una botella a la cabeza!...

-¿A quién?

-¡A su mujer, Florindo, pareces tonto!

A Florindo le pareció imposible aquello. ¡Como él era así, tan cándido!

-¿Imposible? -apuntó, enfurecida, una Tasajo que parecía una flauta- ¿y un día de fiesta que pensábamos hacerle una visita a esa gente tuvimos que volvernos desde la puerta?

-¿Cómo?

-¡Cómo que había un escándalo dentro!

-Sí, es verdad -añadió la mayor de las Pérez Linaza, interrumpiendo a la que tenía la palabra-; don Anselmo le gritaba a Juana que era esto y lo otro; Juana decía que se iba a marchar de aquella casa; Isabel se echó a llorar, desesperada...

-Y los sirvientes -terminó Providencia- se asomaron, riéndose, por detrás de los visillos del comedor, para gozar a sus anchas de la pelotera.

-Eso sería una frívola discusión de familia.

-No seas majadero, Florindo. ¿Qué discusión ni qué ocho cuartos? Un desbarajuste. Parecía aquélla una perrera. Mira tú si fue grande el escándalo, que los vecinos salieron a las ventanas. ¡Y eso que el vecindario es aristocrático!...

-Si no hubiera sido en la casa de don Anselmo -concluyó por decir otra-, de seguro que interviene la Policía.

-¡Oh, oh! -exclamó el inocente poeta, que no se atrevía a censurar definitivamente a su ilustre amigo Espinosa, porque te prestaba dinero cuando le hacía falta, cosa que ocurría con frecuencia-. ¡Oh, oh!

Y aquel ¡oh! emitido tan patéticamente que conmovió a la hirviente tertulia, fue precursor de un saludo gloriosísimo, inesperado, estentóreo.

Arturito Canelón, el periodista que con Florindo Álvarez compartía en el país los dictados de "eminente joven", escritor "ígneo" y "criollo luminoso", apareció allí de repente, radiante de felicidad, rebosando satisfacción inmensa.

¡Arturito por allí, Canelón por allá!

-¡Ingrato!

Todas querían hablar a un tiempo.

-¡Perdido!

-¡Qué no se le veía a usted!

-¿Dónde estaba usted metido, hombre de Dios?

-Nos tenía usted muy enfadadas, mucho.

-Si merecía que no lo quisiéramos...

-¡Inconsecuente, inconsecuente!

Hijo natural de un notable hombre público y de una lavandera, que murió, para su dicha, siendo él niño, Arturito Canelón le cayó en gracia a la familia legítima de su padre, y allí obtuvo todo y más de lo que necesitaba: mesa, educación y apellido. Al apellido le agregó la maldad un apodo: el de Longinos ilustrado, porque en una Jerusalén casera, el famoso Arturito representó el triste papel de ciego bíblico, no sólo para darle una lanzada a Jesucristo, sino para darse la satisfacción de pronunciar un discurso antes del hecho. Era el lado débil del flamígero joven. Y no perdía ocasión de demostrarlo en distribuciones de premios, en todas las fiestas benéficas y en todos los actos más o menos públicos que se celebraban con harta frecuencia, casi semanalmente, en Villabrava.

El público, al principio, se rió del aturdido y petulante jovenzuelo; pero éste, adivinando de qué pie cojeaba aquel público reacio, acabó por adularle desde la tribuna con tales y tan deslumbradoras frases, con tan patéticos y bizarros ademanes, que la sociedad entera se rindió; la fiera estaba domada. ¿Cómo no? Canelón tenía en cada discurso frases hipnóticas, bellas, épicas delirantes para los poetas, para los periodistas para los sabios, para los pintores y para los héroes de la gentil ciudad.

Una turba de imágenes radiosas fluía siempre de sus labios, y aquellas imágenes tenían el color de las flores de Villabrava, el brillo de su cielo, la frescura de su brisa y el reflejo de su sol. Las mujeres, sobre todo, se volvían locas oyéndolo: oyendo aquellas cosas tan seductoras, tan liliales, tan estupendas, que les decía Canelón. Ya no eran frases, sino sinfonías de frases, aquéllas de sus discursos repujados de "fulgores de ojos negros", de "mejillas tempranas", de "senos ebúrneos", de cabelleras "clásicas", de talles "aéreos"...

Y las damas, temblando de emoción y de placer, agitaban desde sus asientos los pañuelos y los pintados abanicos, sacrificando los quilates más o menos subidos de su emperifollada nobleza en aras de la fraseología estrepitosa de aquel Canelón.

Empingorotado de esta guisa y bañado por la protectora luz que irradia, a veces, la improvisada gente de buen tono, se presentaba el joven Canelón en todo sitio público con aire de conquistador favorecido y luminoso, como podemos ver por el recibimiento que acaban de hacerle las Pérez y las Tasajo juntamente.

El radiante joven no salía de su apoteosis, y aceptó con admirable valentía aquel chaparrón de simpáticas injurias, repartiendo, en cambio, sendos aterciopelados, blanquísimos jazmines, que traía ocultos debajo de la levita, entre sus adorables detractoras. Después se acercó a Florindo y le sopló al oído un secreto, del cual secreto pescó parte de la reunión el nombre de Julián Hidalgo.

-¡Hemos oído!... ¡Hemos oído!... -gritaron, aplaudiendo, entusiasmadas de su propia perspicacia, dos de las siete señoritas.

-¡A ver, que se diga! -prorrumpieron las otras-. ¡Que se diga inmediatamente!

-¡Aquí no se permiten secretos!

Canelón, acosado, abrió la boca. Pero al instante se la cerró un formidable disparo, seguido de atronador vocerío, y de un gran estrépito de campanas echadas a vuelo.

El nuevo año, precursor de dichas imaginarias, anunciaba ruidosamente su presencia a los humanos. Por lo cual, las señoritas Pérez Linaza y Tasajo se lanzaron frenéticas sobre sus dos amigos para estrechar contra sus respectivos pechos las manos que ellos, también emocionados, se apresuraron a ofrecerles.

Cuando cesó aquel ruido espantoso, Florindo lanzó al espacio un grito de inspiración intraducible, y Arturo lamentó no tener a mano un puñado de cuartillas para pintar con relampagueantes y milagrosas frases, aquella explosión de vítores y abrazos, de besos, de risas "sonoras", de músicas vibrantes y de vibrantes repiques de campana, que, en medio de un tributo de luces de púrpura y de oro, ofrendaba la heroica Villabrava al Bienvenido.

- V -

Todo cuanto hablaron y dijeron las alegres y revoltosas susodichas señoritas sobre el villano proceder de Anselmo Espinosa en su casa, absolutamente todo era verdad. Pero el odioso proceder de este energúmeno tenía una explicación: su origen.

Anselmo Espinosa nació brutalmente sobre los trapos podridos de una tienda de inmigrados; de esos inmigrados que llegan a todas partes sucios, andrajosos, maltrechos de cuerpo y de espíritu, pidiendo hospitalidad a veces y a veces trabajo, acabando por llenar de injurias y de hijos el país donde se instalan.

Los padres del muchacho, nacido por casualidad, por sorpresa, en Villabrava, fueron a labrar tierras fecundas, no muy lejos de la ciudad, y a poco andar el tiempo se hicieron dueños de las tierras fecundadas.

Repentinamente murió la mujer, según los vecinos, de una tremenda patada que le dio el hombre en plena preñez. Y el hombre, entonces, se instaló con el producto de sus economías, que no eran pocas, en un populoso barrio de la capital. El muchacho, ya crecido, fue al colegio, y el padre al comercio de menudeos y rapiñas: el comercio progresó por modo rápido, y muy pronto fue comercio "al por mayor"; luego, en el corazón de la ciudad, "alto comercio", casa grande, casa de importación y exportación, casa de banca al fin...

Muerto el laborioso y activo señor Espinosa, el afortunado Anselmo, que florecía en los treinta años, quedó dueño de aquella firma respetabilísima, de aquel crédito ilimitado, de aquel verdadero prestigio bursátil, cuyas solas operaciones producían desbarajustes y pánicos continuos en la Bolsa.

Cayó por manera furiosa sobre la banca codiciada y se aventuró en mil negocios de préstamos, hipotecas y contratos, los cuales contratos, hipotecas y préstamos, sin aumentarle el capital poco ni mucho, produjéronle, a vuelta de algunos meses, valiosas influencias entre los gobiernos de Villabrava, a quienes sabía dar dinero oportunamente.

Merced a su oro, a su juventud y a su audacia, llegó a un hermoso reinado de aventuras, de escándalos, de banquetes, de ganancias y pérdidas inverosímiles en los clubs y en las carreras; de líos de mujeres y de desórdenes, que la misma posición monetaria cubría de gloria. Y no obstante esa envidiable posición monetaria, Anselmo Espinosa, con su lujo y sus derroches, se mantenía, o lo mantenían distanciado de la sociedad escogida. Franqueaba, sí, algunas puertas y era tolerado a veces en las grandes reuniones; pero en ninguna casa de familia podía decirse que lo aceptaban con verdadero regocijo.

Inútiles fueron sus esfuerzos para mostrarse insinuante, flexible y distinguido: siempre había en él algo del padre burdo, del labrador giboso; algo de su vulgar procedencia de inmigrado.

Aquel cuerpazo, aquella cara redonda y colorada, aquel pelo siempre erizado como el de un jabalí, aquellas manos regordetas y aquellos pies enormes no habían sido hechos para seducir, ni menos para conquistar voluntades en las bizarras lides del salón. Y esto lo sabía él y le ponía fuera de sí, porque su orgullo feroz, su desmentido orgullo de hombre acaudalado y soberbio, no le permitía el rechazo de una sociedad que se consideraba superior a él.

Ese orgullo, es verdad, concluyó por imponerse en los casinos, en la calle, en las altas esferas gubernamentales; pero no logró dominar la arrogancia de ciertas damas de Villabrava que se creían descendientes directas de los más altos soberanos de la tierra. Listo, y sobre listo astuto, no se alejó de ellas. Por el contrario, se acercó aún más a las aludidas damas por todos los caminos que encontró fáciles; las halagaba a todas y a todas las defendía cuando los malos nacidos del país las herían con sus habituales inventivas.

Y lo raro del caso era que Espinosa sentía lo que decía. Atormentado por su nacimiento humilde, hubiera dado la mitad de su hacienda en cambio de un nombre sonoro, de un segundo apellido que le diera visos de nobleza. ¡Ah, lo que sufría Espinosa recordando a su padre! Nunca se vio hombre más apenado de su origen ni con más afán de borrar para siempre de su vida el recuerdo de su humilde procedencia.

Se casó con Juana Méndez Hidalgo por despecho, porque las otras no lo aceptaban y porque Juana llevaba al matrimonio, juntamente con sus atractivos, una gran dote. Pero al cabo de un mes, a raíz de la llamada luna de miel, sintió por ella toda la antipatía que un hombre acostumbrado al desenfreno puede sentir por una mujer a quien no amó de soltera.

Por otro lado, la alianza desigual y anómala del atlético banquero y de la mujer rica, pero modesta, retraída siempre y siempre quitada de los ruidos sociales, no podía dar buenos y equitativos resultados: él tenía sus pretensiones de linaje, su obsesión, su deseo de bullir, de ser traído y llevado en reuniones y casinos; su orgullo, que se alzaba cada vez con más brillo sobre la realidad de su pasado, y su gran cruz de caballero, que le concedió un Gobierno débil en cambio de un "chanchullo financista". Aquella cruz se le subió a la cabeza y le hizo concebir la esperanza, no, por cierto, muy difícil en aquella tierra, de alcanzar el mejor día el disparatado honor de la cartera de Hacienda.

A estas desaforadas aspiraciones de Espinosa, a quien la gente le había colgado ya un "don" tan campanudo y sonante como el grueso dije de su reloj, opuso su buena esposa una mansedumbre casi evangélica que la hizo mártir, desgraciada y persona inútil en menos de cinco años. Y el hogar de don Anselmo fue lo que debía ser: un infierno; pero de este infierno surgió un ángel: Isabel.

Don Anselmo empieza a actuar de hecho en esta historia a los cuarenta y cinco años. Se conserva aún robusto, fuerte; y sigue viviendo para "el gran mundo", consagrándole su existencia toda entera: sus ideas en los salones y sus alardes de hombre generoso en los bazares de caridad. Opina con arreglo a las opiniones de las personas distinguidas, viste como ellas, imita sus gustos, sus costumbres, sus aburrimientos mismos, sus modales y hasta sus gestos dondequiera que los halla.

- VI -

Casi absurdo, pero cierto y con vistas al escándalo, transformado en sensacional noticia periodística, cayó de plano en el Club Criollo el secreto que el esplendoroso Arturito sopló al oído de Florindo Álvarez la noche de Año Nuevo en la Plaza Central.

Y como a las cinco de aquella tarde, que calificó de "delirante" el pindárico poeta, rebosara de socios tertulianos el bullicioso Círculo, voló de labio en labio, sin tropezar siquiera en una duda confortante, el pavoroso secreto.

Julián Hidalgo, el rebelde, el osado, el criminal Julián se atrevía a anunciar, sin la aquiescencia de los sabios de Villabrava, una serie de conferencias que, sobrepujando al socialismo reinante, iban enderezadas a proclamar la anarquía ravacholesca en todas las esferas.

A suceso de tan extraordinaria especie y magnitud correspondía el prejuicio terminante del Club entero. Mas sólo hubo allí, entre los comentaristas al uso, un solo grupo patriótico que tomara a pechos y con verdadero calor el espeluznante proyecto. Este grupo, es claro,

lo formaban, junto con el indispensable Arturo, el sublime Florindo, el perfumado Teodoro y el eminente Francisquito, prodigio de saber, pozo de ciencia, que empleaba en las conversaciones más corrientes toda la espantosa erudición que extraía de las enciclopedias baratas y de las revistas europeas.

Este insigne Berza no había podido ir a Europa, por más que solicitó un Consulado que le permitiese vivir en París, Londres o Berlín, leyendo a Hegel; pero hablaba de aquellos países como si hubiese nacido en ellos, gracias a las guías, mapas y catálogos que constantemente se hacía mandar por sus amigos.

La gente, sin embargo, acabó por creer en la erudición de Francisco el sabio, y rodando, rodando, aquella fama creció como una bola de nieve, y se llegaron a respetar sus juicios y conceptos como se respetaban los puños de Luis Acosta en todas partes.

Bien es verdad que de las cosas de Berza nadie sacó nada, mientras que de los terribles puños de Luis ofrecían muestras harto ostensibles algunas narices rotas y muchas bocas que cometieron la imprudencia de provocarlos.

Así se explica que en el Círculo, donde acabamos de entrar, se tropiecen ustedes, no ya con los puños, sino con los impúdicos pies de Luis Acosta, tendidos sobre una mesa, haciendo alarde, con esta desfachatada postura, de un desprecio sin ejemplo por toda aquella respetable concurrencia de jóvenes distinguidos, que solicitaban y encontraban allí la manera de aburrirse lo más cómodamente posible.

No muy lejos del sitio en que se encuentra Luis tirado a la bartola y haciendo furiosos molinetes con su nudoso garrote de bandido elegante, reñían su habitual partida de ajedrez el doctor Pérez Linaza y el general Tasajo.

Dadas sus excepcionales condiciones de valeroso militar, el perínclito Tasajo no permitía que nadie le interrumpiera con charlas y disputas sus transcendentales combinaciones de tablero; y cuando esto ocurría empezaba a dirigir iracundas miradas a los irrespetuosos charlatanes, acabando éstas por unos tan horribles resoplidos de cólera, que ponían en verdadera consternación a los que, junto a él, se atrevían a levantar una voz más alta que otra.

Las fulgurantes miradas del general caían en el presente instante sobre el corro donde manoteaban, gesticulaban y aullaban más de la cuenta nuestros ya conocidos y mencionados comentaristas.

-Yo creo con Florindo -exclamó Arturo, adoptando actitudes de tribuno para rebatir una opinión científica de Berza-, yo creo que el hecho es irritante, y sobre irritante, antipatriótico.

-Esa es la palabra: antipatriótico -dijo Teodoro Cuevas.

-Sobre todo -añadió el orador, después de una gran pausa-, tratándose de un país que jamás, y por mucho que se diga nunca se repetirá bastante, jamás fue reacio a las irrupciones del progreso y de la civilización.

-Y luego que el tal Julián es un pretencioso.

-Un loco: para mí es un loco -apuntó Florindo-. ¡Cuándo el mismo don Anselmo dice que no tiene la cabeza buena! Él, que es su pariente, sabrá por qué lo dice.

El ilustre Berza hacía en tanto signos negativos; él no estaba conforme ni con las elocuentes frases de Canelón ni con las familiares expresiones de Florindo.

-Julián no es un loco -observó, al cabo de una larga y honda reflexión-. No es un loco en el sentido que generalmente se da a este vocablo en desuso.

-Y ¿qué es entonces?

-Un enfermo.

-¡Llámallo hache!

-No lo llamo hache, Florindo. Lo llamo enfermo, caso clínico; porque lo miro bajo el aspecto científico-moderno: caso patológico, si se me permite. Caso que la Antropología denomina con el nombre de influencia morbífica: resultante de un fenómeno remoto... tal vez genésico...

(Movimiento de asombro de Luis Acosta, que empieza a incorporarse en el sillón donde le dejamos tirado a la bartola.)

-Y al decir genésico -continuó el joven sabio- digo herencia de exaltación, histerismo rabioso, que suelen transmitir los padres a los hijos, y que termina en esa ferocidad mental que algunos alienistas célebres estudian sobre el cráneo de los odiadores de impulsión.

Un aristocrático gruñido de Teodoro corroboró por manera decisiva tan profunda afirmación. Y los demás estaban ya con tamaño boca abierta, esperando los nuevos raudales de ciencia que debían brotar de aquellos privilegiados labios, cuando se incorporó del todo, bruscamente, el estrafalario Acosta, y dirigiéndose de un modo irrespetuoso a Berza, le dijo:

-Ya tú no eres un antropólogo, Paquito, sino un antropófago disparatador.

-¡Hombre! -contesta el acometido alienista-, ¡se trata de un caso!

-¿Qué caso ni qué ocho cuartos? Ustedes todo lo embrollan y lo tuercen con sus dislates fisiológicos, o como les llamen. En cuanto un hombre piensa y siente una cosa, y comete la tontería de decirla al público, ya le están aplicando ustedes malos nombres.

-Entendámonos, entendámonos, señor Acosta. No puede haber discusión posible cuando a los dictados de la razón se oponen las divagaciones de la ignorancia. (Berza hablaba sin mirar la cara a su interlocutor.) La ciencia clasifica de enfermos a los hombres exaltados. Manouvrier, Spencer y Lapouge lo confirman...

-Mira, Francisco, no me enredas ni me aturdas con tus nombres impronunciables. Yo no creo en ellos ni en "ellas".

-Ellos existen como la luz; ellas son la Biología, el más vasto ramo del saber humano; la Antropología, la Sociología...

-¿Y cómo esas ciencias, o sus propagadores -interrumpió Acosta-, no se han atrevido todavía a declarar enfermo a Jesús, que fue el más osado de los revolucionarios?

Berza le dirige una mirada de lástima al contrincante.

-Porque Jesús era un hombre sano, un hombre pacífico, un hombre...

Y allí empezó Cristo a padecer. Aquella gente, sin darse cuenta, se distanciaba del asunto y se metía en un laberinto de consecuencias y deducciones atrevidas. Siempre ocurría lo mismo: empezaban por flores y acababan por legumbres, como si con esto quisieran confirmar que en aquella tierra fecundísima la flora se daba a dos pasos de la patata.

En consecuencia, Berza disertó largamente a su modo, y Acosta replicó que Jesús no fue sólo demagogo, sino el primer apóstol del anarquismo. Algunos socios, que se habían ido acercando al fragor de la disputa, protestaron; entre ellos, con su habitual aristocrático gruñido, Teodoro Cuevas. Luis se volvió furioso y lo llamó "mameluco perfumado".

El perfumado mameluco no se dignó contestar.

Pero Canelón se encaró con el defensor.

-Según esas teorías tuyas, Ravachol, Vaillant y Pallás eran unos santos que llevaban un Jesucristo colgado al pecho.

-No lo llevaban colgado, lo llevaban dentro.

Un escalofrío de espanto recorrió los elegantes corredores del Club, y León Tasajo lanzó su segundo resoplido.

-Ravachol- continuó Acosta- no fue un asesino vulgar que profanaba los cadáveres, como dicen; fue un ser extraordinario, acaso más grande que Jesús: éste predicó el reparto, mientras él lo practicaba arrancando a un cadáver las alhajas para dar de comer a los pobres.

-¡Eso es atroz!

-¡Eso es una barbaridad!

-¡La apología del crimen! -decía Berza, paseando su mirada de sabio por todo el largo del corredor.

La disputa, como se ve, iba tomando giros peligrosos. Florindo Álvarez la detuvo con raro buen acierto, haciendo notar que se iban por los cerros de Úbeda.

-Eso es lo que yo digo -repuso Luis, calmándose-. Estamos aquí hablando de Cristo y de Ravachol para discutir a un romántico como Julián Hidalgo, que no tiene nada del primero, ni mucho menos del segundo.

-Pero que hará mucho daño al país con sus doctrinas.

-¿Y cuáles son esas doctrinas? ¿Las conocen ustedes acaso? ¿Saben ustedes las que piensa desarrollar ese mozo en sus conferencias?

-¡Doctrinas anarquistas!

-¡Mentira! ¡Quién haya dicho eso es un embustero y un sinvergüenza! (Luis no se mordía la lengua para decir estas y otras muchas atrocidades.) Julián no es un anarquista, porque no sabe serlo; porque no se atreverá ni siquiera a poner una ni cien bombas de dinamita, que hacen mucha falta en Villabrava... (Nuevos escalofríos en los corredores y entrada solemne de don Anselmo Espinosa.) Y Julián -continuó- no es más que un alucinado, un revolucionario inocente, un visionario romántico. Un abismo lo separa de la realidad. Porque no se puede ni se debe pensar en regeneraciones, ni en rejuvenecimientos, ni en cosas bellas e imposibles en un país como éste, que se lo está llevando el demonio... ¡Moral, política y socialmente hablando!

Con esto, con una fulgurante mirada del general Tasajo y con tal cual término científico de Francisco el sabio, se creyó conjurado el peligro de aquella ardiente polémica, que amenazaba degenerar en escándalo.

Pero no fue así, por desgracia. Faltaba el diluvio.

El diluvio era don Anselmo Espinosa, que, como ya se ha visto, entró de pronto al Club, en el período álgido de la disputa

En cuanto él oyó el nombre de Julián Hidalgo le dio un vuelco el corazón: ¡aquel corazón de padre ofendido, que necesitaba, por cualquier medio, desalojarse de su justa corajina!... Mientras hablaban los otros, sus encarnizados ojos le rodaban con pavorosa velocidad dentro de las órbitas, y hacía esfuerzos prodigiosos para no soltar la lengua.

Pero ésta se soltó al fin.

Porque ya se sabe: en tocándole a don Anselmo el registro sociológico, se volvía loco: dejaba de ser banquero para ser tribuno.

Aunque esto no es cosa del otro jueves en Villabrava. Así como los anarquistas, según Luis Acosta, llevan un Cristo dentro, todo villabravense que se estime lleva dentro un Demóstenes. Don Anselmo Espinosa iba a probarlo.

-Peor, peor -exclamó de repente, ahuecando la voz, hinchando las narices, poniendo a contribución todas sus energías de varón adinerado en aquel frenético "peor" que dejó atónito a todo el mundo-. Mucho peor es todo eso que pretende el señor Hidalgo, querido Acosta. Pedir reformas sociales en Villabrava, ¡qué disparate! Implantar aquí las doctrinas de Kropotkine y de Tolstoï. (Don Anselmo no conocía más que de oídas a Kropotkine y a Tolstoï; pero allí pudo soltarlos impunemente; a los demás les ocurría otro tanto de lo mismo.) ¡La conquista del pan y la conquista de la sangre! ¡Ah, señores! Yo tiemblo con sólo pensar en el desbarajuste que surgirá de semejantes perturbadoras reformas. ¡El desenfreno a las puertas de la nación!... Volveríamos a los siglos de tinieblas, a los siglos bochornosos, a los siglos lúgubres, a los siglos depravados en que las clases desapoderadas y brutales se codeaban con las clases distinguidas. Ello sería la resultante inmediata de la igualdad... Y ¿qué es la igualdad?

A esta pregunta, que puso en creciente anhelo a los congregados, contestó León Tasajo, no con un resoplido, sino con un grito:

-¡Si por su discurso me comen la reina, le pego a usted un tiro, señor Espinosa!

Pero don Anselmo, a quien no asustaban ni tiros ni cargas de fusilería cuando emprendía la defensa de la sociedad, apenas si se dio por notificado.

-La igualdad, señores, es un crimen. La igualdad es la desmoralización; la igualdad es el desprestigio, el hundimiento, la pesadumbre eterna y el eterno enemigo de la sociedad, sobre todo de la sociedad villabravense, que, por su heráldica, por su historia y por otra multitud de razones, goza del orgullo de su estirpe indiscutible, a pesar de los que protestan. Aquí no necesitamos de reformas sociales, ni políticas, ni literarias, ni siquiera materiales. Tenemos carreteras y academias (contando con los dedos), ferrocarriles y ateneos, restaurants y colegios, tiro al blanco y cervecería nacional, hipódromo y Prensa periódica, teatros y matadero alemán, catedrales romanas y tranvías modelos...

¡Quién sabe adónde habría ido a parar la prodigiosa enumeración del caballero entusiasmado si en aquel punto y hora de su discurso no se levantara furioso y vomitando ternos el general Tasajo!

-¡Por usted he perdido la reina, por su discurso de catedrales y tranvías! De los tranvías debía usted tirar -añadió el general, acercándose con no muy buenas intenciones al congresito de protestantes donde se movía Espinosa.

Aquella brusca salida dejó inmóvil, y con los cinco dedos de la mano estirados, al elocuente Demóstenes, que retrocedió un paso ante la actitud de su colérico interruptor.

Hubo un silencio expectante y harto enojoso para todos. Pero don Anselmo, como hombre de grandes resoluciones, recobró el terreno perdido; levantó la mano de los dedos contantes y ¡zas!, se la echó cariñosamente por encima de la espalda al enfurecido ajedrecista.

-¡Qué cosas tiene usted, general!

Los demás contertulios sonrieron asombrados, pero satisfechos, del desenlace: sonrió Arturo luminosamente, sonrió por manera poética Florindo; por modo circunspecto Francisco Berza, y hasta el mismo general dejó asomar por entre sus desmayados bigotes unos dientes horribles de largos y amarillos.

Sólo el descarado Luis Acosta soltó una de sus irreverentes carcajadas sobre aquellas hermosas sonrisas de paz y de amistad. Don Anselmo Espinosa le dirigió, a través del abrazo, una mirada preñada de rayos olímpicos.

- VII -

Si gran día de regocijo fue aquel para los glosadores y charlatanes del mentidero, horrible día de tristeza fue, en cambio, para la desolada madre de Julián.

Susana no entendía, no quería entender nada de reformas, ni de credos, ni de religiones nuevas. ¿Qué sabía ella de algaradas democráticas, de reivindicaciones populares, de ideales que se titulan bellos, de apostolados que se llaman hermosos? ¿Qué le importaban semejantes propagandas, si jamás siguió a través de la historia de Villabrava el largo, doloroso proceso de sus sociales transformaciones? Ella no era más que una viuda honrada y una madre... "furiosamente" madre.

De aquí que, presa de mortal congoja, loca de dolor, sollozara entre los brazos del descarriado mancebo la sola frase que su insoluble pena le permitía articular:

-¡Hijo, hijo mío! ¡Cuánto me haces sufrir!

Julián, conmovido igualmente y dominado por un momentáneo abatimiento, quedó cabizbajo, silencioso, triste...

Pero no cedió. Retuvo largo rato sobre su pecho la bella y juvenil cabeza de Susana, y luego, inclinándose, le dio un prolongado y tierno beso en la frente.

Ya sabía ella lo que significaba aquel beso; a través de la caricia adivinó la resolución inquebrantable de su hijo, y le dirigió una intensa mirada, llena de lágrimas; en aquel instante veía en él, en su cara abierta y expresiva, hasta en su cicatriz y en su ceño, al indio rebelde y orgulloso que lo engendró.

Contribuyó en no pequeña parte al desasosiego del mozo la lectura de una cariñosa y melancólica carta que le escribió con súplicas de verdadero amor la inconsolable Isabel.

Arpegio de ave herida, abandonada y triste, que solicita el arrullo del compañero ausente: "¡Ven! Si no vienes me muero... ¡He sufrido tanto, me han dicho tantas cosas! ¡No sabes, no puedes saberlo!... ¡Un martirio! Y todo porque dice la gente que si vas o no vas a hablar de cosas santas... Y ¿qué tienen que ver esas cosas con mi cariño, con el tuyo, con nuestro amor, que vale más que todo eso?... Papá dijo a gritos, en el patio, esta mañana, que si tú das esas conferencias se rompe definitivamente el parentesco; dijo más: que si vuelvo a hablar contigo me mata; y si no me mata me lleva lejos de Villabrava, muy lejos, donde no sepas de mí, porque él no puede tener un yerno que confiese públicamente sus ideas... ¡Ves tú, Julián, lo que has hecho!"

Aún le faltaba a Julián la última prueba. Y de esta prueba se encargó su imprudente amigo Acosta, quien, sintiéndose mentor, aquel día se levantó más temprano que de costumbre, enderezó los pasos hacia la casa de Susana, y entrándose en ella de rondón, fue sin parar hasta la misma alcoba donde dormía el cuitado un no muy tranquilo sueño de criminal en capilla, y lo despertó a grandes voces, no sin derribar antes una mecedora que encontró al paso y hacer añicos un vaso que tropezó sobre una mesa.

El ruido que hizo, el rayo de luz que se coló vivamente por la puerta de la habitación y los gritos de: "¡Levántate, levántate haragán, que son las ocho de la mañana", fueron bastantes y sobrados para que Julián se sentara de un salto en la cama.

-¿Quién es, quién es? -exclamó, todo asustado, restregándose los ojos con singular encarnizamiento.

-¡Soy yo, hombre, no te asustes!

-Debía figurármelo. ¡Caramba!, y ¿qué te trae por aquí a estas horas? Nada bueno, de seguro. A ver, echa lo que llevas dentro antes que te ahogues.

Las intenciones de Luis no podían ser, aquella mañana, mejores ni más santas. Venía a decirle a su amigo que era un grandísimo majadero.

-Sí, un grandísimo majadero. No me mires con esos ojazos de espanto. Cuando me leíste tus cuatro conferencias no me participaste que las ibas a hacer públicas.

-Y ¿para qué las escribí entonces?

-¡Hombre, para ti solo!

-No seas tonto, Luis.

-Por tonto no arreglo yo el mundo como tú. ¿Sabes que eso tiene la mar de gracia?... ¡Arreglar el mundo! Yo no sé dónde demonio has sacado que Villabrava se regenera con palabras y buenos deseos. ¿Qué piensas tú que van a hacer los villabravenses en cuanto les vayas con tus clamores sociológicos? ¿Reírte la gracia? No, chico, no. Te matan, ya lo verás, te matan... Y bien mirado, tienen razón -agregó, adoptando su magnífica actitud de mentor, un si es no es despatarrado-. Si Dios hizo a los villabravenses de esta o de aquella manera, ¿a ti qué te importa? Le vas a decir a Dios: "Ea, amigo, aquí se equivocó usted; no es de ese modo sino del otro, que debe hacerse esto." Deja a Villabrava que se la lleve el diablo y que se arregle como pueda. ¿Te parece bien la vida así, en constante zozobra, trayendo la intranquilidad a tu hogar y arrancando a diario el llanto a los ojos de tu novia; sufriendo el insulto de los periódicos y el comentario del Club; provocando la risa de la calle y el odio de una sociedad que se encoleriza contigo, cuando ni siquiera supo ruborizarse el día que la mano de hierro de un hombre que la conocía mucho la abofeteó despiadadamente? ¿Crees tú que predicando se corrige? ¡Pues crees mal! Villabrava seguirá lo mismo que la hicieron... los que tuvieron el mal gusto de hacerla: con sus calles torcidas como sus conciencias; con sus orgullos estúpidos, con sus dolencias públicas, con sus chismes, con sus infamias, con sus apodosos soeces, con sus delitos sin castigo, con sus mismos hombres y con sus mismas vergüenzas. Yo no estoy por las amenazas, sino por el cumplimiento inmediato de esas amenazas. Hechos y no palabras. Cárceles, guillotinas, fusilamientos... Eso es; muchos fusilamientos. Y cuando haga falta, tú ya conoces mi manera de pensar: muchas bombas de dinamita. ¡Fabricar pueblos nuevos sobre montañas de cadáveres y escombros!...

Después de esta incoherente y espantosa parrafada, capaz de poner los pelos de punta al más feroz enemigo de la Humanidad, Luis Acosta se reclinó, se acostó casi a lo largo de la mecedora, tan tranquilo, tan satisfecho, que no parecía el mismo que un momento antes soltara aquel montón de frases estrafalarias, con las cuales creyó él no sólo aturdir sino anonadar de una vez para siempre a su callado amigo.

Pero las dichas estrafalarias frases produjeron en Julián un efecto contrario, afianzándole aún más en sus extraviadas ideas de reformador lírico... Para saber hasta qué punto tenía derecho al sacrificio de aquel mozo el pueblo en cuestión, vamos a abrir al lector sus puertas de par en par.

- VIII -

Desigual, empinada, locamente retorcida sobre la falda de un cerro, rota a trechos por espontáneos borbotones de fronda, pudiendo apenas sostenerse en los estribos de sus puentes; caldeada por un irritante y eterno sol de verano; sacudida a temporadas por

espantosos temblores de tierra; castigada por lluvias torrenciales, por inundaciones inclementes; bullanguera, revolucionaria y engreída, era Villabrava una ciudad original, con puntas y ribetes de pueblo europeo, a pesar de sus calles estrechas y de sus casas rechonchas, llenas de flores y de moho.

El modernismo le suprimió lo mejor de sus primitivas costumbres, para darle, en cambio, muchos otros usos, de esos que la civilización decreta en todas partes.

De aquí que, poseídos de un sagrado, respetabilísimo orgullo, que nadie -que nosotros sepamos- se ha atrevido aún a contrariar, los villabravenses creyeran a pies juntillas que, merced a estos adelantos, su capital podía establecer comparaciones de belleza con las más hermosas del mundo, aunque algunos espíritus incrédulos lo negaban sotto voce, como si temiesen ser oídos de ciertos periódicos que elogiaban los méritos de la gloriosa población, como los diarios portugueses a Lisboa: O terror de París.

Esta inexorable opinión robustecíanla con frecuencia los incontables excelsos escritores que esgrimían en ocasiones solemnes sus "bien tajadas" plumas en honor de la patria, unas veces defendiendo su dignidad cuando algún mal nacido la ultrajaba; otras, cuando precisaba festejar con su literatura pirotécnica, uno de los muchos onomásticos de héroes, sabios y artistas ilustres con quienes se enorgullecía la fecunda villa.

A más de estos sabios artistas y héroes muertos, para quienes la palabra, el recitado y la canción de los oradores y los vates inflamables fueron siempre ofrendas pálidas hechas a sus excelsitudes y renombres, tenía la privilegiada república aquel centenar de maravillas que enumeró con sus rubios, aristocráticos dedos don Anselmo Espinosa en el Club Criollo: carreteras y academias, ferrocarriles y ateneos, restaurantes y colegios, tiro al blanco y cerveza nacional, hipódromo y Prensa periódica, catedrales romanas y tranvías modelos.

La mayor parte de estas citadas maravillas -dicho sea sin la punzante ironía que la malicia querrá de fijo descubrir en nuestro sencillito lenguaje-, fueron obras de un famoso caudillo a quien llamaban "el tremendo nivelador", y cuya mano vigorosa, al par que progresista, supo construirlas a despecho de los fanáticos, sobre los escombros de una secular hilera de conventos.

Bajo sus cesáreas, pero oportunísimas órdenes, en aquel pueblo habituado al desbarajuste, marcharon siempre temblando y sin chistar, administradores, diputados, jueces, ministros, presidentes y secretarios, cónsules, agentes, alcaides de cárcel, prefectos, gobernadores y hasta comisarios de Policía.

A los jefes levantiscos que se la pasaban dando carreras del club conspirador al monte vecino, para armar revoluciones y comerse las terneras y las gallinas que encontraban al paso, porque no les dejaban la presidencia o cosa así, aquel inexorable reformador los sometió bajo su mano de hierro, y llevó de esta manera la tranquilidad a los pueblos que, distanciados de la capital, vivían con el alma en un hilo, en espera del general recién "alzado".

Ni un solo día dejó de sentirse su poder en Villabrava. Hombre político, sagaz, diplomático, enérgico, activo, gran señor, algo teatral y algo jactancioso en su porte y en sus mismas costumbres, pero conocedor profundo del carácter de la gente que mandaba, era el único jefe capaz de someter y hacer temblar a aquel pueblo pendenciero y alborotador, incorregible y medio loco.

Villabrava enaltecida era él; la ciudad, y con la ciudad la nación entera, le pertenecían. Los más pequeños detalles de la vida del país pasaron frecuentemente en notas y apuntes curiosísimos por su despacho presidencial, y como se metía en todo, todo lo cambió; acabó y arrasó con una multitud de cosas feas.

Entre ellas, suprimió unas tradicionales, desaforadas carreras de novillos en la vía pública, que aún echan de menos las damas y caballeros apegados al salvajismo de su época.

Para las dichas famosas carreras, las calles más céntricas se colgaban de cintas, papeles y banderolas; las muchachas se ponían a la ventana, los galanes emocionados pasaban y repasaban sobre fogosos corceles por delante de ellas, dirigiéndoles miradas incendiarias. Luego rompía la orquesta, colocada ad hoc sobre un templete; se disparaban cien cohetes a la vez, se abría el encierro y salía el toro mugiendo...

Los jinetes, que lo esperaban a la salida, corrían en tropel detrás del infeliz; le echaban mano a la cola por medio de un movimiento heroico, al galopar del caballo, y de pronto ¡zas!, desnucaban al novillo frente a la dama de sus pensamientos. Y ésta, satisfecha, orgullosa, entusiasmada por tan épica prueba de valentía y de amor, adornaba y coronaba al medioeval y medio-bruto caballero, que salía dando saltos por todo el largo de la calle, entre los furiosos aplausos de la multitud.

Con lo que no pudo acabar el tremendo nivelador fue con las feroces riñas de gallos. Aún subsisten y ejercen en ellas de galleros eminentes muchos altos personajes de la política. Dicho sea esto en honor de la levantisca raza. Porque es hora de advertir que no siempre estaban los villabravenses dispuestos a acatar las órdenes del ilustre dictador.

A veces soplaba el viento de la rebelión y encrespaba el espíritu de la gente moza, que no quería reconocer el origen divino de aquella suprema autoridad. Pero entonces ardía Troya. El "tremendo" se estremecía de furor, enarcaba las cejas, daba una patada formidable, y con un solo grito, con una sola interjección a tiempo, en las cuales interjecciones fue él siempre algo olímpico, ponía término y fin a las más temibles y populacheras desobediencias.

Los que protestaban del grito olímpico iban sin más contemplaciones ni distingos a la cárcel. Y mientras tanto, el encolerizado jefe no perdía minuto, porque así como era violento de carácter, era emprendedor y genial. Sobre una ruina fabricaba un palacio, sobre un basurero levantaba un paseo, sobre el embovedado de un río una avenida. Fundó colegios, bancos, hospitales, universidades... y exterminó al caciquismo.

Así marchó la república villabravense, regenerada en parte, halagada, respetada, prometiendo un gran porvenir a los amantes del verdadero progreso y de la civilización sólida, permanente y bella.

Pero el autor de todo esto, muy superior a su tiempo y a los suyos, harto ya de lidiar con aquel país, de quien otro grande hombre dijo que era ingobernable, y que por ende lo mejor que allí podía hacerse era emigrar, optó por la expatriación voluntaria e indefinida, precisamente cuando el país más necesitado andaba de su dictatorial inteligencia.

Desde aquel punto y hora puede decirse que los villabravenses no resolvieron ningún problema. Y merced a esta inesperada situación, se declaró allí una espantosa enfermedad moral, que los alienistas del espíritu diagnosticaron de "fiebre de libertad desaforada"; fiebre que se agarró a la sangre y produjo los más raros fenómenos de alegría y tristeza a la vez.

Les ocurrió a los hombres de Villabrava, en esta ocasión, lo mismo que a esos muchachos que pasan rápidamente del colegio a la universidad en solicitud de un bachillerato prematuro; el bachillerato se les sube a la cabeza, los emborracha y cometen cada barbaridad que tiembla el misterio.

Unida esta libertad al valor característico del pueblo bravucón, los ánimos se enardecían allí con harta frecuencia. Cuando había que elegir, por ejemplo, al presidente de la República, se fundaban periódicos terribles, en los que se propinaban los electores de ambos bandos insultos feroces, zarandeando de paso las respectivas existencias de los candidatos.

El jefe del partido colorado -escribía un periódico azul- es un pillo que robó el año 70 tres millones de duros.

¡Miente! -argüía el contrario- miente tres veces el papel rojo al asentar en su edición de ayer que nuestro esclarecido candidato es un pillo. ¡El pillo es el vuestro, miserables!

Y en empezando, ya se sabe: armábase en Villabrava de tal modo y manera la refriega, que tocaba Dios a juicio. Se lanzaban a la calle hojas inmensas, monumentales, extraordinarias, del color del partido que defendían, con grandes títulos y menudas firmas de vivos y de muertos, de vagabundos y de hombres honrados juntamente. De las redacciones se salía en pandillaje pavoroso, en son de desafío y de combate, pidiendo víctimas, clamando venganza, olfateando sangre. Pero jamás se dio el caso de que llegara la sangre de los exaltados, fuertes y valerosos paladines, a ninguna parte, a pesar del cúmulo de ultrajes que de ambos bandos se dispensaban sus respectivos directores.

Había directores de pasta-flora, a quienes no les agradaba la bullanga, y había otros muy nerviosos, dispuestos siempre al duelo a muerte: a espada, al sable, ¡a lo que quiera el adversario! -exclamaban, airados, echando fuego por los ojos-, y por ende venían al punto las tremendas gestiones de honor que para tales casos se ponen en práctica.

Mas lo corriente era arreglar el asunto en pleno arroyo. Donde los endiablados matones se encontraban, allí se saludaban a tiros. Porque los villabravenses, como eran, o son, así, tan valerosos, andan siempre armados hasta los dientes.

A ponerse un revólver sobre los riñones es lo primero que aprenden esos muchachos; y creciditos ya, aunque imberbes, con su arma en el bolsillo trasero del pantalón, se creen unos entes sobrenaturales a quienes Dios envía al mundo para terror de sus semejantes.

De aquí que, hechos hombres, los villabravenses adquieran cierto modo de andar fanfarronesco, tirado el pecho hacia adelante y la cabeza muy alta; el ceño fruncido, la expresión desdeñosa y el mirar descarado, fijo, inquisitorial, casi hostil, como si fueran a pegarle a la persona que miran.

No obstante, era en ocasiones muy buena y muy unida aquella gente. Subía al Poder, verbigracia, uno de los sujetos zarandeados en las elecciones presidenciales, y los mismos terribles bandos políticos que meses antes lo pusieron y se pusieron unos a otros de vuelta y media, olvidaban sus agravios, se confundían en fraternal abrazo y salían juntos y felices a pedir gollerías, es decir, ministerios, aduanas, direcciones, arzobispados, secretarías de legación y consulados y agencias especiales, en premio de sus correspondientes méritos y sacrificios.

Y ocurría con frecuencia que los premiados eran, por exigencias de alta política -según la frase usual-, los enemigos y contrarios del que mandaba. Y estos contrarios y enemigos, que en su elección habían puesto todo el odio de sus almas, ponían luego todo su cariño patriótico a los pies del elegido y le formaban escolta y le hacían reverencias y lo mareaban a pedidos y basta se tiraban escaleras abajo si él quería un cigarro, un vaso de agua u otra cosa cualquiera.

Sujeto hubo, allá por las épocas del "tremendo nivelador" de marras, que en perspectiva de un empleo salió loco y trajo la jofaina de un lavabo para satisfacer la sed presidencial; y hubo ministro que, a trueque de ser aplastado por su coche, se salía de él primero que los demás, para tener el honor de abrirle la portezuela antes que lo hiciera el lacayo.

Lo cual no era obstáculo para que si el presidente se caía del sillón gubernamental, por no sentarse en él como Dios mandaba, lo llamasen pícaro y sinvergüenza, a las veinticuatro horas de caído.

En Villabrava, cuando las cuestiones no se arreglaban a patatazos, a revoluciones y a tiros, se terminaban por medio de certámenes, medallas, premios y diplomas. De las juergas políticas, motines y carreritas con la Policía por las calles, se pasaba a las serenatas, a las ovaciones y a los vítores con la mayor facilidad.

Un poeta cualquiera, supongamos un poeta frenético, de los muchos que se usan en la gentil ciudad, juraba en clamoroso verso que Villabrava era la patria de:

Los flamantes triunfos legendarios;

la patria bendecida;

la que fue a despertar a los cóndores

en la montaña ungida...

Organizábase al punto una apoteosis despampanante, en la cual apoteosis, después de coronar y amedallar al homérico poeta, otros poetas más o menos "homeros" y esforzados, cogían la ocasión por los cabellos para rendirse a sí mismos tributos de admiración y agradecimiento, en una ristra de décimas pletóricas de "ripios patrios", que dejaban conmovida a la nación por mucho tiempo.

Y esta nación tan sensible a la literatura pirotécnica, apenas si sentía un ligero estremecimiento de horror cuando, al leer sus periódicos, se encontraba con una sarta de crímenes monstruosos, de esos crímenes que, por más que los atenúen algunos píos y benévolos antropólogos, representarán a todas horas el verdadero estado psicológico de un país.

Apenaba el desdén, el mismo estilo guasón y casi impúdico que usaba la Prensa para hablar de un "descabezamiento", de una mujer acribillada a tiros, de un hombre cosido a puñaladas, de un estupro bizantino y de un degüello... Eran dignos de estudio los comentarios periodísticos, y sobre todo los títulos que aplicaban a semejantes horrores: "¡Caracoles, carambita, atiza, chico, demonio!" ¡Anda con ese!

Esto que resulta trivial, frívolo y hasta estúpido, es, escudriñado y ahondado, la más dolorosa prueba de la descomposición social de un pueblo entero. ¡Si por algo dijo uno de los pocos autorizados diarios de Villabrava!: "Aquí no hay justicia. Pero aun habiéndola, las leyes son impotentes cuando el corazón de un país está corrompido como el nuestro, ¡corrompido hasta la médula!"

Por otra parte, tenemos ya como cosa averiguada -aunque otra suposición viva y se anide en más de un espíritu intransigente-, que en Villabrava empezaba a luchar la juventud por el triunfo de las reformas que los modernos tiempos exigían.

Tan bien fundada es esta creencia que, por mor de sus levantadas ideas y de sus constantes viajes a Europa, de donde venían hablando un idioma delicioso que no había por donde cogerlo de puro babilónico, empezaron a escasear las cívicas revueltas que

periódicamente fomentaban los eternos, valerosos e incorregibles enemigos de todo Gobierno que surgía.

Por iniciativa de esa previsora juventud se reformaron algunos edificios deteriorados de antiguo, se construyeron cloacas, quioscos y urinarios públicos; se sembraron árboles en las mejores calles, para el sostenimiento de la higiene descuidada, y entre las muchas cosas buenas que se reformaron allí, la Marina y el Ejército obtuvieron inusitados privilegios.

La Marina recibió un refuerzo de siete "lanchas" cañoneras que eran el terror de los acorazados ingleses, y se nombró almirante de la escuadra a un señor que se mareaba. Se levantaron en los más importantes puertos fortalezas de sacos de arena que, vistas de lejos, infundían pavor al enemigo.

Y se organizó el Ejército de tal modo, que los soldados, capitanes, tenientes coroneles y jefes de más alta graduación, vestían como les daba la gana, improvisando cada quisque su equipo militar como le vino en gana. Y los componentes de un batallón se armaban a la diablo: éstos de puñales, aquéllos de fusiles de chispa, los otros de rémington, y los de más allá de escopeta de caza. En cuanto a limpieza, no había por qué quejarse.

Ya no se levantaban aquellas nubes de polvo que, avanzando en todas direcciones, ponían en libre circulación por las aceras las inmundicias del arroyo, convirtiendo a la Florencia indiana, como llamaban a Villabrava, en un verdadero Tánger criollo. El Municipio trajo mangas de riego y escobas mecánicas de Europa. Los cocheros se vestían de limpio; la Policía, de lujo. Se suprimieron los burros de carga, que eran algo así como un padrón de ignominia para la capital, y con muy buen acierto el gobernador prohibió a las mujeres públicas que anduviesen desgredadas y en chancletas por los alrededores de la Plaza Central, en las noches de retreta.

En este ramo de la civilización, sobre todo la capital progresó rápidamente. Porque ciertas almas caritativas, de esas que ofician en los altares del amor libre, iniciaron hartas munificentes reformas en toda la línea, a saber: la introducción de diez o doce rozagantes vestales robadas al bullicio del Bowery en Nueva York, y el refuerzo de unas cuantas más, escapadas de los laberintos de Montmartre, que es, en París, el barrio por excelencia para esta clase de conquistas.

Las rozagantes heroínas fueron presentadas en determinados lugares públicos como la flor y nata del elemento perfumado y liviano de las antedichas ciudades.

Desde entonces hubo en Villabrava restaurantes de lujo donde se pagaba, según la cara del consumidor, de cincuenta a cien francos por cena. Menudearon los bailes de máscaras en los teatros, las propinas de à louis, las broncas nocturnas y las quiebras inesperadas de algunas casas de comercio.

Relacionados con estos equitativos placeres se podían contar, sobre poco más o menos, quince o veinte sitios de recreo, donde los villabravenses encontraban motivo para holgar. Entre ellos se distinguía, por su democrático concurso, el Club Criollo, que el lector

conoce, y el Club Villabrava por lo contrario, es decir, porque en éste sólo entraban los magnates, los linajudos, los seres escogidos, sublimes, divinos e intocables de la nobleza.

Para esa precisamente se fundó el aristocrático circulito, para distanciarse del Círculo Criollo, donde los socios eran, por lo regular, políticos, comerciantes, hacendados, escritores, periodistas, médicos y generales en abundancia.

Bajando unos peldaños más en la escala social, se encontraban los cafés con salones para señoras; en los salones de "hombres solos" la asamblea, es claro, era híbrida, deliciosa, igual a todas horas, igual el barullo de copas, de carcajadas, de rodar de dados de poker, igual las conversaciones, igual todo...

En un grupo de políticos se mataban por si un general tenía o no tenía el bigote a lo Víctor Manuel; y en una reunión de escritores de al lado, los que no se despellejaban se hacían la barba, por no hacerse otra cosa menos digna. ¡Oh!, la nueva generación, decían: un prodigio, una verdadera cosecha de artistas, de pensadores, de vates laureados; un arca de Noé tripulada de genios de toda especie.

Allá más lejos, en tal cual mesa, se hablaba de alfileres de corbata, de perfumes ingleses, de guantes, de calcetines de seda, de pomada húngara, de camisas bordadas, de brillantina, de polvos de arroz y de jaboncillo de uñas. Como ustedes pueden ver, estas conversaciones son tan adorables, tan interesantes y las manejan con tales gestos de elegancia y primor los smart, sportsmen y dandys villabravenses, que nosotros, humildísimos ignorantes en indumentarias y toilettes arrebatadoras, nos resistimos a vaciarlas en las cuartillas, por temor de empalidecer su brillante colorido.

Allí tenían, a su vez, cabida los Cúchares modernos, y era de ver y oír cómo los jóvenes entendidos en achaques de tauromaquia, adoptaban graciosas actitudes de toreros, según el diálogo de arranques, pases, arrastres, quites y verónicas que caía sobre la mesa.

Así como el Café Indiano era el refugio obligado de toda aquella dorada, afeitada y empolvada juventud, la Plaza Central fue, por muchos años, el baluarte inexpugnable de todo lo desocupado e inútil de la indolente capital. Y de la misma guisa que fueron arrojadas ignominiosamente las recusadas de la Sociedad, fueron saliendo de allí los sablistas de oficio, los músicos ambulantes, los periodistas inservibles, etc., quedando posesionados de la invicta plaza los políticos influyentes, los banqueros, la falange adinerada del comercio que no conocía otro idioma que el del "alza y baja del bacalao", y a quien Luis Acosta bautizó con el apodo de "Mantecaja adinerado"; los escritores, jóvenes aspirantes a cónsules, y los cónsules aspirantes a ministros, algunas criadas de servir de casas ricas y los siete sabios de Villabrava, venerados y venerables sujetos que formaban corro aparte para "deliberar", arreglar el país y cebarse ferozmente en el goce de una charla augusta, patriarcal... y académica.

Había una asociación de padres de familia como las de Madrid; un Jockey-Club como el de Londres; un Bazar de Caridad como el de París; una Noche de moda como en la Habana y un teatro curiosísimo que no tenía rival ni precedente, al cual teatro llamaban Coliseo y no tenía más que una fila de palcos, un piso de butacas y una cosa que sabe Dios por qué

apellidaban paraíso; donde el humanísimo rebaño villabravense, en lo mejor y más serio de una representación, dejando paso franco a sus instintos, chillaba, silbaba, relinchaba y coceaba indistintamente, para aplaudir o protestar según su leal saber y entender.

Dijérase que en Villabrava el bufante populacho tomaba a empeño vengarse de su triste condición de rebaño pateando desde arriba a la aristocracia pseudo-ilustre que ostentaba en los antepechos de los palcos sus riquezas y sus nombres. Mas, como decía Julián Hidalgo, si la titulada aristocracia villabravense era una aristocracia de guardarropía sin génesis conocido, el populacho era digno del análisis de un sociólogo despiadado.

El Municipio aunaba al pueblo honrado con la plebe descamisada, y apenas si ponía los ojos en los barrios apartados, siempre menesterosos de limpieza.

Porque en cada arrabal había cien cloacas inmundas, y en cada cloaca un hervidero de microbios, y por los culebreantes alrededores de barrio una legión de perros, de perdidas y de granujas pululaban impunemente, de tal suerte, que hubieran asombrado al mismo Zola, si Zola se hubiese atrevido a cruzar por semejante mundo de canalladas, amarillento de vicio, hinchado de alcohol, repleto de carcajadas impúdicas.

Pero estos pormenores de vergüenza y de higiene públicas, ¿qué importan?, si ya hemos registrado, para satisfacción del lector, los muchos y hermosos adelantos de la famosa Villa. Además caían allí unos aguaceros tan extraordinarios, tan fenomenales, tan estupendos, que las calles se convertían en ríos, y estos ríos, al arrastrar la basura del arroyo, dijérase que arrastraban también otras basuras impalpables que empezaban a flotar en el espacio.

Había otra clase de basuras, no despreciables ciertamente, en el país; pero de su eficaz y gloriosísimo barrido se encargaban, sin hacer ascos ni melindres, unos activos, laboriosos y aventajados caballeros a quienes pomposamente apellidaban "financistas", ¡ministros de finanzas!

Y este precisamente era uno de los pecados villabravenses, el pecado de calificar con desmesurados epítetos los hombres y las cosas que les pertenecían.

Todo lo miraban a través de poderosos vidrios de aumento. Y así como llamaban con aparatoso lenguaje a las calles más céntricas, bulevares o avenidas, y a las iglesias basílicas, y a los teatros, coliseos, y a los tranvías desvencijados, carros de ferrocarril, y a las casas de cartón pintarrajeadas de blanco, palacios, así también se daban a la triste tarea de calificar a sus hombres más o menos notables de "ilustres", de esclarecidos, egregios, beneméritos, bizarros, etcétera, etc.

Apenas un hombre que no le había hecho mal a nadie subía a la presidencia, ya los terribles villabravenses empezaban a ponerle mote: "el amado de los pueblos", el "invicto", el "genio de la política", el "padre de sus comilitones", y le abrumaban a títulos, a condecoraciones, a honores y a padrinzgos impíos.

Y para que todo fuera completo y la balanza no pesara de un lado más que de otro, cuando alguno de esos egregios, beneméritos, esclarecidos, ilustres e insignes y privilegiados seres cometía un desliz o una falta leve, o se equivocaba en política, o en literatura, o no estaba de acuerdo con la comunidad, la más grave falta que podía cometer un villabravés rebelde, ¡santo Dios!, ¡qué algarabía! ¡Con que usted se permite disentir!... Pues no faltaba más. Y es usted clarividente, es usted providencial; ¿es usted genio sibilítico?

Y era tal y tan menuda la tempestad de apóstrofes y protestas que le caían sobre la cabeza al desgraciado, que ya tenía para encomendarse a todos los santos del cielo, porque los mismos que el día anterior le dispensaron alabanzas a destajo, a destajo también le prodigaban luego los más feroces insultos.

No podían negar los villabravenses que surgían de una tierra caliente, volcánica, donde la sangre siempre estaba en ebullición, el espíritu siempre inflamado y la lengua pronta a todas las hipérboles y a todos los dicterios.

Finalmente, y sin incurrir en falta de ponderativo abultamiento, puede asegurarse de una vez por todas que en Villabrava la gente se dedicaba al cultivo de la política, de las letras, de la abogacía y del generalazgo, con el mismo ardor y patriotismo que en otros países menos prácticos al de la remolacha y otros frutos más vulgares.

Allí no se hacían máquinas, pero se fabricaban doctores en un año; no había quien barriese las calles, pero sí quien barriese, como se ha visto, las arcas nacionales; no había una escuela militar, pero se encontraban los militares en las calles por turbas, como los perros en Constantinopla. De tal suerte es verdad todo lo escrito, que a este respecto podía elaborarse una muy curiosa estadística en los 100.000 habitantes que tiene Villabrava; porque había muchos centenares de políticos transformistas, muchos poetas "arrendajos", muchas eminencias de papel de estraza, y sobre todo muchos generales napoleónicos. De éstos había que decir como de las armas de Roldán: ¡Nadie las mueva! Pero donde había que ver a los villabravenses era en París... Ya encontrarán ustedes a algunos de nuestros personajes en la capital del mundo civilizado, magníficos, estupendos, milagrosos, dignos de la epopeya, únicos en su especie y en su historia, todos smarts, todos lyones, todos dandys, todos sportsmen, estetas, decadentes, rubios, arrebatadores, haciendo de aristócratas y de fatuos, y provocando la sonrisa irónica de las mujeres cuando éstas los veían pasar, chupándose, por único alimento intelectual, el puño de sus bastones a la moda.

En un viejo y vasto local que, a pesar de ser vasto y viejo, resultó estrecho para la gente que acudió, curiosa de lo que allí iba a decirse, decidió al fin Julián Hidalgo celebrar su primera conferencia.

Componíase el mueblaje de un centenar de sillas para los asistentes y de una mesa, colocada a cierta altura en el fondo del salón, para el conferenciante.

Los rezagados no encontraron asiento, y más de cincuenta personas quedaron en pie, obstruyendo las puertas. Hasta las señoritas Pérez Linaza y la generala Tasajo, que andaban siempre buscando dónde había escándalos, para tener oportunidad de desmayarse, solicitaron entrar, y no les fue posible satisfacer su deseo.

Y excepción hecha de don Anselmo Espinosa, a quien un violento ataque de bilis postró en cama, honraban con su presencia el acto todos nuestros más conocidos personajes, a saber: Florindo Álvarez, en calidad de poeta épico; Arturo Canelón, con su carácter de periodista, orador y revistero luminoso; el general León Tasajo, acompañado de tres militares más; Jorge de la Cueva, cuyo traje arrebatador anonadaba al concurso; Francisco Berza, como monopolizador de la sabiduría, y Luis Acosta, que fue a sentarse muy cerca de la mesa, en el fondo del salón.

Mientras, para matar el tiempo, los mencionados caballeros entablaban de silla a silla diálogos vivísimos, y algunos graciosos -que nunca faltaban en esas reuniones-, empezaron a dar muestras de mal reprimida impaciencia, golpeando las sillas con los bastones.

En este caldeado momento entró Julián Hidalgo, y a su entrada sucedió un silencio repentino, luego un murmullo indefinible, casi hostil.

Sin los aparatosos exordios que usan los oradores castelanos para decir cuatro majaderías en un discurso de mil páginas, el joven conferenciante, después de un reposado "Señores", que vibró en sus labios como promesa de algo nuevo, entró con inesperada valentía por caminos no trillados, y así como repartió elogios señaló defectos, esbozó horizontes, nutrió de citas su doctrina, y puesta a censurar, su crítica sangró al contacto de la realidad y fue cruel, pesimista, despiadada, no hallando medio más eficaz para extirpar tantos males arraigados en su patria, que algo así como una terrible, gigantesca segadora, que cortando a través de los extensos campos villabravenses, preparase sobre el lecho rasurado los gérmenes sedientos de aire y de luz de una nueva vegetación.

Mas como no queremos ser cómplices de tan descabellada pretensión, dejamos al audaz conferenciante toda la responsabilidad de sus ideas, cediéndole en absoluto la palabra.

Habla Julián Hidalgo:

-Lo que yo voy a decir, bien o mal dicho, está en la conciencia de todos vosotros. Todo es vuestro; todo me lo dais hecho: ideas e impresiones, sofismas y verdades, frases dolorosas y coléricas protestas... Alma, vida, corazón y nervios que se os escapan de los labios a todas horas y en todas partes; palabras y comentarios que se oyen igualmente en los alfombrados salones del poderoso y en los desolados cuartuchos del pobre; en los revueltos pasillos de los teatros y en las hirvientes reuniones del café; en los despachos y en las redacciones donde ponéis vehemencias y corajes que no os atrevéis luego a verter con la misma fe y con el mismo vigor sobre un puñado de cuartillas.

No es raro ni nuevo vuestro caso.

"La Verdad" en familia, la verdad entre amigos; la verdad envilecida por el montón anónimo o vulgarizada por la muchedumbre en cuadrilla grande, como si necesitara de muchos valedores juntos para ser creída, no levantará jamás rumores de indignación ni de protesta. Es irresponsable y es impune.

Pero la verdad, proclamada en nombre de eternos y sagrados derechos en un periódico, os asusta; y la verdad austera, valerosa, pujante, inexorable, de pie, en la tribuna, "saliendo del espíritu humano rápida y segura, como el proyectil de la entrada del cañón", os espanta.

No la queréis íntegra, sino a retazos; no la queréis sobria, sino con perplejidades y tanteos de frases lisonjeras; no la queréis desnuda, hermosa, inmutable, como es ella, sino disfrazada, diluida en los convencionalismos sociales.

Por eso la practicáis a diario en la tertulia sin consecuencias, lamentando con monjiles aspavientos nuestro espantoso estado sociológico. ¡Moralidad de cascarilla y de buen tono, pero moralidad incapaz de una abnegación ni de un sacrificio a tiempo! ¡Pactar, transigir, cerrar los ojos, hablar mucho y no hacer nada: ese es vuestro lema!

Faltaba en Villabrava un hombre osado que repitiera en público lo que vosotros comentáis en privado. Yo sé que esto os indigna: no importa. Así como toda religión tuvo sus mártires, toda revolución debe tener sus víctimas. Yo sé que al repetirlo en el mismo desenfadado lenguaje que vosotros usáis, gozando de inaudita inmunidad, caeré abrumado por vuestra intolerancia. Sabré caer como el titán de la fábula que cantó el poeta: "estremeciendo al mundo con el estrépito de mi caída".

En consecuencia, vengo a deciros: Señores: Villabrava ofrece hoy a los ojos del mundo el espectáculo más doloroso de los tiempos presentes. Villabrava es un pueblo enfermo, y la enfermedad es tan cruel, tan impenitente, tan tenaz, que está pidiendo el experimento y el diagnóstico inmediatos de los más despiadados alienistas del espíritu.

El mal tuvo su génesis allá en las brumosas lejanías de un gran crimen. Naciendo del pecado, natural era que a su desarrollo se incluyeran otros muchos para dar una sombría y desconsoladora resultante.

Y así fue. La Naturaleza contribuyó a su engrandecimiento agregando sus disturbios; la incuria propagó la infección; el vicio dejó caer su gota de virus; la maldad, su grano de odio; la ambición vino y clavó sus dientes; la envidia, sus garras; los hombres políticos pusieron sus enconos; los engreimientos de clase, sus injusticias irritantes; el fanatismo, sus sombras; la miseria, su dolor; el dolor, sus lágrimas; la infamia, sus calumnias; el alcohol, su veneno, y hasta el aire mismo que se respira su anarquía.

¡Ah!, sí; el mal viene de atrás, de muy atrás, de la Historia arriba, y vosotros conocéis la Historia.

¡Villabrava era colonia!...

Perezosa, letárgica, entregada a la holganza en medio de una fonda gigantesca; gozando del amor al arrullo de los pájaros, al olfateo casi lujurioso de sus flores; sesteando a la hora en que la tierra, encendida por el sol, fluía de sus entrañas hálitos de caliente bochorno; extática ante la quimera azul de un cielo siempre limpio, o aletargada siempre por el fuego de los trópicos; Villabrava revelaba a todas horas la honda y profundísima tristeza de las "razas vencidas". Colonia sin aspiraciones, sin entusiasmos, sin fe; colonia olvidada de la alegría universal, humillada por la opresión, injuriada por tres siglos de látigo... Eso era Villabrava.

Unos cuantos hombres que la Historia llama "patricios", avergonzados entonces de tanta mengua, se lanzaron a la guerra, colgaron a la cola de sus caballos la victoria y firmaron con la punta de sus espadas tinta en sangre la libertad villabravense.

Y la libertad, que debió ser origen de bienes incalculables, de orden, de paz, de igualdad, de liberalismo y democracia, empezó a trocarse a lo mejor en inesperado desorden.

¡Mudanzas singulares de los tiempos! A poco andar aquellos mismos iniciadores de la cruzada redentora hicieron traición a su historia y opusieron a las rehabilitaciones del pueblo la vanidad insensata de las clases.

De aquella raza híbrida, terriblemente amasada con lágrimas y sangre de aventureros y de indios resultó, a partir de aquel funesto día, una sociedad risible y deliciosamente dividida en castas; una sociedad sin génesis bien esclarecido, que tuvo, como las sociedades europeas, su aristocracia, su clase media y su plebe.

La primera, más anémica y por ende menos copiosa que la abundante clase media, engendró seres degenerados y enclenques, los cuales seres, creyendo a pie juntillas en su alcorniada descendencia, se proclamaron de la noche a la mañana raíces, ramas, flores y capullos de aquellos árboles egregios que fueron orgullo genealógico del pueblo que por casualidad hizo nido en las montañas de la engreída Villabrava.

Insoportables, frívolos, inútiles hasta dejarlo de sobra, no sabiendo siquiera lucir su frac y su apellido en los saraos, los nobles improvisados, a pesar de sus parentescos y enlaces

con el primer monteje adinerado del país, siguieron juzgándose de origen divino, milagros de la merced celeste, concepciones supremas del rancio feudalismo.

Allá en las inconscientes profundidades de la candidez villabravense latió la idea equívoca y maleante de la tradición.

Por eso, por arrancar de aquellas lejanías, se aceptó la farsa como artículo de fe, y echó, por desgracia, hondas raíces en la conciencia nacional.

Con todos los vicios, pero con ninguna de sus virtudes, la clase recusada se crió ferozmente entre un remolino de pasiones y partidos: la prole fue fecunda, heterogénea, mestiza, fatal... Temeraria, indómita y perversa, a causa de las humillaciones recibidas, quiso que la pseudo-aristocracia bajase hasta ella, pretendiendo por descabellada manera que la promiscuidad abajo y no el enlace arriba, en la cima, eran la noción más humana y más lógica de la quimera que los hombres llaman igualdad.

De ahí vienen todas nuestras grandes desgracias.

Jamás se ha visto en parte alguna rencor más reconcentrado y perdurable que el rencor que existe en Villabrava de clase a clase. ¡La democracia es mentira; la fraternidad, mentira; mentira el patriotismo, mentira! La única verdad es el rencor: el rencor disimulado y sonriente que se tropieza a todas horas a través de las demostraciones del cariño falso.

Y así es como yernos y suegros, y primos y cuñados, y hermanos y sobrinos, y todo lo que es parentesco de familia y cruzamientos sagrados de amistad, todo está a merced de ese rencor y de esa farsa.

En el vértigo de nuestra existencia compleja y trabajosa, en lucha fiera con instintos, con ambiciones y con clases, nos parecemos a los náufragos que en esos grandes siniestros marítimos olvidan lo que fue un momento antes galantería, distinción y cultura, para reñir en el fondo del mar su derecho de vivir.

Así como suben a la superficie esos náufragos con las manos "llenas de sangre y de lodo", así también acabaremos nosotros por subir con nuestros furores y nuestros resentimientos escondidos en lo más recóndito del alma.

El destino se ha encargado de hacer lo demás. Rota la ley, violado el respeto, entronizada la impudicia, irritada la envidia, perdida la consideración social, prostituido el sentimiento, humillados los caracteres, entendiendo la civilización por el descaro del arroyo y el progreso por el aspecto exterior de las ciudades, Villabrava es un pueblo perdido para "el ideal".

La enfermedad, ya lo veis, es intensa; enfermedad de influencia trágica, de hondos y devastadores contagios. La enfermedad es moral, material e intelectual; porque el cuerpo humano en Villabrava carece de alimento, el espíritu de alegría y la conciencia pública de articulaciones.

El mal existe -aunque no lo crean los optimistas voceadores de nuestra civilización-, existe y "toca a las entrañas de la Patria, desgarrándolas", existe arriba, abajo, en todas partes: en el suelo, en la atmósfera, en la masa de la sangre villabravense.

Cuando se la esperaba erguida y magnífica, con la frente alta, con los ojos llenos de fulgores de triunfo, ávida de conquistas nobles en la Ciencia, en el Arte y en la Industria; útil y vigorosa en el trabajo, sublime en el deber, abnegada en el derecho, insólita en el honor, la encuentra uno abajo, en el abismo, hundiéndose hasta las rodillas en el fango; mezclada, confundida, hecha montón juntamente con los otros, con sus mismos odios, con iguales mezquindades, con sus idénticos y torpes proceder.

Esa clase media que ha podido salvarse, que ha podido vencer, que pudo regenerar el país, no tiene ni tendrá jamás perdón en la historia de su época.

En vez de luchar varonilmente "contra los vicios y la corrupción de su tiempo", ha utilizado ambas cosas en beneficio suyo.

¡Otra sería Villabrava si la clase media hubiera querido!

Menesterosa de orden, necesitada de consejos, sedienta de justicia, horrorizada por las turbulencias políticas y espantada de su triste estado social, esta pobre tierra apenas si pedía un esfuerzo, un solo esfuerzo impulsor de su renacimiento.

Pero, no, señores; la clase media no quería: ¡qué iba a querer! Si médicos y abogados, artistas y literatos, banqueros y negociantes, jóvenes holgazanes y viejos achacosos, industriales y artesanos, todos sin excepción casi y casi todos sin derechos justificables, han abandonado profesiones, han hollado amistades, han violado deberes, han pateado hasta lo más santo para entrar tumultuosa y desaforadamente en el desorden político; para meter los brazos hasta el hombro en las arcas nacionales; para pelearse como lobos a la vista de la presa de un cargo público cualquiera.

Así vemos cómo por una posición efímera corre el escándalo por el camino de la envidia; y se ensartan enredos, y se zurcen chismes en las altas esferas del Gobierno; y se fabrican anécdotas sobre reputaciones inholladas, y es negocio lucrativo el denuncia falso; y se atrinchera la infamia en los reductos inexpugnables del anónimo; y se traiciona al amigo y se asesina al compañero, y hace la emulación oficio de calumnia criminal; y para solaz de la opinión bastardeada, a título de venganza política, venciendo todo escrúpulo, va la imputación alevosa a sorprender la tranquilidad de los hogares: lo único inviolable, sagrado, aun en las más atrasadas naciones del globo...

Allá, en medio del horrible naufragio, resueltas a no dejar en el furioso oleaje la pureza de sus almas, formando un mundo aparte de silencio, de selección y de honor, luchan todavía heroicas, denodadas, nuestras madres, nuestras esposas, nuestras hijas. ¡Quién sabe la suerte que mañana las espera! Cuando ese mundo bueno, amurallado de virtudes, acabe de ser violado, Villabrava habrá perdido su único pudor y su última dignidad...

A un cuadro tan sombrío como el que acabo de trazar corresponde, sin duda, una protesta solemne de parte vuestra. Ya os lo he dicho: me tiene sin cuidado vuestro enojo. Bien sabe Dios cuán duro oficio es éste de predicar la verdad a los que no quieren oírla; y bien sé yo cuán mala y recia de sufrir es ella si lleva trazas de intolerante y ruda; pero no he traído yo aquí la adulación, sino la obligación: obligación que se ha considerado lícita en todas las edades y a todos los profundos analizadores de la Humanidad, cuando de males hondos y dolorosos se trata. Si en vez de conferenciante fuera yo novelista, sería como Balzac, cruel con la sociedad de su época; como Flaubert severo con las costumbres de su época; como Tolstoi, pesimista y despiadado con las arbitrariedades de su época; como Zola, censor viril y en cierto modo sublime transformador gigante de su época; y si fuera hombre de acción, francamente, señores, sería inexorable como lo fue aquel hombre a cuya expatriación, nunca bien sentida, contribuimos los jóvenes con nuestra retórica estrafalaria, con nuestros alborotos y con nuestra demagogia infantil, juzgándonos salvadores de todo un pueblo, cuando éramos sencilla, mente cómplices de un gran crimen.

(No se necesitó más para el escándalo. ¿Para qué se necesitaba más?)

- XI -

La sala entera, como sacudida por una descarga eléctrica, estalló en formidable protesta de patriotismo agudo.

Y era lógico. Hallándose allí reunidos los más nobles y bizarros valedores de los fueros nacionales, aquella protesta se formuló en nombre de sus santísimos principios y por manera enérgica, es decir, por medio de golpes de bastón sobre las sillas, y por el más elocuente aún del insulto y del chillido. -¡Ha ultrajado a la Historia! -vociferaban, estremecidos de irresistible pujanza. -¡La sociedad pide reparo inmediato! -¡Matemos al infame! -¡Es un miserable! -¡Un impío! -¡Sacrilégio! -¡Bribón! -¡Canalla!...

Y se alzaban puños amenazadores y crispados, y había bocas llenas de espuma, y en cada uno de los calificativos enderezados al audaz detractor ponían los vengadores de la patria una cantidad tal de impudicias, tal cúmulo de desvergüenzas, juramentos... y cebollas, que había para salir corriendo con los oídos tapados. ¡Dijéranse las Furias del Olimpo desencadenadas y metidas a villabravenses... belicosos! Porque ya se sabe, cuando los dioses querían castigar a un mal nacido, desencadenaban sobre él las Furias inexorables; y éstas, a fuerza de chillidos y juramentos, sembraban el espanto en el corazón del impío y lo precipitaban luego de cabeza por un abismo insondable.

Así se explica que los villabravenses de procedencia casi mitológica y divina, parientes del dios del rayo y hermanos del dios de la guerra, valerosos y sublimes guardianes de aquella sociedad que se juzgaba propietaria de la merced celeste, no se contentaran esa

tarde con jurar y "repartir" desvergüenzas, sino en poner en práctica el bárbaro proceder de sus ascendientes, tirando a Julián Hidalgo de cabeza por la tribuna abajo.

Para el caso había allí dioses de la talla de Arturo Canción, que hacía de Mercurio; de Francisco Berza, representante de Minerva; de Teodoro Cuevas, que pretendiendo ser Plutón, resultó Véspero, lucero de la tarde; un Véspero francés de polainas, corbata azul y gardenia en el ojal de la jaquette.

Al general León Tasajo le venía de perlas el papel de Júpiter Tonante; pero Júpiter desapareció, ¡oh mengua del militarismo villabravense!, al empezar la refriega.

Entre tantos dioses mayores, amén de los secundarios que formaban montonera, no podía faltar el rubio Apolo, y Florindo Álvarez hizo sus veces.

Pero este Apolo furioso dijo cosas tan brutales y de tal modo las dijo, que se oyeron perfectamente en la calle, dando lugar a que muchos transeúntes, ajenos al suceso, se detuvieran a la puerta del local y tomaran parte en el escándalo.

Excitada por este súbito refuerzo, aquella denodada juventud sintió circular por sus venas la hirviente sangre de los héroes, próceres y mártires de su gloriosa independencia, y se preparó a cobrar de una vez la afrenta recibida.

Los revólveres, dagas, estoques, puñales y otros alfileres de muerte que completan y resumen a todo villabravense de coraje, salieron de sus respectivas bolsas, vainas, fundas y bolsillos, convirtiendo el salón en un verdadero parque "criollo", cuyo número de instrumentos cortantes y explosivos contribuyeron a encender en todos los pechos el ardor de que ya estaban poseídos. Quién más, quién menos, respiró allí exterminio y mostró trémula y vibrátil la nariz al olfateo casi voluptuoso de la sangre que se iba a derramar.

Julián Hidalgo no tenía por qué hacerse ilusiones; su muerte estaba decretada.

En vano apareció sereno queriendo crecerse ante el peligro; en vano Luis Acosta hacía furiosos molinetes con aquel terrible y nudoso garrote tan conocido en Villabrava por las palizas que oportunamente administró; en vano unos cuantos amigos generosos protegían con sus débiles cuerpos al insolente mozo. No había nadie capaz de detener el empuje de los intrépidos vengadores de la patria.

Pero estábale reservado a un señor menos patriota, y por ende más práctico que todos aquellos señores, poner cese al alboroto. Y fue él Juan Coriolano, el coronel Coriolano Bravo, jefe de la furiosa cuanto calumniada Policía villabravense, quien los metió en cintura. Detrás de la Policía venía Júpiter, es decir, León Tasajo, que, no pudiendo disponer del rayo, dispuso de sus piernas al comienzo del motín, como hemos visto, aunque con el plausible y magnánimo propósito de evitar un conflicto, dicho sea en su honor de militar, que nuestra ligereza le había regateado.

Ni el primer Coriolano produjo entre sus asustados conciudadanos el efecto que este otro Coriolano tropical a la puerta del hirviente salón.

No venía al frente de un ejército invasor, pero sí a la cabeza de un piquete de gendarmes de muy mala catadura. Por lo cual se explica que a la algarabía de un minuto antes sucediera allí de repente uno de esos súbitos, profundos e inverosímiles silencios que las reuniones de hombres heroicos adoptan para dar pruebas inequívocas de su presencia de ánimo.

No obstante esta actitud, digna de consideración y de respeto, el coronel, que tenía ojos de lince, vio cómo algunos muchachos azorados se guardaban en los bolsillos precipitadamente las armas "mortíferas" de marras, y quitándose de ruidos, dando una formidable arremetida, cogió por el cuello al primer patriotero, y le gritó:

-¡Marche pa lante!

-¡Pa lante, pa lante! -repetieron los oficiales, superando a su jefe y atropellando a todo patriota que encontraban.

- "Pa lante" le he dicho, amigo. ¿Usted no entiende lo que es "pa lante"? -y se cimbraban, haciendo vibrar en sus manos la justiciera maceta que portaban, símbolo de su tremenda e inflexible autoridad.

Los villabravenses sí entendían aquel elocuentísimo "pa lante", aquel delicioso idioma de su no menos deliciosa Policía; pero como eran tan valientes, tan capaces de resistencias hazañosas, semejantes a las muchas que habían cometido sus padres en muchos gloriosos campos de batalla, se arremolinaban aquí, se detenían más allá, e iban saliendo poco a poco, amontonándose en la puerta, no sin lanzar centelleantes miradas de odio y de venganza a los miserables que, sin respeto alguno a sus nombres y prosapias, los empujaban de aquella suerte.

Y prueba de esto fue que, ya en la calle, cuando vieron que Julián, protegido por el coronel y sus "esbirros", entraba en un coche y partía a escape, volvió el indómito coraje a sus inflamados pechos, por lo cual partieron también, frenéticos, detrás del vehículo, gritando:

-¡Para! ¡Para, sinvergüenza, para! Pero el "sinvergüenza" no paró; los caballos iban como desbocados; el auriga sonaba y repiqueteaba terriblemente la fusta; el coche desaparecía entre una nube de polvo, y los belicosos perseguidores, irritados por no haber podido "beberse" la sangre de aquel rebelde, lanzaron unas cuantas piedras, acompañadas de otros cuantos tiros, sobre el coche escapado. Al oír los disparos, los gritos y las amenazas, en medio de aquella desatentada carrera, la gente corría despavorida. Se cerraron con estrépito algunas tiendas de comercio, y un señor que no las tenía todas consigo entró, pálido y sin sombrero, a una casa de familia, pidiendo que lo escondieran en cualquier sitio, porque acababa de entrar a la ciudad el general Comején, con su ejército de lanceros. (Un general muy tremendo que andaba por aquellos días con sus bravos de a caballo por las afueras de la población, lanceando y degollando terneras, porque le habían quitado el ministerio de la Guerra.)

Huelga decir que la villa entera, ignorando lo que en realidad ocurría, estuvo rezando y poniéndole velas a la virgen de los Desamparados, en espera de la entrada de Comején; hasta que El Temporal, periódico de gran circulación, volvió la calina a las sobresaltadas familias, narrando el suceso con todos sus pelos y señales, no sin elogiar de paso el acto heroico y "sin segundo" realizado por la juventud. ¡Hermosa, noble y hazañosa proeza! - añadía el periódico que en su página más bella había de registrar mañana la historia de este pueblo, ungido para las magnas luchas.

No le fue en zaga a El Temporal el periódico tenido en la localidad por moderado: El Augusto, donde colaboraban Álvarez, Berza y Canelón. Después de un valiente artículo de fondo, redactado por el mismo director, venía un "rondel" de Florindo Álvarez, titulado: ¡Maldito seas!, al que servía de epígrafe el último verso del famoso soneto "A Voltaire", de Núñez de Arce; luego seguía un estudio antropológico de Berza, y, por último, un ¡Epopéyico! de Canelón, donde se hablaba de proezas de luchadores medievales y otras archipujantes tonterías, todo ello enderezado a condenar la conferencia de Hidalgo. Y no contento Arturo con este desahogo metafórico, saliéndose de sus casillas y tal vez mal aconsejado por Florindo, que era de los que tiraban la piedra y escondían la mano, fue y "se metió" con Luis Acosta, dispensándole una sangrienta alusión a propósito de su "valiente actitud".

Esta imprudencia del luminoso articulista dio más tarde motivo a muy inesperados y trágicos acontecimientos.

- XII -

Mientras se desarrollaban estos y otros menudos sucesos en la noble y destartada villa, Julián Hidalgo, en vez de salir a la calle resuelto a romperse el bautismo con el primero que encontrara -como era de suponerse, dado su temperamento borrascoso-, decidió encerrarse, sepultarse entre las cuatro paredes de su cuarto.

Fue la única vez que procedió con acierto aquel mozo falto de juicio, aunque sobrado de buenas intenciones.

Alrededor de su silencio voceó la ignorancia lo único que la ignorancia sabe vocear: injurias. Él creía oírlas, a veces, desde la altura de su cuarto, suspendido como un palomar sobre los anchos corredores de la casa, que dominaba todo el Norte de la ciudad.

Entonces se asomaba al balcón y tendía la mirada colérica sobre aquel enmarañamiento de tejados sucios y azoteas mohosas, y calles estrechas que se retorcían locamente sobre la falda de la montaña. Los lejanos rumores de muchedumbre que el viento le traía a ratos se le antojaban amenazas, protestas, rugidos de la encanallada población, y acababa por

exasperarse y apretar los puños y responder a la inmensa y anónima injuria que le golpeaba los oídos: "¡Espera, espera... que aún me falta que decirte algo!"

Imprudencia, locura, osadía, o lo que fuese, Julián Hidalgo llevó a la tribuna sus ideas como el escultor lleva sus audacias al mármol, y el pintor al lienzo, y el poeta a la estrofa, y el novelista al relato; por necesidad, por convicción, porque se lo pedía el alma, y el alma de Julián era joven y creyente, creyente y joven en medio del indiferentismo y de la vejez universales.

Aquello y esto, es decir, la juventud y la creencia, ambas cosas necesita un hombre para no palidecer ante semejantes apostolados; pero a la vez se necesita haber vivido un medio ambiente como ese en que él se movía, para comprenderlos y justificarlos. Porque así como fue Julián tribuno, habría sido guerrero en una hora de subjetivismo revolucionario.

En esa hora fatal se hallaba, aspirando al ideal bajo la perspectiva engañosa de la victoria. En la misma negrura que veían sus ojos de iluminado encontraba arte y poesía, y su corazón y su musa se entregaron por completo en los brazos de una causa dolorosa y quimérica, cuyo triunfo era poco menos que imposible.

Toda su existencia, sin embargo, se cifró en ella. Iba en solicitud de la tortura y del martirio con la misma alegría que se va en busca de la voluptuosidad y del amor. Por eso Isabel ocupaba un sitio secundario en su pensamiento. La lucha entre el amante y el apóstol fue ruda; pero, en aquella ocasión triunfó el apóstol.

Él mismo no sabía si era amor lo que sentía por la mujer que le ofrendaba toda su ternura, todo su espíritu débil, aunque ardiente. La quería, la quería mucho, pero sin esos encarnizamientos, ardores y caricias frenéticas que acaso hubiera puesto en su pasión de enamorado a no entregarse todo entero al utopismo que le absorbía el pensamiento, el corazón y hasta el ser físico.

Todo se desvanecía frente a su "idea regeneradora", como ante una mujer de arrogante hermosura se empequeñecen los contornos de las bellezas más perfectas.

Su idea anonadaba, devastaba, arrollaba lo que al paso se le oponía: la caricia del amor materno, la conveniencia individual y el amor entrañable de la novia encantadora quedaron vencidos por aquella idea omnipotente.

Y en aquella omnipotente idea era, no obstante, donde se estrellaba su persona y donde dejó pedazos de su alma de artista rebelde y de poeta levantisco. A veces la visión sonriente, luminosa y magnética de Isabelita se presentaba de súbito ante sus ojos fascinados, le embelesaba y lo envolvía en un ambiente de felicidad inefable.

Era un instante, no más. Por uno de esos esfuerzos heroicos a que estaba avezado su pensamiento, destruía la visión consoladora; y la otra, la omnipotente visión, símbolo de su ardiente apostolado, tomada de nuevo cuerpo en su cerebro, crecía, apagaba con sus violentos resplandores la vaga y melancólica sombra del primer ensueño y se enseñoreaba de su espíritu.

Cuando su pensamiento y su corazón entraban de lleno en estas batallas espantosas, salían de ellas desgarrados, chorreando sangre, como los atletas que, no pudiendo matarse de una vez en un solo encuentro, se emplazan para reanudar más tarde la lucha interrumpida.

- XIII -

Al par que Julián se entregaba a estas desoladoras luchas, su atronado amigo y compañero Luis Acosta, allá en el estafalario entresuelo de su fonda, sostenía otras batallas, de muy distinta índole por cierto.

Debía de ser algo muy serio lo que removía en el telar de su cerebro el atrevido mozo, porque, de codos sobre la mesa que le servía de escritorio y biblioteca al mismo tiempo, con la cabeza apoyada en ambas manos, estaba embebido en la contemplación de un gran tintero de bronce que representaba un mono cabalgando sobre una rana.

Cuando aquella cabeza a pájaros meditaba, malo: ya podía darse por seguro un alumbramiento monstruoso, una barbaridad, una diablura.

Por de pronto, aquellas hondas reflexiones, más hondas aún que las de cualquier Paquito Berza sobre la solución de un problema antropológico, tendían hacia la radiante y magnífica persona de Arturo Canelón.

Él necesitaba cobrar aquella personalísima alusión que le dirigió desde las columnas de El Augusto, y a raíz de la conferencia de Julián, el imprudente Arturito.

Lo primero que se le ocurrió a Luis fue salir, buscar a Arturo y donde lo encontrara "romperle cualquier cosa" de un trazo; pero esto era confesar que "el valiente" aludido en el artículo era él, por lo cual se dio a pensar en una venganza horrible y sin consecuencias.

Tres noches llevaba en claro el desazonado mozo aguzando el ingenio en tal sentido, y tanto lo aguzó, que en vez de encontrar una horrible venganza, como él quería, encontró una burla deliciosa, que lo hizo desternillarse de risa. Para llevarla a cabo, y felizmente, necesitaba esperar una oportunidad, y esperó tranquilo y convencido de que ella se le presentaría sin poner mucho de su parte.

Así fue.

Por aquellos días decidió la flamante Academia villabravense repartir en el Teatro Nacional las cintas, coronas, plumas de oro y demás menciones honoríficas ofrecidas a los genios y geniazos triunfadores en su último certamen.

Porque en Villabrava, ya se sabe, cuando un asunto más o menos serio, o más o menos trivial, no merecía los honores del escándalo, de los tiros de revólver, de las pedreas y de las carreritas de la Policía por las calles, se solucionaba con un baile, con una serenata o con un certamen artístico-literario.

Lo más indicado era el certamen. El proyectado, sonado y repiqueteado por la Academia, se efectuó en esta ocasión sin motivo justificable; por lo menos, los apuntes históricos que a este respecto hemos recogido no esclarecen del todo tan importante acontecimiento.

Si se tiene por averiguado que para esta fiesta célebre la asendereada corporación echó la casa por la ventana, resultando una verdadera solemnidad literaria, a juzgar por el kilométrico programa en que figuraban como notas de atracción una "oda" de Florindo, cuya lectura duró tres horas de reloj, y el discurso final, tornasolado y flamígero, que pertenecía por derecho propio al no menos flamígero y tornasolado joven don Arturo Canelón.

Esto no obstante, la fiesta fue estupenda y rica y abundante en gorjeos de tiples adorables, en florituras de pianistas insignes; en clamores de poetras en delirio.

Cada número se premió con aplausos nutridos y algo estrepitosos. Pero donde los aplausos adquirieron carácter de ovación, fue en los períodos más pujantes del discurso. Un triunfo que, a juicio de El Temporal, dejó "muy señalados derroteros en la tribuna villabravense".

Canelón surgió del fondo del escenario, radiante, como siempre, ¡magnífico! Le atravesó a pasos lentos, con la fatua seguridad del que está convencido de la influencia que ejerce sobre el público.

Lo acompañaron hasta la mesa que debía servirle de tribuna varios señores muy satisfechos de servir de marco a la elegancia, a la juventud y al aire un si es no es petulante del orador, el cual fue acogido por el concurso con palmadas repetidas.

En este instante solemne, un fotógrafo espontáneo sacó una vista, donde aparecieron, luego, los acompañantes de Canelón azorados, buscando sus asientos respectivos. Después hubo crujir de sedas en los palcos, anhelo creciente en las butacas, y, a raíz de un prolongado silencio, la voz robusta del máximo tribuno resonó, como una nota mágica, por los ámbitos de la sala electrizada...

Aquel mozo no tenía precio.

Nada ni nadie se escapó a su elocuencia; mujeres, hombres, cosas, poesía, arte, todo fluía de sus labios en una serie de palabras sonoras; aquí un ritmo, allí un apóstrofe; acá una

sentencia grave y allá un período atronador. Castelar y Moret se daban las manos; Silvela y Salmerón se confundían.

Lanzado de esta suerte en el camino luminoso el egregio Arturito -sin que viniera a cuento-, hizo un prolongado viaje por la "aurora del mundo", por la edad floreciente "del espíritu humano", por la "juventud" de Grecia, por la "vejez" de Roma y por "ese milagro de la Historia" que se llamó Renacimiento.

Para terminar esforzó el dantoniano acento y habló, habló aún más; habló por los codos, lo que le vino en gana; arrancando bravos estentóreos a la sugestionada concurrencia aquello de "la sangre de César", "el puñal de Bruto", y "el casco del corcel de Atila" con que robustecen los tribunos de Villabrava sus grandilocuentes improvisaciones.

Al redondearse este magistral último párrafo, la gente, enloquecida, se puso en pie. En la galería hubo vítores; de las plateas salieron palomas encintadas, de las butacas ramos de flores, de los palcos brotaron suspiros, sollozos, lágrimas de niñas nerviosas y "vibrantes"; y a través de todo este cúmulo de "ofrendas", lanzada de no se sabe dónde, pasó "silbando" una gran corona de ajos y fue a caer brutalmente a los pies del relampagueante orador.

Un alarido horrible, unánime, insólito, intraducible e incomprensible en tantos y tan distintos aparatos eufónicos allí reunidos, circuló por todas partes; cien miradas investigadoras y ansiosas se dirigieron al paraíso, a los pasillos; y algunos caballeros salieron en busca del "aguafiestas" de aquella noche memorable.

Pero fallida la esperanza de encontrarlo, el público se vengó de él haciendo una nueva ovación a su tribuno.

Más tarde, cuando todo el mundo salía comentando a su manera la villana acción, ya se susurraba en el vestíbulo un nombre odiado; ya se sospechaba quién era el autor. En un grupo donde peroraban Florindo Álvarez y Paquito Berza, dándole visos de misterio a lo que decían, salió el Cristo a relucir, o, lo que es lo mismo: Julián Hidalgo.

La muchedumbre, sugestionada por la noticia, la echó a volar, sin que nadie, por caridad siquiera, se aventurase a poner en duda tan gratuita suposición.

Al día siguiente del suceso, el esclarecido y joven tribuno, apoyado por "la opinión pública", escribió un artículo que ardía en un candil. De este artículo se desprendían los más viles calificativos contra el sospechado y sospechoso Julián Hidalgo.

Aunque éste, encerrado en su habitación, distanciado de todo y de todos, sumido en sus hondos pesares, no se enteró de aquella infamia. Y todo Villabrava supo que no él, sino el entrometido Luis Acosta, habiendo encontrado en la Plaza Central al "ígneo" orador y articulista procaz, fue, y sin decirle oxe ni moxte, le cruzó la cara con un látigo.

Inevitable resultante de estos imprevistos latigazos fue un duelo original y complicado, único y sin precedentes en la heroica Villabrava.

- XIV -

Pequeña, metida en carnes, pero garrida, aun en medio de esa adorable pequeñez y de esas carnes admirablemente distribuidas en curvas y ondulaciones de tornátil suavidad, Susana Pinto era el prototipo de la criolla en plena y seductora florescencia.

Se hallaba en la edad de esas mujeres de hermosuras triunfantes que con la sola esplendidez de sus formas eclipsan la belleza de sus hijas.

Más que madre parecía hermana de Julián.

Acaso su infecundidad, resultante inmediato de aquel heroico alumbramiento que desgarró sus entrañas siendo niña, contribuyó a conservar la bizarría de su juventud.

Y así como la juventud se desprendía espontánea de las ondas de sus cabellos y del color de sus mejillas salpicadas de lunares y de hoyuelos, así la lujuria, una lujuria involuntaria, pero violenta y tentadora, se asomaba sin querer, entre relámpagos de pasión, a sus grandes ojos negros; se deslizaba a través de sus pestañas, tenía temblores, palpitaciones y olfateos en su nariz, vagaba como un soplo tibio y alentador en sus labios siempre entreabiertos, siempre húmedos; y surgía, en una palabra, de su andar elástico, que bastaba para incendiar los sentidos de los hombres.

Y no obstante estas manifestaciones de voluptuosidad inconsciente, Susana fue respetada, mejor dicho aún, sagrada para toda aquella sociedad dispuesta a caer a todas horas, con la velocidad de un rayo, sobre toda sospecha. Tal respeto, a no dudar, vino a ser la prueba irrefutable de su honradez, excitante, sí, pero honradez que tenía todo el orgullo de una conciencia bien puesta, y todo el valor, toda la fuerza, toda la energía de una fe...

De aquí que siendo propicia a las pasiones impetuosas y capaz de irritarlas con su sonrisa inocentemente "diabólica", Susana fuera, en la más completa acepción de la palabra, una hembra irresponsable.

Esta irresponsabilidad de hembra que fluía de su ser violentamente, se puede apreciar ahora en la actitud que acaba de adoptar para arrellanarse en una de las mecedoras de su gabinete.

Son las cinco de la tarde. Una ligera cortina de encajes, extendida sobre la puerta de la estancia, desvanece en parte la discreta luz del día; pero sus resplandores bastan para alumbrarla.

Y así se ven esclarecidos todos los objetos, resaltando entre ellos por el bruído de su grueso y sólido marco el retrato de José Andrés Hidalgo. Debajo del retrato hay un sofá, y junto al sofá, la mecedora donde, arrellanada y envuelta en una amplia bata de percal, está Susana.

Tiene las mejillas encendidas, la respiración nerviosa y fuerte, esa fuerte y nerviosa respiración que sucede con frecuencia a las discusiones violentas; en sus ojos, sombreados por círculos violáceos, brilla como un relámpago de cólera, y por sus labios húmedos y entreabiertos vaga aún el resto doloroso de la frase que acababa de pronunciar. Enfrente de ella, inquieto, pálido, don Anselmo Espinosa pasea con torpeza las manos por los anchos regazos del asiento donde se halla.

Por esta silenciosa, pero tirante actitud, es fácil adivinar la escena que se desarrolla entre ambos personajes: una escena que debe haberse repetido muchas veces.

En don Anselmo no había muerto el deseo vehementísimo de poseer a Susana. La contrariedad, y sobre la contrariedad la virtud irreductible de aquella mujer, habían excitado su apetito. Un suceso inesperado -la prisión de Julián Hidalgo a causa del duelo de Acosta y Canelón, que conocerá el lector en su debida oportunidad- lo arrastró de nuevo hacia la madre. Nunca gozo más infernal se alojó en el alma de un ser humano, que el gozo recibido por la de don Anselmo cuando supo que a su pariente lo llevaban a la cárcel.

Vio el cielo abierto, es decir, vio su senil aspiración alboreada de esperanzas, porque siendo Julián un estorbo para sus planes de conquista, suprimido el estorbo, aquello, según él y según los medios escogidos para su inmediata realización, era "cosa hecha".

Desde este instante, el deseo transformado en pasión le llenó la vida toda al enorme señor. Y turbado por ella, poseía mentalmente a Susana, o creía poseerla; la poseía con furia, con frenesí de bestia, a través de saciedades silenciosas imaginadas hasta en los diálogos con ella, en que siempre se veía rechazado. Cuanto más lo rechazaban, más se aferraba a su delirio aquel hombre, consagrándole todas las humillaciones de que él era capaz.

En medio de una de estas crisis espantosas lo hallamos: implorando la satisfacción de su carnal codicia, y ofreciendo en cambio de ella la libertad de Julián, que él podía alcanzar con sus influencias, hablando con el gobernador, con el ministro, con el presidente si hacía falta.

Irá a todas partes, adonde Susana quiera.

Lo suplica, lo repite conmovido cien veces, cien veces lo jura. Susana permanece inflexible; prefiere sufrir ella y saber el sufrimiento de su hijo antes de permitir que le toquen la punta de los dedos. ¡Eso, nunca!

Ella sabe también que las súplicas de don Anselmo envuelven una amenaza: el rompimiento de las relaciones de familia, que la gente comentaría en detrimento suyo.

Todo eso lo comprende Susana, por desgracia, y todo eso la encoleriza, la desespera, la pone en un estado de exaltación próximo a la locura. ¡Ah, no, no! ¡Eso es inicuo, abominable, espantoso; el dolor mismo de Julián no tiene derecho a su deshonra! ¡No!

En vano solicita don Anselmo compasión; en vano se arrastra, se revuelve en su asiento como un condenado, se arrodilla casi a los pies de Susana, en vano promete terminar las desavenencias con Julián y darle, si quiere, la mano de Isabel. Aquel hombre que no permitía a Julián un diálogo inocente con su hija, a través de la ventana de la calle, llega hasta ofrecer su existencia entera en cambio de un abominable y oprobioso deseo.

A Susana le produce asco todo esto; hace un esfuerzo para reprimirse, y no puede; se indigna, se subleva, se levanta del sillón violentamente; pero abrumada por el exceso de tantas agudas sensaciones sufridas en tan poco tiempo, opérase de repente una revolución en todo su organismo, y se deja caer de nuevo en el asiento, donde, vencida por la pena, se pone a llorar, ocultando el rostro entre las manos.

Sollozando de esta suerte, en medio de una gran desesperación en que ocupa sitio doloroso el recuerdo de Julián, la pobre mujer no se da ya ni cuenta de la presencia de Espinosa. Y éste, aprovechando aquel instante de suprema angustia, se le acerca tímidamente para prodigarle consuelos, que ella no oye.

Sólo cuando él, engañado por el silencio de la viuda, se atreve a acariciar su cabeza con mano trémula, diciéndole en voz baja y llena de temor: "Vamos, Susana, no te desespere", ésta se levanta de nuevo, da un salto, como una fiera mal herida, y con la osadía de la mujer ultrajada por el tuteo precoz, ofendida en su orgullo, le arroja un mundo de insultos a la cara.

- XV -

Canelón, naturalmente, se indignó muchísimo y trató de devolver la ofensa en el acto; allí mismo donde la recibió. Pero intervinieron varios amigos y, es claro, el agresor se fue tranquilamente, riéndose, como si hubiera hecho una gracia. Esto era lo que más le indignaba, y tanto, que salió por la noche, armado hasta los dientes, de café en café y de plaza en plaza, busca, buscando por todas partes a Luis Acosta, que no aparecía por ninguna.

La resolución y la ira se pintaban con tales muestras de seguridad en su acardenalado rostro, que muchos de sus admiradores, a quienes comunicó el sanguinario pensamiento de matar a Luis aquella noche, previendo una espantosa catástrofe, decidieron, para evitarla, arreglar el asunto con un duelo, cosa que no le había pasado por las mientes al mantecoso Arturo.

Alguien cree, en consecuencia, que no le cayó bien la idea del desafío; pero Teodoro Cuevas, que era del grupo y que no cabía de gozo ante la perspectiva de un duelo... visto de

lejos, habló de "lavatorios de honra", y no hubo más remedio que batirse, tanto más cuanto que muchos engomados y perfumados jóvenes de la buena sociedad habían presenciado la escena de los tremendos latigazos.

La noticia tuvo pronta divulgación y dio vuelta en redondo a la famosa ciudad, donde era cosa poco menos que imposible ocultar ni verificar un desafío formalmente.

Los desafíos en Villabrava resultan portentosos de puro ridículos; o se verifican a medias después de cien idas y venidas, de conferencias y padrinos, o se realizan a noventa pases de distancia, con revólver y sin consecuencias.

Nadie sabe allí por dónde van tablas en punto a lances de honor, ni falta que hace, pues lo corriente es "batirse" en la calle, a través de las puertas de las confiterías, o escudados por los árboles de la Plaza principal y bien cerca del cuartel de Policía, para que la autoridad llegue a tiempo. Por lo general no salen muertos ni heridos de estos lances, en plena calle los combatientes, sino algún inofensivo transeúnte.

Mas Canelón, cumpliendo con sus sagrados deberes de caballero, nombró representantes suyos a Teodoro de la Cueva y a Florindo Álvarez, que no conocían el código de honor ni a tuertas ni a derechas. Luis Acosta, siempre expeditivo y violento, quería arreglar aquello en seguida, al machete o al cañón; pero los padrinos de éste se negaron a aceptar tan bárbaro procedimiento, manifestando que sólo a los testigos les tocaba elegir las armas de combate; y en consecuencia, Luis se vio obligado a salir en busca del general Tasajo y del abogado Jorge Sucre; éstos aceptaron con júbilo el delicado encargo.

Se convino en guardar la mayor reserva sobre la hora y el sitio donde debía realizarse la espeluznante escena; pero Luis, que no podía hacer nada sin decírselo a Julián, le faltó tiempo para ir a contárselo todo, con sus más menudos pormenores, lo que provocó entre ambos una acaloradísima disputa, porque, según Julián, siendo él el ofendido en el artículo publicado, era él y no Luis quien debía romperse el bautismo con Canelón.

Para la protesta ya era tarde, no obstante la contundente lógica expuesta por Julián. El duelo se realizaría al día siguiente a las seis de la mañana, en el valle de los Aparecidos: un valle cercano a la ciudad y no muy lejos de un proyecto de río, célebre por las melancólicas endechas con que lo habían calumniado todas las generaciones de poetas villabravenses.

Y a las seis menos cuarto, dando no pocos rodeos y tras infinitos saltos y tropiezos, subía Julián Hidalgo, apoyado en un grueso bastón, la colina que cerraba por aquella parte el vallecito mencionado. Al ganar la cumbre del tortuoso cerro, se detuvo un instante y cobró los alientos perdidos en la trabajosa ascensión...

Minutos después percibió confuso murmullo, de voces al pie de la colina, y apenas sí tuvo tiempo de bajar precipitadamente hacia el valle, donde consiguió ocultarse detrás de una espesa arboleda. El murmullo se fue haciendo cada vez más intenso, y muy pronto llegaron a sus oídos, claras y vibrantes, las voces del general Tasajo, de Florindo y del abogado Sucre.

Venían empeñados en acalorada polémica sobre cuestión de "revólveres". Julián, atisbando por entre las ramas de los árboles, vio a Luis que se alejaba de ellos para dejarlos con entera libertad, y un poco más atrás, a Canelón y Teodoro, que llegaban de bracete, con sendas gardenias en los ojales de la americana, aparentando gran serenidad. Dijérase, no obstante, que Canelón no las llevaba todas consigo: se apoyaba demasiado en el brazo de su amigo.

Más que por miedo, creemos que este apoyo obedecía a la falta de alimento, porque Arturo llevaba en el estómago, en vez de desayuno, una respetable dosis de bromuro.

Decidido el asunto de las armas, que se llevó un buen rato de disputas y manoteos, se preparó, el terreno. Sucre y Tasajo colocaron a Luis en el sitio que le correspondía, entregándole un revólver atestado de cápsulas. Florindo y Teodoro hicieron lo mismo con Arturo, llevándole lo más lejos posible de su adversario; pero con tan mala suerte, que fueron a colocarlo casi al frente del grupo de árboles donde se ocultaba Julián.

Acto continuo, los cuatro testigos se retiraron a honesta y respetabilísima distancia.

A estas alturas había llegado el solemnísimos acto, y ya se disponía a dar el general las señales de combate, cuando salió, inopinadamente, Julián de su escondite.

Lo que entonces pasó no debería ni mencionarse. Es un punto negro en la historia de nuestro héroe, que ofrecerá de fijo a los criminalistas ancho campo para muchas transcendentales investigaciones.

El solo hecho de relatarlo fiel y cumplidamente como ocurrió estremece la pluma en las manos del novelista y le pone los cabellos de punta. Porque fue aquel un instante de verdadera consternación: de consternación y sorpresa para combatientes y testigos.

La inesperada salida de Julián, su actitud amenazadora, hostil, y, sobre todo esto, lo insólito del caso, infundieron allí tal pavor, que en algún tiempo nadie se atrevió a moverse. Julián se dirigió sin vacilar, con paso firme, al sitio donde permanecía, pálido e inmóvil, Canelón.

-Oye, tú. No es con ése -le dijo, señalando a Acosta, y revelando en su tembloroso acento la ira que lo embargaba- sino conmigo con quien te vas a batir.

-¿Ahora? -exclamó Arturo, retrocediendo un paso.

-¡Ahora mismo, ahora!

-¡Julián, Julián! -le gritó desde su puesto, agitando los brazos, Luis Acosta-. No seas loco. ¡Apártate!...

El ofuscado joven no oía. Debió de perder la razón en aquel momento, porque de un salto furioso salvó la distancia que lo separaba de Canelón y rugiendo más que diciendo:

"¡Es conmigo... conmigo, que te vas a matar!", le descargó un tremendo garrotazo en la cabeza.

El desprevenido duelista trató de rehuir el primer golpe; pero detrás del primero vino el segundo, y el tercero, y la acometida fue entonces tan violenta, tan recia, tan brutal, para decirlo de una vez, que el atropellado Arturo dejó caer el revólver, cuyo gatillo, levantado ya, se disparó al chocar contra el suelo, yendo a aplastarse la bala en una piedra que estaba cerca.

En vano corrieron voceando, precipitadamente, los testigos, para evitar el furibundo ataque. Hasta el mismo Acosta intentó detener al impetuoso agresor. Todo fue en vano: el muchacho acababa de satisfacer su cólera sobre el ensangrentado cuerpo de Arturo, quien rodó por el césped sin sentido.

León Tasajo, que andaba reñido con todo aquello que no fuese correcto en punto a cuestiones de honor, se indignó mucho y dijo que era la primera vez que en la ya larga serie de duelos villabravenses acontecía semejante iniquidad. Florindo derramó dos lágrimas como avellanas sobre el pálido rostro de su amigo, y es de justicia consignar que Luis Acosta se conmovió y estuvo a punto de reñir a Julián por aquel acto incalificable.

El único que no tomó parte en la desastrosa escena fue Teodoro, porque asustado al oír el tiro, y sobre el tiro los gritos que resonaban por todos lados, se dio a correr de tan prodigiosa y desatentada manera, que muy pronto llegó al río, y queriendo salvarlo de un salto, cayó entre un pozo, produciendo su caída un estrépito "terrorífico".

Unas lavanderas que acertaron a pasar, compadecidas de su desgracia, le ayudaron a salir de allí, hecho una lástima. La gran flor que llevaba Teodorito en el ojal de la americana quedó flotando entre los remolinos del agua.

En tanto, Arturo Canelón, bañado en su gloriosísima sangre, fue trasladado en brazos de sus amigos a Villabrava, donde no se sabe cómo ni por qué misteriosa vía telefónica se tuvo conocimiento del hecho antes que el herido llegase.

El padre de Arturito, que gozaba de grandes y decisivas influencias en las esferas oficiales, dio parte a la autoridad competente, y Julián Hidalgo fue reducido a prisión antes de entrar a la ciudad. Los periódicos callejeros, que aún recordaban su famosa conferencia, se agarraron del suceso para echar los pies por el aire, y lo que en un principio pudo pasar como caso de violencia disculpable, se elevó muy pronto a la categoría de "crimen".

De tal suerte se explotó tan páfida "insinuación", que extraviado ya el público criterio, hasta el distraído jefe del Gobierno tomó cartas en el asunto. A él le tenían muy sin cuidado los horrores villabravenses, por lo cual andaba allí todo a manga por hombro; pero en tratándose del hijo de un señor que era el más firme sostén de su política, ya era harina de otro costal. Ofreció a Canelón padre tener al joven Hidalgo en la cárcel mientras él presidiese la República; y fue inflexible en aquel asunto trivial, como fue débil, fatalmente, en otros de suma transcendencia. Ni la misma madre de Julián Hidalgo consiguió doblegar su voluntad.

- XVI -

A través de los numerosos grupos de hombres que charlaban en el vestíbulo de la residencia presidencial, un edecán condujo a Susana hasta el "salón de espera".

En este salón espacioso, sin alfombras, mal decorado y peor dispuesto, con pocos muebles y muchos cuadros de un gusto artístico verdaderamente detestable, aguardaban también algunos otros hombres pegados a las paredes, humildes, taciturnos, como avergonzados de encontrarse en aquel sitio; firmes en sus asientos, espionando el instante en que el oficial de guardia dijera: "¡El general!", para ponerse de pie y echarse a temblar en su presencia.

Los privilegiados, como si dijéramos los de casa, los que entraban y salían allí con sus sombreros puestos y con aire desenfadado y de confianza, miraban a los infelices del salón de espera por encima del hombro.

En su mayoría eran los favorecidos pretendientes, empleados, militares, comerciantes, algunos clérigos aspirantes a obispos, amigos particulares, diputados, magnates, muchos lumbreras de la política al uso y muchos "salvadores del país" que en Villabrava abundan de manera prodigiosa. Estos representantes de la politiquería villabraveña, que tenían la dignidad por apariencia y el servilismo por culto, y cuyo único oficio era el de mentirse y engañarse a todas horas, formaban frecuentemente corros en el comedor y en el patio: hablaban mil majaderías y se dispensaban mil demostraciones de afecto, odiándose, en el fondo, todos ellos.

Si a la casualidad pasaba "el general" y les repartía unos cuantos apretones de manos, y les preguntaba por la familia, se volvían locos de contento, y dándose por satisfechos, desfilaban hinchados, radiantes, mirando con orgullo a los demás, como diciéndoles: "¡Eh, qué os parece! ¿Habéis visto cómo me apretó la mano el general?"

El espectáculo era desconsolador, pero cierto, rigurosamente cierto.

Hacía poco menos de diez minutos que Susana esperaba, y ya se sentía humillada, en términos que le costó hacer un grande esfuerzo para no levantarse y salir sin ver al presidente. Pero en este momento llegaron, obstruyendo las puertas, varios generales: ¡como veinte! Entre ellos venia uno a quien llamaban "Maquiavelo", porque era hombre de mucha trastienda y mucha mano izquierda, como dicen los españoles de los toreros prácticos.

Al ver a Susana este Maquiavelo tropical, cuya finura y melosidad con las damas no se compadecía de sus trasteos políticos, se ofreció espontáneamente a anunciar su visita al jefe del Estado, no sin condolerse en alta voz, y con cierto énfasis, de que a señora tan distinguida y tan hermosa no la hubieran hecho pasar al salón que le correspondía.

Así fue como al poco rato, acompañado del invicto Maquiavelo, apareció el general a la puerta de su estancia e invitó a Susana a entrar a su despacho.

El general era un hombre moreno, rollizo, de recio aspecto, de gigantesco porte. Se encontraba en toda la fuerza de su edad y descubríase a primera vista, en su cara fresca y lustrosa, redondeada por una barba negra y abundante, al hombre sano de cuerpo, quitado de placeres y agitaciones mundanas.

Tenía fama de reservado y receloso; y no era bien querido en Villabrava porque, habiendo llegado al Poder con gran prestigio, gracias a su legendario valor y a sus triunfos de militar afortunado, fue hartó débil y complaciente con una chusma de amigos que, manejando el Tesoro público a la diablo, entre este fraude y aquel contrato leonino, en tal combinación y en cual negocio fraudulento, la dejaron limpia y maltrecha en menos de dos años. Pero en punto a política rural, sabía el presidente más que todos sus colaboradores juntos.

Tenía un profundo conocimiento de los hombres que lo rodeaban, y aprovechaba de ellos lo que mejor le parecía, dejándoles luego todas las responsabilidades a cuestas.

Necesitando un día redondear un importantísimo negocio, nombró administrador de Aduanas a don Anselmo Espinosa, cuyo prestigio de banquero le facilitó llegar al fin que se proponía.

Le interesaba, por ejemplo, desarrollar una intriga: pues nadie mejor que "Maquiavelo", sujeto hábil en enredos, flexible, dúctil, jesuita y gitano en una sola pieza, hombre necesario a casi todos los gobiernos.

Poseía un don absolutamente felino: cual era el caerse al suelo del alero de un tejado y caer siempre de pie.

Por aquellos días el viejo Canelón era el personaje en alza. Sin convicción ni creencia algunas, y aunque era emprendedor y animoso, no sabía como Maquiavelo cuándo debía arrodillarse ni cuándo debía levantarse de tan triste postura.

Una combinación arriesgada le dio acceso en el Gobierno, y por ende gozaba a la sazón de grandes "facultades" y extensos privilegios.

De aquí que las súplicas de Susana no hicieran mella en el corazón del general, que no quería disgustar, por ningún respecto, al viejo Canelón.

La pobre mujer habló como hablan las mujeres que abogan por sus hijos: con esos acentos tiernos impregnados de amor y de lágrimas, que ablandaban las piedras; con esa expresión única y sublime que pone Dios en los labios de las madres que suplican.

El general le negó de manera terminante, y sin réplica, sin excusa, la libertad del hijo.

Precisamente cuando formulaba tan rotunda negativa asomó por entre el espeso cortinaje de la puerta principal del despacho la desgredada cabeza de un chalán:

-General, ahí traen el caballo negro que usted encargó.

Y el general, que se olvidaba de los más transcendentales problemas políticos y de los asuntos más urgentes en cuanto le hablaban de un animal, o cosa así, dejó a la madre con la sollozante súplica en los labios y se fue con el chalán a ver el caballo.

Susana se inmutó primero, se puso luego roja de vergüenza y estuvo a punto de desmayarse.

Mas por un movimiento de reacción súbita, de la cual ella misma no se daba cuenta, se levantó sin pronunciar una palabra y salió digna, majestuosa, con paso firme, pero con los ojos llenos de lágrimas, por entre los grupos de hombres que, taciturnos y encorvados, esperaban en el vestíbulo la hora de echarse a temblar en presencia del general.

- XVII -

A consecuencia de esta desgraciada entrevista, unida a las muchas otras desazones que embargaban su ánimo apocado, Susana enfermó y estuvo algunas horas como atontada y pasó muchas noches sin dormir.

Días negros, días tristes, días espantosos, días pródigos en sufrimientos fueron aquellos de la prisión de Julián para la infeliz madre. Bien sabía ella que en Villabrava ocurrían cosas muy originales en punto a prisiones.

Que hasta un criminal digno de los más negros castigos, por estas o por aquellas combinaciones políticas, saldría de la cárcel hecho jefe, reivindicado y respetado por todo el mundo, antes que su hijo, a quien se sacrificaba en cambio de un beneficio momentáneo, a quien la sociedad señalaba y distanciaba de su seno como a un apestado; a quien un hombre negaba el derecho de amar y un pueblo entero el derecho de vivir.

Para una madre como Susana, la prisión indefinida del hijo era poco menos que la muerte. Su desesperación no tenía límites: era inmensa. Contribuían a aumentar esta

desesperación la soledad espantosa de su casa y la vista constante de la habitación de Julián, adonde ella iba con frecuencia a meditar y a llorar su desgracia.

Allí se sentaba frente al escritorio donde un montón de pequeñeces, de detalles, de cosas íntimas adquirían dolorosas proporciones a sus ojos. Cada cosa adquiría para ella algún significado triste, porque en cada sitio de aquel escritorio, que heredó Julián de José Andrés, había algo de éste y algo de ella y alguno que otro regalo de Isabel; la pluma y la carpeta, el tintero y el sello, el lacre y las papeleras y los libros; todo, todo la acongojaba, la martirizaba, le traía a la memoria el amor inmenso de su hijo...

Aguijoneada y acosada por su recuerdo, se sentía desfallecer y salía de allí a llenar toda la casa de quejas, acusando a todo el mundo de su desgracia, hasta que caía de bruces, rendida sobre la cama, bañando las almohadas de copioso llanto, como si Julián se hubiese muerto.

Mientras los días corrían unos tras otros y ni una esperanza remota venía a calmar sus ansias.

Una tarde salió desesperada, como una loca, de ministerio en ministerio, de la Gobernación a la Prefectura, de la Prefectura a todas partes donde creía hallar un personaje, una influencia, un hombre que la ayudase a conseguir la libertad, con tanta vehemencia y con tanto dolor solicitada. Regresó a casa desfallecida, sin alientos, llorando casi a gritos. El desengaño le produjo, como siempre que alcanzaba el grado máximo su pena, un desgarrador estrago físico y moral.

Sin despojarse de la mantilla ni quitarse los guantes, retorciendo el pañuelo entre las manos, se sentó en el sofá del gabinete, de espaldas al retrato de José Andrés.

El agudo dolor, reviviendo en ella, la anonadó nuevamente, y sus angustias aumentaron a medida que la tarde avanzaba hacia esa hora inapreciable, melancólica, en que el espíritu se entrega sin defensa a sus preocupaciones más siniestras. No pidió luz ni llamó a nadie, y allí se estuvo sin saber cuánto tiempo, postrada, casi sin vida, sin más voluntad que para sufrir.

De tal suerte, que no le impresionó la entrada de Espinosa al gabinete. Dijérase que lo esperaba, que se resignaba a oírlo. Y en aquel prolongado silencio, en aquel recogimiento doloroso, en aquella inmovilidad de estatua, Susana no tuvo ni valor para el enojo; la protesta no subía ya a sus labios.

Don Anselmo le dio la mano sin hablarle, se sentó y la dejó tranquila; la dejó que meditase, que sufriese, que llorase mucho... Pero, al sentarse, retenía aún la mano de Susana entre las suyas.

Susana continuó inmóvil, y después de un largo rato, un ligero estremecimiento circuló por todo su cuerpo: desfallecía... Se abandonaba, sin darse cuenta, a una de esas somnolencias tan habituales en ella, semejantes a uno de esos minutos horribles en que la vida toda, empujada por la fatalidad, va dócilmente al sacrificio, cansada de la lucha.

Y en medio de su aniquilamiento, de su postración y de su pena, creyó que la fatalidad era un abismo donde debía hundirse al fin, y adonde, apenas asomada, sintió el alma temblorosa, suspendida en el aire como en un vértigo, queriendo caer y sustrayéndose al mismo tiempo a la caída.

- XVIII -

Pero la caída de Susana, en esta ocasión, fue violenta, ignominiosa, estúpida.

Se entregó sin batallar, por manera débil y cobarde, deshonorando sus veinte años de virtud en un segundo de inconsecuencia, rodando, rodando hasta el fondo de aquel abismo que presintió momentos antes, sin detenerse, fatalmente.

Tuvo, no obstante, un momento de miedo, miedo horrible al silencio de la casa, a los muebles a las paredes, al sofá, que crujió bajo su peso de hembra, y sobre todo ese miedo un pavor espantoso que le acometió al fijarse en el retrato de José Andrés, que la miraba. La figura severa del marido parecía desprenderse del lienzo en el instante de aquella suprema falta, y Susana sintió flotar como una maldición, sobre su cabeza, el espíritu indignado de aquel hombre.

Desasiéndose entonces bruscamente de los brazos de Espinosa, se incorporó, quedando inmóvil en medio de la semiobscuridad de la habitación, dominada por el pánico, clavada allí, sin poder dar un paso ni proferir una palabra... La vulgar, la innoble frase de Espinosa: "Esto es un hecho", aquella frase, que en sus labios fue una injuria lanzada a través de una esperanza, se había convertido al fin en realidad y en sacrilegio.

- XIX -

Las puertas de la inmundada cárcel de Villabrava se abrieron al fin para Julián Hidalgo.

Portadora de la inesperada orden de libertad, fue la misma Isabel en coche con su padre hasta "la penitenciaría". Julián, en el primer momento, no supo lo que le pasaba; no se atrevió a creer aquello. Lo palpaba, lo veía; era un hecho y aún se le antojaba un sueño.

No, no era un sueño. Isabel se lo explicó todo. Ella, Isabelita, se moría de pena; Susana se moría de dolor; Juana, su mamá, se moría también: todo el mundo se moría... Y su papaíto, que no era tan malo -¿verdad que no?-, tan malo como él se figuraba, fue quien se empeñó con el viejo Canelón, con el general... con todo el mundo.

Lo que había hecho papaíto por ella, por él, por los dos, no había con qué pagárselo. ¡El pobre era tan bueno a veces, tan bueno! Además él deseaba más que nadie que se terminasen los disgustos: al fin eran parientes. Y no estaba bien vista en la sociedad aquella desavenencia. "Ya que os queréis tanto -le había dicho esta misma mañana-, yo no me opongo". Luego, en voz baja y acercándose mucho a Julián. "Verás tú qué felices vamos a ser; tú verás".

Y decía todo esto Isabelita en términos tan conmovedores, tan tiernos, y estaba tan hermosa, tan insinuante, tan linda, que Julián, desconcertado, ni siquiera se dio cuenta de la presencia de don Anselmo, que un poco lejos del sitio en que los dos jóvenes formaban el interesante grupo, esperaba, visiblemente inquieto, su inmediato resultado.

Julián no tenía ojos ni oídos más que para Isabel: viéndola, se embelesaba como un tonto, y oyéndola, oyéndola, la alegría se le subió de un golpe al corazón y le llenó la boca de frases sin sentido.

Y es que estos hombres irrefrenables, heridos por el fracaso, o asustados por la felicidad que se les entra de repente en el alma, sin pedirles permiso, no ven nada, absolutamente nada más allá del mundo que se forma a su alrededor.

Por otra parte, Julián, a pesar de sus ímpetus y a pesar de su altivez, poseía un espíritu infantil, algo incauto.

Y lo más lamentable era que, con su aspecto de observador profundo, fue a todas horas un hombre distraído, sin penetración y sin malicia. Una mirada escrutadora lo ponía fuera de sí; una pequeñez lo alteraba hasta lo indecible.

Un asunto grave, empero, pasaba por su lado rozándole y pasaba sin que él se diese cuenta de su gravedad. Aquello que debió causarle una profunda impresión, apenas le causó asombro. Y así se explica que a su libertad, alcanzada bajo la fianza de don Anselmo, no le diese verdadera importancia: al fin don Anselmo era el padre de la mujer que él amaba y que tanto sufría por él.

En cambio le alteró, le ofuscó, le indignó saber que el viejo Canelón había exigido al general, en "pago" de su libertad, el nombramiento de cónsul de Villabrava en París para su hijo Arturo. ¡Oh! "Aquello era inicuo, estúpido, vergonzoso. A un país así tenía que llevarselo el demonio..."

Mas no fue a él solo a quien "ofuscó" el nombramiento de Arturo Canelón. A los amigos de éste, a Florindo Álvarez y a Paquito Berza, que andaban locos detrás de aquel Consulado, los puso furiosos la distinción dispensada al compañero.

¿Cómo no? Todos los Paquitos y Florindos literatos y poéticos de Villabrava se creían merecedores de un cargo diplomático, por el solo hecho de dar a luz cada nueve meses unos cuantos folletos de versos áureos y artículos dislocantes.

Era lo que él, el pindárico poeta decía: "Hasta Angelito Marmelado quiere ser cónsul". Lo cual fue una inaudita irreverencia de Florindo. Porque Angelito Marmelado, impecable, genial y azucarado prosista, especie de Juan Valera en el decir y de Gabriel d'Annunzio en el crear, era acreedor como éste a la admiración y al respeto de sus compatriotas, y digno, a su vez, como don Juan, de ser llevado entre ángeles y mariposas y perfumes al quinto cielo de la diplomacia villabraveña.

Un sentimiento parecido al de la envidia llevaba al irritado poeta a no permitir o a no querer que Canelón, su "hermanito" en letras, se fuese solo a viajar por esos mundos sin su amorosa compañía.

Pero Florindo no tenía el padre alcalde, y por más que intrigó y supo en juego los ardides y artimañas del caso, maleando de paso en el Ministerio la reputación antropológica de Berza, que aspiraba a una Legación, o cosa así, no pudo conseguir su deseo.

Y entonces era de oírlo en la Plaza Central poniendo de vuelta y media al presidente, al ministro, al Gobierno todo entero. Sin embargo, fue a despedir muy compungido a su adorado compañero al puerto vecino; le dio un beso en la frente "luminosa", derramó una lagrimita y le ofreció ir a París en aquella misma primavera, acompañando a las Pérez Linaza, que partían muy en breve para la "capital del mundo civilizado".

Por la noche se leían en letras tamañas como puños, los siguientes sueltos en un periódico importante de la localidad:

"Cumbres altas. -Nuestro insigne y aurórico tribuno don Arturo Canelón partió hoy para Europa, honrado con el nombramiento de cónsul general de la República en París.

Demás está decir que la literatura, la ciencia, el arte, la política y todo cuanto encierra nuestra sociedad de cultura, belleza y elegancia, acudió a la estación a despedir al joven orador, cuya voz robusta y milagrosa parece que aún resuena en nuestros coliseos. Los amigos casi no lo dejaban subir al coche.

Todos estaban conmovidos, trémulos, emocionados... al par que llenos de satisfacción al ver cómo se premia al mérito intrínseco en esta tierra de genios. Baste decir que las damas bañaron de copioso llanto las ventanillas de los carros y que fueron tantas y tan espontáneas las lágrimas derramadas que formaron arroyos, ríos y torrentes que se llevaban los corazones, los rails, el andén y la marquesina de nuestra estación".

Y a renglón seguido, el otro sueltecito:

"Ayer noche fue puesto en libertad el señor Julián Hidalgo, bajo la fianza del honorable banquero don Anselmo Espinosa. Deseamos que el señor Hidalgo sepa corresponder a tan hermoso rasgo de nobleza".

- XX -

Hace ya bastantes días que Isabelita Espinosa es feliz, muy feliz. Esa felicidad la pregonan el extraño, risueño fulgor que irradian sus ojos, el encendido color de sus mejillas, la risa que retoza en sus labios y cierto delicioso e inocente coqueteo que ha adquirido ya su esbelta y bellísima persona.

Mirad con qué presteza ha convertido Isabel el elegante comedor de su casa en gabinete de costura: la mesa está totalmente cubierta de cestillos, hilos, agujas, dedales y alfileros de todos tamaños y colores.

No muy lejos de estos enseres, apoyado en un almohadón, hay un bastidor, en cuya prensada tela de raso azul se ve a medio hacer un complicado y caprichosísimo bordado.

Se dispone, de fijo, a trabajar mucho aquella tarde Isabelita; mas antes de emprender su tarea, hace algunos viajes a las habitaciones interiores, y de paso se detiene frente a una gran pajarera erguida en todo el centro del jardín contiguo, para enviar a través de los alambres de la jaula sendos besos a dos de sus predilectos canarios.

Cumplido este último imprescindible deber de cariño, la joven regresa al sitio donde la esperan los enseres de bordar; coge una silla, echa mano al bastidor y se pone a la obra con inusitado brío.

Gracias a la destreza de sus manos van surgiendo, como por vía de encantamiento, del fondo de la tela multitud de relieves tan delicados y artísticos, que la vuelven loca de alegría; y aquella alegría se traduce en canciones, en palabras de satisfacción y en esos movimientos, desembarazos y donaires que se permiten generalmente las mujeres cuando se sienten solas.

Mas no está sola ya, como cree la gentil bordadora.

Detrás de su silla, en pie, observándola y sonriéndose maliciosamente está Julián, que ha entrado allí furtivamente, aprovechando su distracción, tomando las necesarias precauciones para no ser visto, ni oído, es decir, andando a tientas y de puntillas hasta colocarse junto a ella. Y en aquella actitud permanece largo rato, acariciando y madurando, tal vez con regocijo, la fechoría que va a poner en práctica.

Juzgando, al fin, llegada la hora de llevarla a cabo, Julián se inclina sobre la desprevenida joven, la aprisiona por ambos brazos... y le da un beso en el cuello.

La sorpresa de Isabelita es grande, extraordinaria; pero no tan extraordinaria ni tan grande que le impida adivinar quién es el autor de la inconcebible audacia, porque, en vez de lanzar un grito terrorífico como lo requiere el susto, o como lo hubiera improvisado cualquier otro novelista de más trágicos empujes, la muchacha se contenta con volver la cabeza; y luego, mostrando un enfado mayor aún que la sorpresa, exclama:

-¡Traidor!

El traidor quiere hacer un mohín gracioso y le resulta una mueca.

Por más esfuerzos que hace la muchacha, no consigue librarse de sus manos.

-¡Ay, Julián, por Dios, que me haces daño!

-No te hago más daño si me dejas que te bese otra vez.

-¡Ah!, no, eso sí que no.

-¿Por qué no?

-¡Porque no, vamos!... porque no quiero...

Mas él, impasible, como si no oyese, trata de besarle no sólo el cuello, sino toda la espléndida cabellera, que a la muchacha se le ha desbordado por la espalda, entre las últimas sacudidas.

-No quiero... no quiero -añade, dando unas cuantas furiosas pataditas en el suelo-. ¡Mire usted qué demonio... a que grito!...

-¡A que no!

La respuesta no se hace esperar. Un par de "horribles" y oportunos chillidos que suelta la vengativa joven, bastan para que Julián, asustado, abandone su presa, quedándose por un instante confuso, sin saber qué decir ni dónde poner la vista.

Mientras, ella emprende, o finge emprender, de nuevo, su labor, mirando a hurtadillas una que otra vez al azorado mancebo. Al fin y a la postre los ojos de ambos se encuentran y se ríen.

¡Desgraciado reformador! ¡Quién te había de decir que todas aquellas rebeldías tuyas iban a caer como por encantamiento en estas redes, tejidas por las manos de un ángel! ¡Qué desprestigio para ti! ¡Tonto, romántico, embustero! ¿Adónde han ido a esconderse tus energías? ¿Dónde fue a parar tu fortaleza? ¿Tu valor, de indómito, dónde está? ¡Ah, conque todo era mentira, conque al fin venimos a saber que posees un corazón tan tierno y tan endeble que se estremece al halago de una mano menuda y cariñosa!...

-¡Tú tienes la culpa!

-¡No, tú!

-¡Eres tú!

-¡Pues bien, los dos!

-Ahora, siéntate y seamos formales, porque estoy atareadísima y deseo concluir este dibujo para una colcha de papaíto. Mira, me falta seda y tengo que devanar en seguida. Pero no estés de pies, hombre, siéntate y dame esa madeja... Esa no, la verde... Las tijeras no, gracioso... No, Julián, por Dios, que me estás revolviendo todo... ¡Parece que estás en el limbo!

En el limbo, no; no, el cielo era donde estaba Julián, contemplando los magníficos humanos encantos de su novia. Su fervorosa admiración es más que natural, lógica, de una lógica tal y tan abrumadora, que no da motivo alguno a la censura.

Porque Isabelita sin corsé, dejando adivinar a través de su vaporoso traje las más gloriosas líneas de su cuerpo, las más juveniles tentaciones de su seno firme y redondo, que palpita y tiembla al menor de sus movimientos, tiene que producir, por fuerza, extraordinario efecto en la imaginación menos exaltada.

¿Qué mucho que Julián se embelese contemplándola? Así es como en esta muda contemplación de curvas y contornos, el infeliz va; y ¿qué hace?

Volcar con el brazo, sin advertirlo, ni quererlo, un canastillo de hilos que está cerca, produciendo en la labor un verdadero e irreparable desastre.

La bordadora, enfurecida, recoge entonces el canastillo desgraciado, lo enarbola y amenaza dejarlo caer sobre la cabeza del criminal ayudante; pero éste atrapa en el aire aquella mano menuda, dispuesta a castigarlo, y la cubre de apasionados besos.

Tal vez, y sin tal vez, compadecida de tanta humildad, a usanza de las diosas de fantásticas leyendas que templaban sus rigores y sus cóleras al ver a los héroes que habían incurrido en su enojo, arrodillados ante ellas, la joven se siente sin fuerzas para rechazar estas nuevas vehementes pruebas de adoración irresistible, y las corresponde también con la misma vehemencia.

Minutos después la rubia y adorable cabecita de Isabel reposa sobre el pecho de Julián, y las agujas, los alfileres y las revueltas madejas son allí mudos impasibles testigos del más hermoso, melancólico y encantador idilio que, cerca de una mesa de labor, se ha desarrollado entre dos enamorados que se adoran y están solos...

Y para complemento, aquellos dos canarios predilectos de Isabel, que contemplan la sugestiva escena desde el patio, aturdidos, gozosos y un tanto indiscretos, se posan de un salto sobre el último palillo de la jaula, se yerguen, se sacuden el dorado plumaje, vuelven a uno y otro lado sus blondas y picarescas cabecitas y comienzan un rítmico y atolondrado

diálogo de gorjeos, como si quisieran publicar por medio de su armonioso lenguaje, el poema que una pareja dichosa murmuraba allá en el comedor, entre suspiros y ósculos y juramentos de amor.

- XXI -

Formando lúbrico contraste con este legítimo goce de la vida, con esta gran ternura de dos almas jóvenes, sonrientes y dichosas, un amor maldito, un amor súbito, inexplicable, amor de zozobra, de iniquidad y de dolor, entraba como un huracán, arrollándolo todo - virtud, abnegación y honestidad- en aquel que hasta entonces fue inexpugnable y sagrado hogar de los Hidalgo.

Aquello que en Susana pudo pasar por vez primera como una debilidad, o mejor aún, como una falta hasta cierto punto disculpable tratándose de su hijo, a cuya libertad sacrificó toda una existencia egregia, acabó desgraciadamente por ser una cobardía.

Para ludibrio de su naturaleza humana, el acto que rechazó indignada en un principio, lo aceptó muy luego, horrorizada acaso; mas lo aceptó al fin por costumbre. Y la costumbre se hizo ley.

A veces, en medio de sus horas de inmensa soledad, tenía sublevaciones bruscas de honradez; su antigua virtud reaparecía y formaba a su alrededor uno como baluarte de orgullo y de vergüenza. El recuerdo de su hijo amante y la memoria dolorosa de su marido muerto se levantaban ante ella, y entonces, desesperada, se increpaba a sí misma, con crueldad, con saña, aunque en voz baja, como si temiera oír su propio acento:

-¡Esto es infame!... ¡Esto es inicuo! ¡Dios mío, que hice! ¡Dios mío, perdóname!

Y se dejaba caer de rodillas frente a la imagen de Jesús, colocada sobre la cabecera de su cama. Allí permanecía muchas horas, llena de terror, sollozando, profiriendo frases incoherentes en medio del rezo tembloroso; pidiendo siempre perdón para el pecado cometido, sin pensar en el pecado que cometería al día siguiente...

Porque, a no dudar, en Susana se produjo, desde su primera falta, un triste caso fisiológico. Luchaba, se indignaba, le producía asco "aquello"; aborrecía en el fondo a don Anselmo, pero no se sentía con bastante valor para rechazar al hombre.

En don Anselmo, el deseo y el goce y todo era distinto. Antes de poseer a Susana, la había desflorado con el pensamiento. Adivinó, como todo libertino, a través del amplio vestir de la mujer, a la hembra de formas portentosas; y la hembra superó a todo cuanto su depravada imaginación soñara. Sobre los ojos lánguidos y las mejillas encendidas y la boca

jugosa e incitante que él había visto, triunfaron los ocultos y juveniles contornos de la viuda: palidecieron ante la criatura ideal de seno todavía sólido, que el tiempo jamás ultrajó; ante la criolla de talle ondulante y hechicero, de caderas opulentas, magníficas, tornátiles; caderas de belleza absoluta, de atracción casi diabólica...

El apetito de Espinosa, como el de la fiera a quien dan a probar una sola gota de sangre, se excitó al primer sabor, creció hasta lo indecible, y como fiera humana al fin, fue insaciable, encarnizado, brutal, salvaje... Desde aquel punto y hora le entregó a Susana, juntamente con sus sentidos, su alma entera. No sólo la libertad de Julián, la honra de su hija Isabel hubiera consagrado aquel hombre en aras de su frenética pasión. Pero en Espinosa la lujuria tenía atenuaciones.

En Susana, no. Su caída, es verdad, tuvo una excusa: el hijo. La reincidencia tuvo su castigo inmediato: la sociedad. La sociedad de Villabrava, que se vengó de haberla respetado tanto tiempo, pregonando ahora por todas partes su deshonra.

Porque faltos de esos consoladores placeres que en otras ciudades constituyen la alegría del vivir y distancian de la maldad y de la calumnia, los moradores de aquel pueblón sin alicientes para el espíritu y sin sanos regocijos para la inteligencia, vivían en un continuo tejer y destejer enredos, chismes y anécdotas, poniendo en cada reputación una sospecha y en cada sospecha una injuria.

Se olfateaban mutuamente las existencias; se sabían al dedillo sus costumbres; se echaban unos a otros en cara sus vicios, no para corregírselos, sino para aumentárselos; las mujeres se atisbaban a través de las celosías, y los hombres se escudriñaban, se abofeteaban, se herían de muerte a través de la indumentaria.

Había señora que se lanzaba a la calle por la mañana, no regresando a su casa hasta muy entrada la noche, después de haber recorrido todas sus relaciones, almorzando aquí, comiendo más allá, siempre en busca del hilo de una intriga, para forjar dramas que chorrearan sangre...

Y lo que no descubrían, lo adivinaban.

No de otra suerte adivinó, o descubrió, una de esas almas caritativas, las relaciones de Susana y Espinosa.

Las husmeó a distancia, siguió la pista a la pareja y publicó el hallazgo. Desde aquel mismo instante, todas las narices se hincharon, todos los ojos se abrieron llenos de espanto, todos los labios se prepararon para verter especies y todas las orejas para recogerlas.

Descubierto el pecado, las más castas y pudorosas familias de la villa pusieron el grito en el cielo, y entonces se vio, rojo, como nunca se había visto en la ciudad, el color de la vergüenza subir a las mejillas de cien damas que se alborotaron en nombre de la moral.

Y en nombre de aquella moral excitada hasta la rabia se pusieron también las Pérez Linaza en movimiento, aunque en movimiento inusitado se encontraban preparando el equipaje para irse a París, dos días después de tan extraordinario suceso.

Mas no fue obstáculo este para impedir una larga y fogosa deliberación en la sala de lo criminal, donde hicieron de comentaristas, acusadores, fiscales, juececillos y jurado, juntamente con las Pérez, las Tasajo y otra multitud de señoras en cuyos pechos ardía de igual modo el santo fuego de la indignación.

Las representantes más o menos legítimas de la oratoria chismográfica desplegaron allí sus mujeriles derechos, y en arrebatado vuelo fue la fantasía hasta las apartadas regiones de la inventiva a forjar de la debilidad de una infeliz la historia más atroz y canallesca que haya elaborado la infamia, no sólo a costa de una viuda indefensa, sino en descrédito de su hijo Julián, señalado por la villanía de complicidad insólita; en agravio de Isabel, vilmente sospechada de consentimientos impúdicos, y en mengua de la reputación del mismo don Anselmo, odiado y destrozado por la envidia de los que no podían alcanzar los favores de la mujer que él tan indebidamente poseía.

- XXII -

Y era de ver cómo al día siguiente de aquella sesión abominable volaba con dirección a la casa de Espinosa la intrépida y ajamonada Providencia Pérez.

Nunca ocasión más propicia encontró ella para visitar y despedirse de Isabel, de su querida Isabel.

¡Qué manera de entrar! ¡Qué torbellino! ¡Qué mujer!

No dio tiempo a nada; ni siquiera a salirle al encuentro. Ella no iba más que un minuto, uno solo, a darle un millón de besos a su adorada amiguita...

No quería molestias; que la recibiesen sin cumplidos, sin ninguno. Como era de confianza, en la misma alcoba podían hablar.

Porque la esperaban en su casa sus hermanos y otras muchachas, para terminar el equipaje: doce baúles que llevaban entre las tres. ¡Y eso que las pelmas de las Tasajo no las dejaban ni beber un vaso de agua!...

-Allá siempre metidas, hija, ¿qué quieres tú? Hay que dejarlas, para que luego no hablen. Son unas envidiosas. Lo mismo que las Mendes. En cuanto supieron que nos íbamos a París, ya estaban inventando viaje; y eso que no tienen en qué caerse muertas...

Deben cinco meses de casa, figúrate... Ayer fueron a hacernos una visita las Gonzalito; unas tísicas locas, chica, unas marisabidillas embusteras. ¡Lo que dijeron!

Y sin saber cómo, sin querer, la atropellada Providencia, dando rienda suelta a la lengua, de noticia en noticia, de expansión en expansión, de enredo en enredo, fue y soltó todo aquel cúmulo de infamias que se hablaron en sus salones la noche anterior.

-¡Mentira! ¡Eso es una mentira! -gritó Isabel, sofocada ya, pálida, temblando de ira, creyendo que no se acababa nunca la historia vergonzosa que le contaba aquella desaforada-. Repito que es una mentira, una infamia, una calumnia.

-¡Si era lo que yo decía!

-¡También mentira! ¡Tú decías lo contrario. Te conozco!

-¡Isabel!

-Sí, te conozco: eres una hipócrita -repuso la airada joven, poniéndose en pie. Y luego, con voz brusca, impropia de ella, en la que delataba una cólera largo rato contenida, añadió-: Tú lo has dicho, pero no lo repitas, ¿oyes? No lo repitas, porque sería capaz de matarte.

Inmutose Providencia ante la resucita actitud de aquella niña, a quien juzgó siempre tímida y resignada doncella.

Más diestra en el arte de fingir asombros y sorpresas, dijo muy alarmada y con esa vocecita indefinible que usan las actrices para salir bien de las situaciones difíciles:

-Parece imposible, Isabel, que a mí, a tu mejor amiga, la trates de ese modo. ¿Me crees tú capaz de semejantes habladurías? Si me hubieras oído anoche, no pensaras hoy esas cosas tan malas. ¡Si saqué la cara por ti, mujer; y por ti hubiera puesto la mano en el fuego! Figúrate que me volví un Canelón de elocuente. A cierta señora que tiene la lengua muy larga... ¡muy larga!, la aturdí a insultos; y a Teodorito Cuevas, que hacía muchos aspavientos, lo puse verde.

-¡Infames! -decía la desesperada Isabel, retorciéndose las manos, paseando desatentada y furiosa por la ancha galería-. ¡Infames!... ¡Infames!...

Mientras la habladora Providencia continuaba malurdiendo protestas, y excusas y defensas, escandalizada, indignada a la par que Isabel, no comprendiendo aún cómo tuvo el suficiente valor para oír con calma tantos horrores juntos. ¡Horrores! Porque nada más que horrores se dijeron allí.

En su vida escuchó ella una sarta de dislates semejantes. -¡Mire usted que decir así, brutalmente, sin rodeos ni atenciones de ningún género, que Julián negociaba con la honra de Susana; que ésta, en perspectiva de una posición monetaria que le permitiese sacar los pies del barro, se entregaba a don Anselmo como una cualquiera; y que don Anselmo, echando a un lado todo escrúpulo, por satisfacer un capricho libidinoso, sacrificaba a Julián

la encantadora existencia de su hija!... ¡Que monstruosidad!... ¡Si es que no le cabía en la cabeza que pudiera haber gentes tan malas!- ¡Y qué bravura mostró Providencia en la defensa de Isabelita! Buena, buena era ella para dejar que pusieran en tela de juicio el honor de su amiga más querida.

Y ensanchando aún más su hidrópica persona, muy regocijada y satisfecha de este pérfido desahogo, se reclinó en el diván, tapándose media cara con el abanico, pero con el rabillo del ojo alerta, temiendo algún nuevo exabrupto de la cuitada.

Ya podía estar tranquila Providencia Pérez.

Aquel primer "rugido" que puso la indignación en la garganta de Isabel, ya no tenía fuerzas para brotar de nuevo bruscamente de sus labios. La pobre muchacha reconcentró en él de una sola vez todo el empuje de su alma, y ahora se sentía abatida, insensible casi a las mañosas frases de la intrigante.

La cólera cedió a la pena, y la pena le doblegó la voluntad.

Cuanto le quedaba de resolución, de energía, de coraje, fue desapareciendo, muriendo en ella bajo la dolorosa convicción de su desgracia, de su impotencia para acallar todos los precoces labios que hacían del honor de Susana, del nombre de su padre, de la dignidad de Julián y de su amor, toda una tragedia de escarnio.

Sólo la realidad, la horrible realidad de un presente sombrío, se ofreció de pronto a sus ojos acrecida por la sospecha; y de allá, de lo más hondo de sus entrañas, se le escapó una queja inmensa -signo inequívoco de su debilidad para la lucha- y cayó casi desvanecida, presa de mortal congoja, en los brazos de la Perfidia, es decir, de Providencia.

Cuando ésta regresó a su casa, con la faz encendida, los ojos echando chispas, sudorosa y jadeante, moviendo sus enormes caderas de yegua normanda al compás de su inmenso abanico japonés, no dio abasto a todas las preguntas hechas a un tiempo.

Las Tasajo, las Mendes, las Gonzalito, todas interrogaban, manoteaban, se reían, hasta que Providencia se desató, echó y vomitó lo que llevaba dentro del cuerpo:

-Hase visto la hipócrita, y decirme a mí que no sabía nada. ¡Con sus ojos de histérica!... Si la hubierais visto... ¡Qué convulsiones, qué lamentos! ¡Qué modo de tirarse encima de una! ¡Mira, "niña" mira cómo me ha puesto el traje la muy sinvergüenza!...

¡Qué bella, qué trágicamente bella es la figura de Isabel de Espinosa! Bajo su linda y doble envoltura de ángel y mujer, aquella niña ocultaba un carácter, un alma de raras y sorprendentes energías, alma de heroína y mártir a un tiempo mismo.

Para su inmenso dolor no buscó apoyo en nadie, ni acudió al consuelo de las lágrimas. Fue un dolor seco, silencioso, reconcentrado, altivo.

La noche que siguió al cínico relato de Providencia, la valerosa Isabelita entró a la alcoba de su madre, le dio un prolongado beso en la frente y se fue a su cuarto sin proferir una palabra.

El cuarto estaba a oscuras. Isabel buscó los fósforos, dio luz a una lamparilla y se tendió a medias en el lecho, vestida, apoyándose enérgicamente con un brazo sobre las almohadas y reclinando en la palma de la mano su rubia, adorable cabecita, agobiada de pensamientos lúgubres.

¿Cuánto tiempo permaneció en aquella postura? No lo sabe, no lo supo jamás. Al melancólico azulado reflejo de la lámpara -que apenas tenía fuerzas para esclarecer la estancia- se estuvo muchas horas... ¡muchas!, contemplando fijamente una fotografía de Espinosa que se destapaba sobre un trípode de plata en medio de las pequeñeces artísticas de su tocador. Su misma intensa dolorosa contemplación le comunicó una como lucidez extranatural.

Ante sus ojos extáticos pasaron en aciago desfile los personajes de aquel drama de familia, cuyo protagonista era su padre, y en su cerebro estalló entonces un gran ir y venir de pensamientos, de recuerdos, de cosas y escenas que antes no se explicaba.

Comprendió por qué su padre se había interesado tanto en la libertad de Julián y por qué permitía que éste la amase, sin oponerse, como antes, tenazmente a su deseo. Su padre la canjeaba, y así como la canjeaba, quién sabe si hubiera sido capaz de venderla.

Al hacerse cargo de esta monstruosidad, un sentimiento parecido al del odio se agitó dentro del pecho de Isabel. Tuvo una idea ingrata, horrible, espantosa: la de decirle a Julián todo lo que pasaba, todo...

Pero, ¿cómo y con qué derecho amargaba ella para siempre la existencia de su novio? ¿Qué frases usaría para decirle que Susana, su madre -¡su madre, a quien él juzgaba santa!- era la querida de Espinosa?... No, no, no podía ser. No se necesitaba más que una víctima. ¡Qué le importaba a ella el sacrificio de su juventud si su felicidad estaba ya rota y su esperanza perdida para siempre!...

Y sus ideas tumultuosas, esparcidas, locas, volando en distintas direcciones, empezaron a flotar como puntos negros en medio de una bruma que se alejaba lentamente. Su agobiada cabeza se reclinó por completo sobre la almohada; el brazo en que se apoyaba descolgose lánguido sobre su apretado seno y, después de un ligero temblor, se abatieron sus párpados y se quedó dormida...

Se despertó asustada, como si la hubieran llamado a gritos; pero no se extrañó de encontrarse allí, vestida sobre la cama, con el cuarto medio alumbrado todavía por la moribunda luz de la lámpara.

Un segundo le bastó para coordinar sus ideas: reconstituyó los hechos, pensó en ellos de nuevo con fija obstinación, volvió a clavar la mirada insistente en la fotografía de su padre; se levantó y abrió la ventana, por cuyas rendijas se filtraba la clara luz de la mañana.

Cuando aquella luz la bañó violentamente, su rostro resplandeció como el rostro de los mártires.

De su gran sufrimiento sólo quedó más que esa palidez lívida que delata lo supremo del espanto o las supremas resoluciones de la vida.

- XXIV -

La ruptura fue violenta, inesperada, atroz, casi brutal. La inició Isabel; la aceptó Julián, entre asombrado y colérico, después de pedir explicaciones terminantes, claras, precisas.

Ni claras, ni terminantes, ni precisas quiso ella darlas. "No podían seguir amándose." "¿Por qué?" "que no... porque el amor era un crimen."

¿Un crimen el amor? ¡Si estaría loca! ¿Qué quería decirle con aquella frase enigmática de novela sentimental? Él necesitaba saber el motivo de semejante "terquedad": lo exigía, lo imponía.

Todo inútil. Isabelita fue inflexible, impenetrable. Estaba, como en la noche anterior, muy seria y muy pálida, y tenía un poco ronca y un mucho trémula la voz cuando le manifestó su resolución. Y ante esta resolución, cediendo a su temperamento levantisco, en uno de sus habituales, irreflexivos arrebatos, Julián la insultó despiadadamente, la llamó "coqueta", "pérfida", "mujer, al fin". ¡Sabe Dios con qué Teodoro Cuevas lo iba a sustituir!

Esta cobarde suposición del hombre a quien adoraba le hizo daño; sintió una angustia horrible; se le saltaron las lágrimas y estuvo a punto de confesarlo todo. Vaciló un segundo, quiso detenerle, pero ya él se había levantado del asiento; se iba... Se fue, al fin, furioso, ahogándose de ira resuelto a no volver. "¡Oh, sí... no volverá!" Isabel lo conocía; pero la atormentaba la idea de que se llevase en el alma aquella disparatada sospecha.

Julián salió medio aturdido. Ya en la calle vaciló entre tomar la derecha o la izquierda de la Plaza; no sabía adónde iba ni qué iba a hacer. Irresoluto aún, echó a andar precipitadamente por la Vía Ancha.

Después volvió una esquina y otra, siempre de prisa, acometido de creciente impaciencia, impulsado por una imperiosa necesidad de huir, de no ver a nadie, de hablar a solas con el espacio, como si el espacio fuera a darle inmediatamente solución a sus dudas, respuesta definitiva a sus terrores. Y mientras andaba de esta suerte, su pensamiento andaba también, mejor dicho, volaba exasperado, loco, por el campo abierto de los recuerdos.

La hora era propicia para las tristes remembranzas.

El último rayo de una tarde cálida, sucia, polvorienta, se hundía en el horizonte. Allá, en el fondo de la vía, alzabase en esbozo fantástico, surgiendo de una grotesca masa de techumbres desiguales, la vieja catedral, en cuya cúpula el sol había dejado un retazo de luz rojiza que parecía una mancha de sangre; algunos raquítricos mecheros de gas empezaban a pestañear en la penumbra, y sobre un cielo gris, ennegrecido casi, destacábanse vigorosamente, semejando las protuberancias de un dromedario monstruoso, los cerros deformes y retorcidos donde se apoyaba la ciudad confusa, bruscamente ensanchada a los ojos de Julián.

Continuó andando, andando, tropezando con los transeúntes, cruzando torpemente de una acera a otra con el corazón apretado... Hubo un minuto en que toda su desesperación se le subió a la boca, y sin darse cuenta, con un acento en que había lágrimas de despecho y de furor, llenó el inmenso espacio de blasfemias.

¡Ah!, en el oleaje tumultuoso de su existencia, la melancólica mirada de Isabel proyectó un reflejo de dicha. Fue aquello como un paréntesis de luz en la negrura de su vida, y esa vida tuvo un mes de rubores, de sonrisas y de éxtasis.

El día que se entregó al idilio, como un poeta en los brazos de su musa, se olvidó momentáneamente de todo.

Acariciando con mano trémula la rubia cabellera de su amada, oyendo su voz que le entraba en el alma como una música del cielo, bebiendo en sus labios el deleite hasta embriagarse, el mundo se le antojó nuevo, como alumbrado por un sol de rayos de oro; las ventanas de su espíritu se abrieron y dejaron paso a aquel intenso resplandor que le parecía mezclado de perfume de flores, de gorjeos de pájaros, de ráfagas de aire puro...

Pero esta felicidad, apenas comenzada se ensombreció de repente, se llenó de temblores súbitos, de miedos inexplicables, de presentimientos, de sobresaltos, de dudas, que tuvieron al cabo y al fin dolorosa y cumplida confirmación aquel nefasto día.

Ya se le ha visto tropezando aquí, vacilando más allá, andando siempre sin rumbo fijo. En la desatentada excursión se llevó más de cinco horas callejeando y maldiciendo lo existente. Entró a un café y bebió; tenía sed; bebió mucho... Pagó, se marchó y, otra vez fuera, volvió a quedarse atónito en el medio de la calle.

Era ya muy tarde. No se había dado cuenta del tiempo transcurrido. Se sorprendió al oír las once de la noche que daba un reloj lejano. La ciudad se disponía a dormir. Sólo algunos

cafetuchos poco concurridos arrojaban resplandores de amarillenta luz sobre las sombras del arroyo; los últimos tranvías, al trote de sus escuálidos y cansados caballejos, se cruzaban en los desvíos, chirriando ásperamente sobre los rieles; los pasos precipitados de tal cual transeúnte se iban perdiendo, perdiéndose a lo lejos. Y de entre un montón de nubes grises empezó a surgir la luna lentamente.

A su tenue claridad se iluminó a medias el espacio. Julián alzó la vista y vio negrear allá, en el fondo, detrás de la vieja catedral, casi tocando las nubes, los contornos de la montaña, que a sus ojos volvían a adquirir las fantásticas deformidades de un monstruo que se le echaba encima.

Un estremecimiento singular recorrió todo su cuerpo; mil ideas encontradas y angustiosas se acumularon de nuevo en su imaginación. Y diez minutos después, sin saber por qué calles había caminado, se encontró en su casa, arriba, en su habitación; frente al escritorio, con la pluma suspendida sobre un blanco pliego de papel, donde, a guisa de comienzo de carta, sólo había escrito, con rasgos acentuados y violentos, el nombre de ISABEL...

- XXV -

Tras la primera excitación vino para Julián un período de profundo abatimiento. Al arrebató breve y terrible sucedió la calma sombría y dolorosa. Luego ésta sufrió una transformación violenta, a la cual siguieron, sin interrupción, día por día, muchos altibajos y alternativas de carácter.

Un suceso, al parecer de poca monta, pero digno de especialísima mención por sus inesperadas consecuencias, señaló una nueva etapa a su angustiosa existencia.

Ocurrió el tercer día de Carnaval.

Las más gentiles damas y los más apuestos caballeros de la high-life villabravense inauguran el Carnaval por modo solemne en todos los fiacres, victorias, carrozas, landós y otros vehículos de más o menos lujo, o más o menos desvencijados con que cuenta el servicio diario de la ciudad.

Ésta se engalana lo mejor que puede con sus mismos farolillos y banderolas, cintas y lazos, arcos y gallardetes que usa para los onomásticos de sus héroes.

Durante los tres días, las señoras y señoritas se vuelven locas de contento, armando encantadoras algarabías en las ventanas. Por frente a ellas pasan los coches cargados de

jóvenes que, a puñados, les arrojan confettis, flores y dulces, acompañados de los gestos, signos y sonrisas propios de tan reñidas y galanas batallas.

Pero allá el último día degenera la batalla civilizadora en batalla de salvajes, porque en la llamada calle Real se amontonan los jóvenes más graciosos de la población y, confundiéndose con la astrosa golfería, formando filas y murallas inexpugnables y gozando de la inmunidad del número, empiezan a tirar, en medio de relinchos, carcajadas y pateos, pelotas de almidón, frutas, cascos y hasta piedras, a los que se atreven a desafiar las populares iras atravesando por el revuelto sitio en coche descubierto.

De esta guisa salieron Julián Hidalgo y Luis Acosta aquella tarde, y no una, sino dos veces cometieron la imprudencia de pasar por la alborotada calle Real. La primera vez, una tímida bolita de papel cayó a los pies de Luis; pero la segunda, ya preparados los grupos, "por si volvían", como volvieron, no una inofensiva pelota de papel, sino mil pelotas de fango, lluvias de arena, de cal y de tierra, granizadas, en fin, de piedras y cascotes, cayeron sobre los dos jóvenes.

Luis, indignado, tapándose como podía con las manos, para evitar el golpe de los inmundos proyectiles, quiso arrojar del coche. Julián lo detuvo; Luis forcejeaba. En este instante, del emborrascado grupo de la calle salió una voz canallesca, portadora de una injuria horrible en que iba envuelto el nombre de Susana.

Entonces Julián perdió el juicio: él no entendió bien lo que dijo aquella voz de infamia, pero oyó el nombre de Susana y soltó a Luis; pasó por encima de su cuerpo de un salto y cayó ciego, desesperado, sobre el grupo, rugiendo y dando locas puñadas. Detrás de él saltó su violento compañero y se armó, naturalmente, una bronca fenomenal.

Un guardián del público llegó a tiempo, y ayudado de otros más, sujetó a los dos locos, a quienes la multitud hubiera hecho trizas, encorajinada como estaba.

De este vulgar incidente se enteró Susana y fue presa de extraños síncope, que a la larga se hicieron crónicos, degenerando, con todos sus horrores convulsivos y con todos sus morales desgarramientos, en un verdadero caso de histerismo.

Julián atribuyó estos últimos ataques de su madre, no sólo a la gran y fatal impresión que el suceso le ocasionara, sino, entre otros muchos disgustos íntimos, a la muerte repentina de Juana Méndez, la mujer de don Anselmo Espinosa.

Jamás se atrevió Julián a manchar la existencia de Susana con una duda. ¿Con qué derecho? Susana era su madre, ¡impecable, inmaculada, santa! Una sola vez pasó una idea horrible, rozándole con sus alas negras la conciencia, y se quedó aterrado.

Mas al punto, su inmenso amor de hijo se irguió sobre la ingrata sospecha y la aventó de un golpe. Al día siguiente, por vía de expiación, corrió anhelante y casi lloroso al lecho donde Susana dormía y le cubrió el rostro de besos.

Él médico consultado sobre el mal de la enferma no le dio gran importancia, y opinó por el cambio de aires. No había por qué alarmarse: desórdenes del organismo, cuestión de nervios, neurastenia, casi nada. Bastarían los baños fríos, mucha tranquilidad, buena alimentación.

Y ya vería él cómo terminaban los síncope, los llantos sin motivo y las repentinas angustias de la señora. Estaba él por el cambio de aires: aires nuevos, aires de montaña...

-¡Aires de montaña! -exclamó, resueltamente, Julián.

Se agarró a esto como un náufrago a una tabla.

¡Ya era tiempo!

Ya empezaba él a presentir que algo extraordinario y fatal iba a ocurrir, trastornando de nuevo su existencia. Al sufrimiento del amor de Isabel se unía el mal de su madre; y a estos dos grandes pesares, la hostilidad creciente de todos. Aquella hostilidad, mayor cada día, la vio en el rostro de las gentes, en las miradas, en las sonrisas enigmáticas, en la actitud de los grupos que, apostados en las esquinas, se abrían en dos alas para dejarle paso y luego señalarle con el dedo.

¡Ah! sí; él sentía que a sus espaldas flotaba siempre el insulto; el insulto silencioso de los cobardes. Y sentía además un grande escozor, un grande, inexplicable, desasosiego; él estaba allí estorbando, y estaba solo. Hasta Luis Acosta lo abandonaba para irse a formar parte de una revolución regeneradora que había estallado, no se sabía dónde, en el interior de la República.

Necesitaba salir de allí, y se marchó al fin con Susana.

Hicieron el viaje, hasta el puerto vecino de La Guaita, en un tren cuyos rieles van tendidos por sobre abismos, y de allí hasta el balneario de Amacuto en un tranvía de vapor que goza de honores de sud-express en toda la comarca.

Amacuto es una parodia ridícula de los grandes balnearios europeos. Los periodistas tontos de Villabrava lo comparan a Biarritz, Ostende, New-Port, etc. A veces, juzgando harto pobre la comparación, exclaman muy frescamente: ¡De Amacuto, al cielo!, es decir, a Villabrava. Y Amacuto es sencillamente una playa en semicírculo, con una especie de malecón que barre el mar a temporadas.

Visto de lejos, desde la cubierta de un buque, por ejemplo, con sus casuchas blancas, rojas, azules, amarillas, dispersas unas y amontonadas otras sobre los cerros, agarradas a los peñascos, para no caerse ladera abajo, Amacuto es de un aspecto desconsolador. Pero, ya en tierra, es otra cosa.

Ofrece, para solaz de viajeros aburridos, un parque nutrido de árboles hermosos, una iglesia moresca, tres hoteles, varios baños de tablas, un cerro pedregoso y un río muy simpático y bullanguero, cuyos estratégicos recodos, estanques y caídas, medio ocultos por

las peñas, aprovechaban en sus buenos tiempos, cuando Amacuto no era Biarritz, las antiguas familias villabravenses para bañarse animosamente al aire libre.

Ahora aquello ha cambiado completamente y sirve de refugio a lo más granado de la sociedad mencionada.

Cuando Susana y Julián llegaron a Amacuto, éste se hallaba lleno de bañistas. Julián quería permanecer allí dos días, pero la madre se resistió. Al entrar en el Nuevo Hotel, amplio y hermoso edificio de madera, donde las damas y los clubmen elegantes, para distraer sus ocios, bailan, cantan, ríen y se descuartizan de lo lindo, moviendo la lengua con sin igual destreza alrededor de sus respectivas reputaciones. Susana comprendió al punto que caía mal. Hubo rumores y cuchicheos y conciliábulos secretos, y se decretó "cordón sanitario" para los recién llegados, como si apestasen.

Susana insistía para que continuasen inmediatamente el viaje. Julián, atascado, se opuso. La ascensión de la montaña era fatigosa: tenían que hacerla a caballo, en los caballos que ya había traído el viejo Mateo de la finca, desde la víspera; pero eran siete horas de camino cuesta arriba por el ribazo peligroso, y luego cinco horas más a través de malezas espesísimas, de murallas de juncos, muy difíciles de atravesar.

Lo que hubiera que pasar lo pasaría; no le arredraba nada. ¡Vamos, Julián, vamos pronto! Y lo dijo con tanto anhelo y tan resueltamente, que Julián cedió.

Así emprendieron la marcha, sin descansar, aprisa y corriendo, con atropellamiento de gente perseguida...

Al obscurecer se les vio, desde la playa, ascendiendo, ascendiendo por la abrupta cordillera, encorvados sobre sus jadeantes cabalgaduras, como si los agobiase aún el odio de la sociedad que los arrojaba de su seno. Y ellos también se detuvieron arriba, a mirar al pueblo retorcido como un caracol en el fondo y en los áridos regazos del cerro.

Y más allá, el pueblón de Villabrava negreando entre las siluetas de sus torres; y luego, luego más bruma, más bruma aún: la bruma del mar, la lejanía, y en la grisácea lejanía destacándose la espesa columna de humo de un vapor que se acercaba al puerto.

- XXVI -

Por un lado despedía el rencor villabravense a Julián Hidalgo y a su madre, y por otro lado, ese mismo rencor, transformado de pronto en regocijo, se dispuso a recibir en La Guaita a las afrancesadas y semidesquiciadas hijas del doctor Pérez Linaza, que regresaban a la patria después de tres meses de ausencia, precedidas de veinte baúles monstruos y otros

tantos paniers, maletas, sombreros y paquetes que espantaron por su volumen, peso y contenido, a los mismos empleados de la Aduana.

¡Lo que derrocharon, lo que hicieron aquellas locas en París! ¡Santo Cristo de Villabrava, qué alboroto de mujeres: qué furia de paseos, de excursiones, de idas y venidas al Bosque, a Versailles, a Saint-Germain y a Fontainebleau! ¡Qué desbordamiento de cintas, encajes y enaguas de seda; qué abrigo de pieles, qué colas más "ruidosas" para los bailes de la gran ópera; qué arremetidas a las joyerías de la calle de la Paix, a los almacenes del Louvre, y qué noches, ¡ay!, ¡qué noches aquellas del boulevard y de los Campos Elíseos en verano!

A la sazón asombraba a París con sus excesos, sus desnudeces, su hermosura y su histerismo, la ex ilustre y ex princesa de Caraman Chimay. Providencia Pérez empezó, como todo el mundo, por admirar a la descocada señora y acabó por calcarle los trajes hasta el punto de presentarse a la Renaissance a ver a la Duse con los pezones de sus redondos pechos montados sobre los bordes del escote.

Esta inaudita desfachatez de Providencia se comentó mucho en los alborotados círculos de la colonia, porque había allí por entonces muchas empingorotadas familias villabravenses, de esas que hacen por temporadas su habitual peregrinación a París, según la altura a que se encuentran en sus pródigos países, el café, el bacalao... y la política.

Representaban unas el elemento snob y, si se quiere, aristocrático, y otras el rastacuerismo incurable; pero lamentando casi todas con anticipación el regreso a la polvorienta y desdichada patria, donde la tierra generosa cosechaba en un año lo que habían de consumir sus vanidades en un mes.

A su vez representaban en Europa a Villabrava algunos eminentes, egregios y anonadantes jóvenes a la moda, entre los que se contaban Teodoro Cuevas; dos o tres personajes políticos al uso, que se vestían de máscara para hacer conquistas de hembras fáciles en las revueltas del bulevar; varios comerciantes ricos, de los que gastan más dinero del que consumen en los restaurantes de lujo, y donde los camareros de diez años de práctica adivinan sus procedencias a través de sus billetes de mil francos, y media docena de cónsules escapados de sus puestos que iban con harta frecuencia a compartir sus improbables labores al patio del Gran Hotel, con el nunca bien ponderado y luminoso cónsul general don Arturito Canelón.

En el susodicho patio discutían a voces, todas las tardes, estos señores sobre los destinos de Villabrava. Y cuando los concurrentes al Hotel los miraban formando grupitos deliciosos, gesticulando, manoteando, desgañándose, moviéndose entre sus enormes fenomenales levitas de color que, llegándoles a los talones, les daban un no lejano aspecto de cocheros de casa grande condecorados, se sonreían con sonrisa indefinible o los señalaban con el dedo, murmurando por lo bajo: Ce sont des rastas... a veces, las discusiones subían de punto y tomaban aspecto de furiosos altercados, y la gente, creyendo que iban a matarse los del coro, llamaban al concierge y salía éste todo sobresaltado a poner paz, diciendo con cierta, ironía, no exenta de desprecio: Ne prenez pas toute la place, monsieur le décoré...

Una tarde, la consabida disputa degeneró en contienda, porque un periodista americano fue de guapo y dijo que casi todos los villabravenses que visitaban París eran unos "títeres".

-Más títere será usted -respondió Arturo, dándole un empujón, sin poder reprimir su patriótico coraje.

El periodista disidente, al verse agredido, tiró un manotazo al azar y se encontró con la cara de Teodoro Cuevas, adonde iban a parar casi todas las bofetadas que se perdían en París.

A este manotazo contestó por el elegante joven un doctor de los del grupo. Y sintiéndose héroe un general, sacó un revólver como un trabuco; otro desnudó un estoque que parecía una lanza y se armó una bronca descomunal.

Al día siguiente dijo Rochefort en L'Intransigeant que del Gran Hotel habían sido arrojados por escandalosos unos salvajes de levita, sin recordar que él es el más escandaloso y salvaje de los periodistas europeos.

También escribió sobre este asunto, y sobre otros no menos curiosos, el flamante Arturito, una despampanante misiva para una revista de su pueblo. Un mes después de publicada se recibió en Villabrava la noticia de su muerte, debida a un ataque de apoplejía fulminante.

Su poético amigo Florindo Álvarez, que era muy mala persona, al saberlo, fue y dijo en el Club que el fallecimiento del esplendoroso cónsul tuvo por verdadera causa aquel flamante y retórico parto de su numen fecundísimo.

La muerte del inofensivo orador villabravense produjo -¿por qué no confesarlo?- silenciosa alegría entre sus queridos compañeros: dejaba un hueco cerúleo en la literatura excelsa del país, un hueco que todos, o casi todos, querían llenar, empezando por Florindo que, en el fondo, envidiaba sus glorias y hacía mofa de su desaparición inesperada.

La risa de Florindo saludaba de lejos aquel cadáver, porque Florindo Álvarez no era, como decían, un poeta de sentimientos nobles: era un poeta que había nacido asesino; o, mejor dicho, un asesino que nació poeta por casualidad.

- XXVII -

Una vez instaladas en la caliente tierruca, las Pérez Linaza acabaron por perder el poco juicio que tenían.

Se mudaban de traje a todas horas y se echaban a la calle, deseosas de lucir los deslumbrantes trajes que llevaron, sintiendo muy de veras que en Villabrava no se pudiera, como en París, recoger y ceñir bien las faldas sobre las caderas, para enseñar mejor los encajes de las historiadas enaguas.

Providencia, sobre todo, se puso insoportable. Ella hubiera querido enseñar muchas cosas más, entre ellas, el desnudo Caraman-Chimay, con el cual daría golpe, concitando la envidia de las Mendes y dejando bizcos a muchos hombres.

A fuerza de darle vueltas a la imaginación, encontró un pretexto, una idea. La idea, en realidad, fue de su novio; porque eso sí, para ideas sugestionables y estupendas, el fértil y despreocupado Florindo. ¡Pues no se le ocurrió solemnizar o hacer que solemnizase ruidosamente el doctor Linaza su "feliz arribo", aunque fuera al mes de su llegada, satisfaciendo de este modo el ardiente deseo de Providencia!

Aquello de solemnizar "ruidosamente" su vuelta a la patria no le cayó muy en gracia al jefe de la atolondrada familia.

-No está la Magdalena para tafetanes -decía-. Las niñas han gastado muchísimo en este pavoroso viaje a París.

Pero entre Florindo, las Tasajo y otra multitud de denodadas e intrépidas damas, que contribuyeron con sus luces y prestigios al éxito de la empresa proyectada, convencieron al arruinado viejo, y quedó desde aquel momento decidida la fiesta.

Y puestas a inventar aquellas gentes, a vuelta de mil disputas y opiniones encontradas, y otras tantas interminables conferencias, arreglaron un programa magno, original y raro de festejos. Comenzaron los preparativos, y en seguida los ensayos de cuadrillas, minués, rigodones, trozos de ópera y tarantelas al piano, amén de un poema simbólico-representable, que para el caso escribió el fecundo Florindo.

Los ensayos de este poema dieron margen a nuevas disputas, porque los apuestos mancebos y distinguidas damas que se prestaron a desempeñarlo, querían hacerse los trajes a capricho. Por fortuna, Florindo, como jefe dictatorial que era y creador que era de la obra, se negó a tan locas pretensiones e impuso la indumentaria; por lo cual los mejores sastres y las más renombradas modistas de Villabrava trabajaron desesperadamente sobre los terciopelos, rasos, cintas y lentejuelas que la elegante juventud debía lucir aquella memorable noche.

También sirvieron de pretexto los ruidosos nocturnos ensayos para que la casa del magnánimo doctor se convirtiera en un Cabaret du Ciel donde si el sacrilegio no tenía cabida, en cambio el amor, la coquetería y la confianza desplegaron todos sus derechos de miradas, sonrisas, tuteos, apreturas y tiroteos de frases equívocas, que daban una no lejana idea de las grandes facultades que para todo género de combates poseía aquella muchedumbre distinguida. Algunas escrupulosas señoras se enfadaron, y dijeron que se iban, y fueron, sin embargo, las primeras que se presentaron el día de la fiesta.

Jamás una gran solemnidad despampanante entre las muchas que realizó la esplendorosa burguesía villabravense, obtuvo más ruidoso y extraordinario éxito. Sólo el numen delirante de un Monte-Cristo literario sería capaz de salir victorioso de aquel torbellino de flores, de aquella deslumbradora iluminación, de aquel oleaje de volantes, colas, cintas y corpiños, cuya aglomeración producía vértigos.

¡Ah!, si el pobre Arturo Canelón se hubiese encontrado allí, nadie como él para describir el aspecto de los corredores hechos prodigios de arte; del jardín, que era una maravilla, un panorama, un bosque de estrellas de colores, donde se levantó un esbelto teatrillo para representar el simbólico poema.

Con motivo de la representación, ellas y ellos circulaban atolondradamente por toda la casa; entraban y salían por las habitaciones interiores, y llegaron muchas veces a invadir en tumulto los cuartos de las criadas, siempre en solicitud de los enseres indispensables que sus respectivas indumentarias requerían.

Y merced a estas alegres excursiones, se armaban en los dichos cuartos unos líos de jóvenes desenfadados y de aturdidas cuanto pudorosas doncellas, que a tener de ellos conocimiento las mamás, ¡sabe Dios qué habría pasado!

Concluido y aplaudido convenientemente el monumental poema, donde todos se excedieron en trajes ligeros de ninfas y ninfos adorables, comenzó el concierto wagneriano y mágico de Pattis, Tetrzzinis, Massinis, Tamagnos y Marconis criollos.

Y luego, allá a las once, en medio de un barullo infernal, se abrieron los salones de baile y apareció radiante en todo su esplendor, ese mundo villabravense que bulle y brilla en las grandes fiestas: la espuma, la high-life, lo más bello, dorado y engomado de la sociedad, confundido con una no escasa multitud de personas sin nombre y sin prestigio.

Porque en Villabrava, a pesar de sus rangos aristocráticos y sus divinas procedencias, casi todas las familias andan emparentadas o liadas con muchas gentes sin puesto determinado; y aunque sospechadas, comentadas y despellejadas a diario en todas las tertulias, lo mismo las Linaza que otras de su jaez, no podían dejar de invitarlas a sus fiestas rumbosas, ya por su posición monetaria, ya por sus ocasionales influencias políticas; ya, en suma, por multitud de circunstancias extraordinarias a que se veía esclavizada la espuma, o lo que allí calificaban de espuma por mal nombre.

Apenas apareció este híbrido resplandeciente mundo a las puertas del salón, el revuelto y curioso público de afuera que llenaba las ocho grandes ventanas de la casa estalló en un ¡ah! inmenso, donde iba mezclada la admiración con la envidia.

En los primeros momentos todo fue muy bien. Hubo paseo solemne de hombros desnudos y de fracs que se rozaban con los hombros por todo el largo de la sala; las damas ondeando las colas de los trajes por la aterciopelada alfombra y los engomados caballeros inclinándose mucho sobre los escotes de ellas, para que los demás creyesen que gozaban de privilegios envidiables.

Al cruzar Providencia por el medio del salón llevando a Florindo casi a rastras, una segunda exclamación, más atronadora e incivil que la primera, brotó de la muchedumbre de las ventanas. La monumental señorita lucía su escote audacísimo, sin importarle un bledo la opinión de sus amigas; estaba completamente desnuda de los senos, como en París, con los pezones apenas ocultos por un ligero volante de encajes.

Desde aquel instante, la concurrencia que sudaba, se estrujaba y pateaba en la calle, dejó como siempre paso franco a sus instintos y empezó por poner motes a las parejas, acabando por gritar y dar golpes furiosos sobre los balaustres. Un verdadero escándalo, en que señoras dignas de respeto fueron injuriadas por el anónimo montón, y caballeros de reputación intachable castigados con las más horribles frases de la canallería andante. Y lo que es más triste aún: a medida que degeneraba en insolencia la algarabía de afuera, el señorío de adentro perdía también algunas de esas fórmulas que exige en todo baile la cultura.

Por ejemplo: cuando se abrió el buffet, allá después de media noche, declarose entre los hombres la grosería sin rodeos. A codazos y empujones se abrían paso en el comedor. Daba vergüenza aquella desaforada acometida a los sandwiches, pasteles, trozos de pollo y rajas de salchichón, sin contar los dulces, vinos, frutas y sorbetes que abundaban en los aparadores.

Cien brazos se extendían, cien mangas se engrasaban al pasar por sobre los manjares, cien manos arañaban otras ciento para coger una tajada. Un joven elegante que no había hecho más que pasearse por los corredores en toda la noche, la emprendió con una pierna de pavo, arrancándola fiera y denodadamente sin trinchete, y otro señor se robó una botella de vino Borgogne.

Las señoras que llegaban del brazo de hombres un poco más correctos, fueron casi atropelladas por media docena de barbilindos que traían los chalecos atestados de comestibles.

Francisco Berza, el sabio, no quiso comer sino después de obsequiar a una multitud de damas; pero apenas las sirvió se lanzó él también, como los demás, a la invasión, y arrasó con todas las fuentes de pepinos, rábanos y aceitunas que había escondido detrás de una vajilla.

Y Florindo, el insigne Florindo, no pudiendo resistir al entusiasmo que la fiesta aquella le producía, tomó la determinación de beberse íntegra una botella de Champagne.

Media hora después se daba en los corredores de bofetadas con Teodoro Cuevas, porque encontró a éste comiéndose con Providencia unos sandwiches, en uno de los bosquecillos más retirados del jardín.

Los apaciguadores espontáneos, que nunca faltan en esta clase de reyertas, trataron de separar a los encorajinados rivales. Y es claro: aumentose el escándalo en vez de calmarse. A los apagados rumores de la lucha se mezclaron las voces de los intermediarios, y con aire

de borrasca y de tumulto llegó el ruido de la inoportuna bronca hasta el salón, donde la juventud, descuidada y feliz, ondulaba al compás de un vals de Strauss. Cesó inmediatamente el baile y salió la gente muy alborotada a ver lo que ocurría.

Cuando el doctor Pérez Linaza se enteró del suceso llevose con trágico ademán las manos a la cabeza y pidió que se lo tragara la tierra. En su carácter de heroína, protagonista y causa del desastre, Providencia se desmayó, y una hija del general Tasajo, que andaba en dares y tomares con el perfumado Teodorito, al tener conocimiento de la escena del jardín se creyó también en el deber de caer privada de sentido, al par de Providencia.

Y así, con este ridículo espectáculo, y con aquel escándalo inaudito, terminó esa rumbosa y resonante fiesta, que dio por inmediatos resultados la ruina de un padre de familia y el rompimiento de los amores de una tonta y de un poeta majadero.

- XXVIII -

Apoyada, erguida sobre dos altos peñascos, formando un atrevido puente en el corazón mismo de la selva, se veía desde lo más hondo del valle Guajiral, la vetusta casa de los Hidalgo.

Allí, en las épocas de la conquista, debió de ser algún monstruoso barracón de paja y barro que sirviera de guarida inexpugnable a toda aquella raza de levantiscos guaicaipuros, que preferían su salvaje independencia a los estrépitos de una civilización arrolladora. Aún quedaba como señal del poderío de los Hidalgo, cuando los Hidalgo se llamaban Marañones, Peonías, Taupolicanes y Atahualpas, algunos troncos de árboles gigantescos, vestigios y baluarte de una gran terraza que precedía al reedificado barracón. Troncos misteriosos, viejos, casi secos; seculares nudos, testigos de luchas épicas que representaban para Julián toda la historia del heroísmo de sus mayores. José Andrés los veneraba; se los enseñó a venerar a él; y aquella veneración, aun entre los Hidalgo civilizados, se transmitía religiosamente de padres a hijos, junto con el honor y la dignidad que llevaban en la masa de la sangre.

Daba acceso al hermoso recinto una empinada y tosca escalinata, por cuyos extremos, apoyándose en las grietas y en los desnudos peldaños, trepaban vigorosas, y enredándose, las plantas, hasta formar nutridos y pintorescos encajes de verdura sobre los barandales del vestíbulo. Con su atmósfera de tradición seguía la casa, amplia, severa, silenciosa. A sus espaldas se veía un jardín con salida a la montaña, y surgiendo del fondo de ésta, un torrente que atronaba la finca entera con el estrépito de sus caídas.

Julián no pudo contener un sentimiento de orgullo al entrar de nuevo en aquel refugio santo donde los esperaban a él y a Susana, amontonados al pie de la escalinata, los viejos y

leales criados que tanto le querían: aquellas bravas y rudas gentes, cuyos acentuados rasgos de indios le hacían recordar a la brava, a la heroica tribu vencida en los laberintos mismos de la selva...

¡Solo, al fin solo!

Volvió a respirar con ansia el hálito fecundo que brotaba de las entrañas del bosque: de aquel bosque inmenso, soberano y suyo; donde todo era grande y poderoso: poderoso y grande, como la aspiración inmensa de su vida.

No se abrió de súbito su alma a la regeneración, como la vez primera que fue a la selva. El mal había ahondado mucho y era difícil hacer desaparecer tan pronto la huella de su devastadora invasión.

Al principio, la solemnidad del bosque le produjo miedo. Y comenzó otra lucha en las profundidades de su cerebro: la lucha feroz, la épica lucha del atropellado de la vida contra los temores imaginarios; la lucha a brazo con el desaliento, con el disgusto, con las penas del pasado, con las angustias del insomnio; con las tribulaciones físicas y morales de la enfermedad de su madre, que acabó por triunfar de sus males en pocas semanas de sosiego.

También él necesitaba vencer, y venció al fin en aquella riña encarnizada de su imaginación y de su alma. La fe y el vigor renacieron juntos en su espíritu; se sintió otro hombre y hasta adquirió su aspecto, su ademán, y todo él, en suma, un brío inesperado que arrollaba sus angustias, sus tormentas y sus dudas.

Tormentas, dudas y angustias fueron sepultadas por multitud de aspiraciones y proyectos que se complacía en combinar a solas y juntamente. Con ellos invadió su alma un vehementísimo deseo: el deseo de escribir una obra colosal, "tiránica", eminentemente revolucionaria y nueva, exenta de pasiones, limpia de rutina, con gallardías hermosas de lenguaje, con altivez de miras, con puntos de vista culminantes. ¡El ideal encarnado en un libro!... Comenzó a trabajar, lleno de entusiasmo.

Se cansó pronto; abandonó el trabajo intelectual y se dedicó a los ejercicios gimnásticos y a las grandes excursiones a pie, por los más intrincados laberintos de la montaña, con su magnífica escopeta de caza al hombro y su gran cuchillo al cinto, adiestrándose en el tiro y ganando en fuerzas lo que había perdido en luchas inútiles.

Volvió a asimilarse al bosque. Ya podía tender los brazos y decirle: "¡Soy el mismo, aquel que respiró tu ambiente y adquirió tu fuerza y tuvo mucho de tu selvático poder!"

Pero aquella selva hermosa y deforme, cruzada de torrentes, llena de barrancos hondos, de sendas retorcidas sobre rocas gigantescas, guardianes taciturnos de la casa secular, en medio de su frondosidad que se derramaba triunfalmente por llanuras inmensas y por regazos de montañas atrevidas, dijérase que esperaba alguna nueva prueba de la fidelidad de Julián, antes de contestar, rugiendo de gozo, como la primera vez, a sus promesas.

- XXIX -

También ejerció su rápida y decisiva influencia en el alterado organismo de Susana el hálito fecundo que brotaba sin cesar de las entrañas del bosque.

La naturaleza triunfaba sola, sin ayuda del régimen facultativo, sin el apoyo, más o menos eficaz, de los farmacéuticos menjurjes con que pretendieron combatir, en la ciudad, los terribles achaques de la enferma.

La salud acudió pronto, y con la salud del cuerpo vino la animación del espíritu; y a la habitual pereza de Susana, sucedió una actividad extraordinaria, desbordante, ruidosa... La finca entera se estremecía cuando ella entonaba como un pájaro alegre sus cantos de felicidad reconquistada.

Levantábase temprano, al rayar el alba, y en vistiéndose íbase al establo con el muchacho que cuidaba las vacas, a darse trazas de ordeñadora, soltando las crías, recogiénolas, luchando con ellas para arrancarlas de las ubres de la madre y obtener al fin, con no poco trabajo, algún jarro de espumosa leche, que bebía con ansia.

Luego, regaba el jardín, que era poco menos que un bosque en pequeño; surtía de agua el abrevadero de las aves; arreglaba los tiestos de las plantas del vestíbulo, y terminada esta faena, se salía al campo a corretear, como una chiquilla, por los cercanos prados, hasta caer rendida de gozoso cansancio sobre el musgo.

Regresaba a las diez, cargada de montones de florecillas húmedas, de manojos de olientes hierbas, de frutas maduras; y en seguida volvía al trabajo, ayudando a la limpieza de la casa o metiendo mano diligente en los preparativos del almuerzo de Julián.

Y como éste se fuera de caza ella aprovechaba la soledad durmiendo reparadoras siestas en su hamaca, tendida a lo largo del corredor. Después salía al camino a esperarlo, y esperándolo, muchas veces la sorprendía la hora del crepúsculo, y se sentaba en un ribazo a contemplar con deleitosa fruición el sugestivo, melancólico espectáculo que ofrece toda selva a la caída de la tarde. Por la noche, ayudada del viejo Mateo, desencadenaba los dos grandes y fieros mastines que guardaban la finca. Llamaba a Julián para jugar a los naipes, y con Julián solía acercarse la servidumbre a formar corro, a mirar lo que hacían los señores, a entablar franca y regocijada plática con ellos, como en familia.

Dos meses llevaban en esta vida apacible, dos meses de regalada, dulcísima existencia, sin que una zozobra viniese a turbar la encantadora paz de que gozaban. Pero estaba de Dios que esta encantadora paz se interrumpiese.

Cierta tarde, echándose ya la noche encima, el formidable ladrido de los perros anunció la presencia de un extraño en la terraza. Era un posta que venía de Villabrava. Sin saber por qué, Susana se echó a temblar. El posta traía una carta, y la carta era de don Anselmo Espinosa.

Madre e hijo se miraron con extrañeza. ¡Una carta de Espinosa! Ninguno de los dos se atrevía a abrirla. Le dieron vueltas y más vueltas; la examinaron una y otra vez, como si bajo su endeble envoltura se ocultara la próxima ignorada desgracia.

Al fin Julián rasgó el sobre.

Noticiaba Espinosa una gran pena suya, un gran dolor... Su pobrecita hija Isabel estaba anémica, y la anemia amenazaba degenerar en tisis. Y a vuelta de la triste noticia, venía una reseña quejosa de sus zozobras de padre amantísimo, de padre solitario; sin saber qué partido tomar, vacilaba en enviarles la muchacha a ver si se curaba. Él no podía atenderla ni dejarla al cuidado de una familia extraña.

Al fin ellos eran parientes, y a ellos acudía; sobre todo necesitando la anemia de Isabel atmósfera sana, hálitos de montañas confortantes como las del Guajiral. La pobre chica, ignorando el mal que la destruía, se empeñaba en quedarse en la ciudad; pero él, antes que todo, era padre, y consideraba aquello como caso de conciencia. De suerte que, sin pensarlo más, sin darle vueltas, decidía llevarla a la finca... ¿Le negarían ellos un rincón, un refugio a su querida enfermita?...

Susana y Julián se quedaron perplejos, no sabiendo qué contestar al pronto, mirándose, interrogándose en silencio. Diríase que algo muy extraordinario y penoso, algo que tenían miedo de saber o de explicarse, les paralizaba el pensamiento y la expresión.

Tres días después del repentino aviso, don Anselmo se presentó con Isabel en la posesión de los Hidalgo.

- XXX -

La enfermedad de aquella muchacha era una insigne mentira, una argucia, de las muchas burdas argucias que venía poniendo en práctica Espinosa para acercarse a Susana. Exasperado por su repentina ausencia, creyendo tener sobre ella inalienables derechos de marido, con miedo al olvido, y con el sinsabor de la sospecha, porque preveía, adivinaba de lejos el arrepentimiento de Susana, don Anselmo no se paró en pequeñeces, y convirtiendo la inmensa tristeza de la hija en enfermedad angustiosa, se sirvió de ella para llegar más pronto al regazo de la amante.

Mas advertida de la infamia, Isabel se resistió a obedecer. No iría a la finca. ¡Nunca! ¡Aunque la mataran, no iría! ¿Que no iba? Pues no faltaba más. Él era su padre. Allí todo el mundo tenía que marchar sumiso, o se vería en el caso de mostrar su carácter enérgicamente, como él sabía.

-¡No voy!... -gritó Isabel, resueltamente.

Entonces él, enfurecido por la respuesta, y viendo cómo la rebelde "chiquilla" le trastornaba todos sus planes, se desató en injurias de villano, y a la villanía de las injurias añadió la vileza aún más humillante de los golpes... Le pegó brutalmente, como pegan los padres canallas a sus hijas de veinte años: con las manos, con los pies, hasta saciarse.

Pero, en esta ocasión, la acometida de don Anselmo fue hartó bárbara. Se echó encima de Isabel rugiendo como una fiera. A su empuje, la muchacha cayó al suelo aturdida, y en el suelo le descargó nuevos golpes, hasta el punto de ensangrentarle la cara. Al fin se desahogó toda su cólera, y la atropellada joven pudo levantarse a duras penas, tambaleándose, con el traje hecho jirones, con la vista extraviada, con los cabellos sueltos, con la cara roja de ira y de vergüenza.

Su orgullo de mujer ofendida pudo entonces más que su resignación de hija castigada. El hecho de ser su padre no le autorizaba a ser un verdugo. ¡Lo odiaba!... Se lo dijo al fin. ¡Lo odiaba con toda su alma!... Como no tengo madre, porque me la ha matado usted -añadió, llorando-, cedo a su voluntad. No puedo hacer otra cosa. Iré. ¡Pero tenga usted cuidado, papá, que ya estoy harta!...

Cuando llegaron a la finca, el primero en verlos desde la escalinata fue Julián.

Es verdad que el sufrimiento había puesto en Isabel esa palidez mate que se confunde con la anemia, y que había adelgazado un poco; pero era la misma muchacha admirablemente bien formada, acaso más gentil, más airosa, con su talle esbelto, con sus caderas pronunciadas, redondas, con su seno firme y alto. Sólo en sus grandes ojos garzos se podía notar algo extraño, algo así como un fulgor siniestro que despedían las pupilas, algo de esos reflejos que guardan los rencores errantes.

Julián se adelantó a recibir a los viajeros, bajando hasta el ancho terraplén, apresurado y solícito. Saludó con aparente alegría a don Anselmo, y luego ofreció galante apoyo a Isabel para que desmontase. Y aunque ambos demostraban grande aplomo, sus manos se estremecieron simultáneamente al estrecharse.

Al lado de Espinosa volvió Julián, disimulando la emoción que el involuntario temblor de la mano de Isabel le produjera, mientras ésta ascendía por la empinada escalinata que daba acceso al vestíbulo de la casa. Arriba la recibió Susana, y le tendió los brazos; pero, antes de abrazarse, las dos mujeres se miraron fija y detenidamente. Con esta mirada se escudriñaron el alma. Y holgaron las palabras: Susana comprendió al instante que Isabel se había enterado al fin de lo que ella juzgaba "su secreto", y sintió que la cara se le encendía de vergüenza.

Don Anselmo entró precedido de Julián; pero en él nadie notó el menor embarazo: entró como siempre, hablando mucho, con el sombrero puesto, demostrando su "tradicional" vulgarísima confianza de pariente adinerado. No quiso quedarse aquella tarde en la finca, ni a comer siquiera.

Solicitado por sus grandes negociaciones bursátiles, tenía que regresar inmediatamente a Villabrava. Julián le dijo que era peligroso repasar la montaña después de las seis; pero él no hizo caso. Llevaba su revólver. Ofreció volver en una de las próximas semanas. El mejor día se presentaba allí.

Y les dijo adiós, llamándoles a todos juntos muy cariñosamente: "Queridos hijos; hijos míos, adiós" -repitió, montando a caballo, con más arrojo que garbo de práctico jinete.

Y se alejó al trote largo, a través del bosque, apareciendo y reapareciendo en los claros y revueltas del camino, hasta que se perdió bruscamente en un recodo, en medio de una espesa masa de sombras.

- XXXI -

Si bien entre Susana e Isabel las relaciones fueron, durante los primeros días, un tanto desabridas y tocadas de reserva, acabaron al fin por suavizarlas, temerosas ambas de despertar las sospechas de Julián.

Tal maña y habilidad se dieron, y de tal guisa extremaron la prudencia para hacer mejor y más llevadera la vida en familia, que sus hondos y silenciosos desasosiegos pasaron en absoluto inadvertidos a las observaciones del mozo.

La actitud de éste era, a su vez, bastante falsa. Condenado por la fatalidad a vivir temporalmente cerca de la mujer que fue su novia, experimentó en un principio grandes desazones. Se sentía cohibido y apenas la dirigía la palabra; usaba en la mesa una corrección que movía a risa, sin regatearle por esto las atenciones y galanterías que creyó lícito y decoroso emplear con ella, a título de amigo.

Pero a veces su temperamento bravío se soliviantaba, originándose en su espíritu bruscas tempestades de indignación, recuerdos coléricos de amante desdeñado, reminiscencias penosas de aquella inaudita despedida que trastornó en parte su existencia.

Y sintiendo que cóleras, y recuerdos, y amarguras juntamente se le subían a los labios a modo de brutal protesta, salíase impaciente de la casa, y a campo traviesa, por dédalos de sendas retorcidas y de incultos parajes, se iba lejos, en lo más hondo o intrincado de la serranía.

Allí se pasaba las horas muertas, echado sobre la hierba, mirando al cielo, inmóvil, sin osar nada contra su pensamiento, viajero de alas temblorosas que iba tras la lejanía de aquel amor que fue un idilio, por entre las nieblas impenetrables de aquella ruptura, que era un misterio.

Al súbito despertar de sus mal dormidas sensaciones, evocando días bellos y sonrientes noches voluptuosas, tibias, impregnadas de tentadores deleites, por su imaginación soñadora pasaba en esbozo fantástico la pálida y suspirante figura de Isabel, que le envolvía de nuevo en un ambiente de felicidad inefable, y a fuerza de soñar, la figura intangible se iba transformando a sus ojos lentamente, materializándose, adquiriendo forma humana, haciéndose carne.

El espíritu de Julián se turbaba entonces, su corazón latía con inusitada violencia; sentía como alientos tibios de mujer flotando sobre sus labios; su frente se bañaba de sudor, y al llamamiento poderoso del deseo vibraban todos sus nervios, vacilando su cabeza como en un vértigo.

Para ocultar tal vez estos impetuosos llamamientos se dedicó con más ardor que nunca a la cacería, y apenas salía de la cama ya estaba calzándose las polainas, poniéndose el sombrero de alas anchas, ciñéndose al cinto las pistolas y el cuchillo de monte y echándose la escopeta al hombro.

Si en una de esas furiosas salidas, antes de salvar los linderos de la finca, se le ocurriese volver la cabeza, quedárase de fijo suspenso, indeciso, en seguir o tornar a casa. Porque desde allá, desde lo alto del mirador, al través de las copas de los árboles, alguien le veía y le llamaba, entre súplicas y congojas y rítmicos arrobos de alondra abandonada.

Y cual si fuese ley la afinidad entre amantes separados y señuelo poderoso la distancia no acortada estando juntos, mientras allá en un rincón del bosque, con el pensamiento incendiado de deseos, él rehacía su melancólica figura hasta el extremo de sentirla junto a sí hecha hembra de turbadores contornos, ella también fantaseaba alrededor del nostálgico deliquio, entornando los párpados, para imaginarse mejor aún el tipo varonil y semibrusco, pero fascinador, de Julián.

Y pensando en su orfandad, pensando en que estaba sola, sola en el mundo, sin más familia que la de un padre brutal que la ultrajaba de palabra y de hecho, y a cuyas indignas relaciones venía a servir en la finca de pretexto, sin poder protestar ante la triste evidencia de los hechos, tendía Isabelita los brazos temblorosos de angustia hacia el espacio radiante, hacia el punto donde acaba de desaparecer la silueta de Julián, sintiendo desesperante necesidad de gritarlo, de llamarlo, de decirle que volviera; y le espiaba, le seguía con la vista ansiosa, hasta ver cómo se perdía su silueta allá en el fondo azulado de los campos lejanos.

Él lo ignoraba, ignoraba que allí hubiera un ser que también sufría, acaso más, mucho más que él, y que, como él, sentía humanos estremecimientos, palpitaciones de dichas incompletas, soplos de felicidad remota. Pues turbada por la aproximación del hombre,

tuvo Isabel, al igual de Julián, sus transportes voluptuosos; imaginábase reclinada sobre su pecho, acariciada por sus manos ardientes, besada por sus labios trémulos.

Hubo instantes que, en medio de su pasión exasperada, deseó que Julián se la llevara lejos, muy lejos, donde nadie supiera de ellos, donde nadie fuera a pedirles cuenta de sus acciones, donde nadie estorbara sus goces de amor, de aquel amor silencioso, más silencioso cada día, cada día más triste, cada día más grande y más intenso.

- XXXII -

Fue una verdadera sorpresa para los descuidados moradores de la finca la vuelta de don Anselmo Espinosa. No lo esperaban, lo habían olvidado tal vez; tal vez se habían forjado la peregrina idea de vivir los tres muy solos, eternamente solos, en aquel inmenso selvático refugio. Extrañaban mucho la inopinada visita, y, en medio de la contrariedad que ésta les produjo, no acertaban a formular bien sus exclamaciones y preguntas: -¿Cómo él allí? De veras que no lo esperaban. Y ¿por qué no avisó antes?

-¡Qué iba a avisar, si en Villabrava no le dieron tiempo para nada! ¿No sabían ellos lo que pasaba allá abajo? Pues él traía noticias muy graves de la emborrascada ciudad. Venía un poco mal y un mucho fatigado con sus pesares a cuestas y con vivísimos deseos de ver a su adorada Isabelita. Por de pronto necesitaba descansar, sacudirse el polvo del camino, lavarse. Después hablarían.

A pesar de su mal disimulada inquietud, Isabel y Susana empezaron por preparar alojamiento al inesperado huésped.

Era sábado, y don Anselmo quería pasar el domingo en familia. Para el caso, como hombre prevenido al fin, se trajo una maleta de viaje con ropa suficiente.

La habitación que le destinaron miraba al jardín, comunicándose con la de Julián por un largo pasillo. Para dirigirse a ella tuvo Espinosa que pasar por frente a la alcoba de Susana, atravesando luego una oscura galería, sobre cuyas amarillentas y desconchadas paredes se veían, entre retratos antiguos, unas cuantas panoplias cruzadas de armas raras, casi todas primitivas, todas evocando memorias de aquella numerosa raza de indios bravos, de los cuales sólo quedaban escasos, pero enérgicos vestigios, en la figura de Julián. Cuando Espinosa entró en esta galería experimentó un miedo inexplicable y pueril y apresuró el paso, volviendo dos o tres veces la cabeza.

Una hora después, radiante, satisfecho, remozado casi, merced a un regenerador y oportuno lavatorio, se presentó en el comedor.

La mesa estaba ya lista, engalanada como para una fiesta, con muchos requilorios, ramos de flores, gran diversidad de frutas de la huerta, pastas y vinos de varias clases, de los vinos añejos de la gran bodega de la finca.

Antes de sentarse, don Anselmo propuso el aperitivo de ley -costumbre muy arraigada, entre villabravenses de buenas tragaderas-, algo fuerte, whiskey o cosa así, lo que bebían los hombres para sentarse a la mesa; porque él era de los que se echaban, uno tras de otro, cuatro o cinco cocktails y se quedaba tan fresco.

Así fue cómo en el curso de la comida, con la mezcla de vinos y la charla, se puso un poco alegre; su misma vulgar y ruidosa franqueza dio margen a expansiones que no solían allí reinar durante las comidas.

Ésta se prolongó y hubo que traer lámparas; el vivo resplandor de las luces contribuyó a la animación, y, de plática en plática, llegaron a los postres, cayendo de pronto la conversación en Villabrava.

Julián, que parecía distraído, con la vista algo extraviada y el pensamiento no sabía dónde, volvió la cabeza vivamente. Susana e Isabel no ocultaron su disgusto. Les hacía daño el recuerdo de la ciudad. No querían oír hablar de ella.

-¡Cómo no! Si era precisamente punto de transcendencia a la sazón. Ya él, Espinosa, lo había dicho. Allá abajo estaban ocurriendo cosas intolerables, grandes y terribles acontecimientos. La patria se iba a ahogar en sangre, o, por lo menos, la iban a arrojar a pedazos por la ventana sus malos hijos; unos bribones disfrazados de apóstoles redentores que, so pretexto del profundo malestar en que se hallaba el país, se erigieron por su cuenta y riesgo en jueces, árbitros y dueños de la conciencia pública, y fundaron un Congreso aparte con pujos de Asamblea demagógica. Querían repetir la etapa sangrienta del 93. Y al pronunciar con terrorífico acento la pavorosa frase, a don Anselmo se le erizaban los cabellos.

Quedose atónito Julián, con los ojos muy abiertos, costándole gran trabajo creer en las noticias que les daba Espinosa.

-Y ahí es nada -continuó éste, haciendo un sinnúmero de horribles visajes-: la Asamblea redentora organizó comités, juntas, circunscripciones, jefaturas en los Estados, inaugurándose solemnemente en nombre de la Moral, bajo la presidencia del general Sablete. Sablete, ¡chico!, ese vagabundo que, como ha dicho alguien, está más abajo del vilipendio.

-¡Qué barbaridad! -exclamó Julián, sonriéndose y recordando con cierto regocijo que cuando Sablete fue gobernador de Villabrava, le pidió más de una vez grandes sumas de dinero a Espinosa, dejando burlado al fin al hábil capitalista. Pero no queriéndolo distraer de su relato, el impaciente mozo lo trajo de nuevo al punto de partida. ¡A ver, a ver, en suma, qué era lo que pasaba allá abajo!

-Figúrate -continuó don Anselmo, a vuelta de mil rodeos- que en sus discursos inaugurales los titulados redentores creían poner una pica en Flandes señalando, entre gritos de semitrágico terror, espantosas crisis económicas, desventuras de pueblo, abominables tiranías, escándalos monumentales, peculados, monopolios... ¡Patrañas, mentiras todas! Hablaron de medianías que reinaban; que con las medianías había venido el desbarajuste, siendo éste tanto más extraordinario cuanto mayor era la nulidad de los hombres. ¡Qué te parece! Y que como no había gobierno, ni orden, ni leyes, y que hasta el mismo patrio-honor -palabras que él había oído al más elocuente diputado de la acalorada Asamblea- era a la razón presa de las garras de la imbecilidad entronizada, traído y llevado, con sello de ludibrio, por el medio de la calle... ¡Que ellos arreglarían el país!

-Tendrán que quemarlo entonces por los cuatro costados -interrumpió Julián-. Es la única manera de arreglar aquello.

-¡Ahí fueron a parar! Los tales redentores fomentaron, con sus furibundos programas, el desorden; desencadenáronse los odios; todo el mundo se armó hasta los dientes; no se veían más que revólveres y trabucos por todas partes; hasta los pacíficos y elegantes smartshacían alardes de gastar puñales como facas y bastones como viguetas. La ciudad parecía un campamento; menudearon las broncas de cantina; recrudecieron los asesinatos; la calumnia fue idioma de caballeros en política, y el anónimo, canallesca y diaria correspondencia entre gentes que hablaban de honor, entre literatos que parecían personas decentes. ¡Los literatos también metiéndose en estos líos! Florindo, García Fernández...

-No los nombre usted. Los conozco; los conozco a todos. ¡Pobres gentes! En vez de hacerse necesarios, se inutilizan, pasándose el tiempo y la vida en morderse en privado y en elogiarse públicamente sin tasa ni recato, llamándose unos a otros maestros: maestros áureos, maestros ígneos, liliáticos, neuróticos, rítmicos, pirotécnicos, nostálgicos. Montones de fuerzas jóvenes, de inteligencias nuevas, propicias a todas las reivindicaciones, mozos, en fin, que abandonan labores y profesiones honrosas para cruzarse de brazos en la plaza pública, a esperar ministerios, a esperar diputaciones, presidencias y títulos académicos, ¡porque saben llenar cuatro cuartillas!...

¡Y el resto de la República que pague!

-Eso mismo querían los redentores, y por quererlo todo de una vez han hecho fiasco. Tiró el diablo de la manta, y se tiraron ellos los trastos a la cabeza, dividiéndose en dos bandos; y mientras unos empezaron por pedir enmiendas y trazar líneas de luz y marcar declives, como los ingenieros, para encauzar el río de la moralidad, los otros, los expeditivos, se echaron a la calle. Y así fue cómo unidos a los descamisados, convertidos ya en vociferantes turbas, los redentores incendiaron el Banco, destruyeron ferrocarriles, invadieron varias casas respetables y dejaron en las fachadas del Palacio de Gobierno las señales del motín. ¡Pero lo que más me indigna -decía Espinosa, alzando la voz a medida que narraba- es que semejantes bandoleros se hayan atrevido a hacer llamamientos a las puertas de los hombres honrados, para que los ayudemos a destruir, a incendiar, a demoler todo lo grande, todo lo santo que existe en Villabrava!

Y moviose tanto y de tal modo don Anselmo para decir esto, que en uno de sus bruscos ademanes se salió del bolsillo trasero y cayó de piano al suelo el revólver que había olvidado dejar en su cuarto, y el cual revólver usaba a todas horas, esclavo él también de las malas costumbres de su pendenciero pueblo.

La calda del mortífero aditamento asustó mucho a las dos mujeres y produjo tan expresivo gesto de desagrado en Julián, que don Anselmo se turbó un poco y se apresuró a recogerlo.

A partir de este instante la sobremesa se hizo penosa y la conversación quedó por completo cortada.

Julián hizo ademán de levantarse, e Isabel, como obedeciendo a un deseo largo tiempo contenido, tomó de pronto una mano de Julián y le dijo casi en voz baja y rápidamente:

-Ven, Julián, vámonos fuera.

Y él se dejó arrastrar, sin voluntad y sin fuerzas para negarse al cariñoso llamamiento.

- XXXIII -

De bruces sobre el rústico barandaje del vestíbulo permanecieron juntos, pensativos largo rato, con las manos fuertemente entrelazadas, como si quisieren protegerse de un peligro cercano, con las miradas sumergidas en la obscuridad de la noche augusta del bosque, tan sólo turbada por el impetuoso rugir del torrente que se rompía entre su cauce de peñascos, detrás de los jardines de la casa.

Isabel y Julián continuaban absortos en la muda solemne poesía que brotaba del fondo de la selva. En medio de este gran silencio podía oírse el simultáneo y violento latir de sus corazones asustados. Tenían los labios cargados de frases, de congojas, de suspiros, de interrogaciones y respuestas tumultuosas. Se iban a decir tantas cosas, tantas, que la emoción misma que sentían les embargaba la voz... ¡Y nada se dijeron!

Se miraron entonces de hito en hito, anhelantes, trémulos, con honda y penetrante fijeza, con ansia de leerse a través de las pupilas sus más escondidos pensamientos, adivinándose al fin, en la palidez de sus semblantes, todas sus tristezas, todas sus esperanzas, todos los nostálgicos deseos de su pasado, todas las carnales melancolías de un presente lleno de vehemencias y desesperaciones invencibles.

De pronto Julián se incorporó y, retirando el brazo con que se apoyaba en el barandal, rodeó la cintura de Isabel, atrayéndola dulcemente. Y ella, trémula, palpitante de dicha, se

acercó, se abandonó, se volvió con todo el busto, irguiéndose a su vez, y quedáronse ambos de esta guisa frente a frente, en pie sin hablarse.

Y sin tomar precauciones, sin que ella sintiese una ola de rubor subirle a las mejillas ni él juzgase pecado imperdonable la reconciliación en aquella forma, como si obedeciese a un mandato divino, como si ejercieran legítimo derecho de desposados, se abrazaron con un abrazo inmenso, allí, en pleno vestíbulo, fundiéndose sus vidas en un solo beso, en un beso prolongado, en un beso ardiente, en un beso profundo...

Aquello debió ser largo, muy largo y muy hermoso. No se dieron cuenta del tiempo transcurrido.

La voz de Susana, que parecía venir de muy lejos, los sacó de su éxtasis. "Ya es tarde, Isabel; nos vamos a acostar." Lo dijo desde un ángulo del extenso vestíbulo, donde, arrellanada y lánguida, como siempre, en un sillón, sostenía discreta y al parecer indiferente plática con Espinosa.

Sin perder su reposado continente, don Anselmo retiró su silla al ver acercarse a los jóvenes. Pero éstos no se fijaron en la rápida maniobra. ¡Qué sabían ellos lo que a su alrededor pasaba! ¡Eran demasiado felices para ocuparse de la existencia de los demás!

Cuando Julián se dirigió a su habitación, serían sobre poco más o menos las once de la noche. Marchaba a pasos lentos, casi vacilantes, como si estuviese aún agobiado por el peso de la felicidad.

A tientas cogió la vela que solía colocar sobre el velador junto a la cabecera de su cama; y cerca de ésta puso luego el reloj, un libro, los cigarros y una pistola de dos cañones, que sacó de un armario.

Después dio unas cuantas vueltas por el cuarto, cerró la ventana que daba al jardín, descorrió una cortina, arregló las ropas del lecho y empezó a desvestirse con gran pereza. De la misma suerte entró en la cama, mató la luz de un soplo y se dispuso a dormir.

Los ruidosos detalles de los que se disponían a hacer lo mismo en las otras habitaciones, embargaron no obstante su atención, y oyó a su madre, que antes de acostarse, cruzó varias veces de un lado a otro en zapatillas; oyó sucesivamente el rodar de un mueble, el golpe brusco de unas botas que cayeron al suelo, el roce áspero de un pasador que aseguraba una puerta.

También oyó un lavatorio feroz en el cuarto de Espinosa; voces apagadas y mal reprimidas en el de las criadas y, por último, allá en la alcoba de Isabel, percibió un rumor de ropas. Después, nada: un gran silencio reinó en toda la casa.

Pero Julián sentía un vago, inexplicable malestar: el reposo no acudía a su espíritu tan pronto como él deseaba, y empezó a revolcarse, intranquilo y febril, como un condenado, entre las sábanas.

Ya no pudo conciliar el sueño. Sonaban roncacas, tristes, las horas, unas tras otras, en el viejo reloj del comedor, y el angustiado mozo, víctima del insomnio, hacía esfuerzos inauditos por refrenar su imaginación que, incorregible y al azar, errante y loca, se empeñaba en perderse por un dédalo de reflexiones inquietantes.

De súbito, cual si despertase de un sueño profundo, como si lo hubiesen sacudido bruscamente en medio de ese sueño, Julián se sentó repentinamente en la cama. Acababa de oír un ruido extraño, un rumor levísimo de pasos y el roce de una mano que iba a tientas a lo largo de las paredes.

Conteniendo el aliento, queriendo ahogar hasta los latidos de su corazón, con el oído alerta, se mantuvo en aquella actitud más de un cuarto de hora.

El ruido había cesado. Por un instante creyó que en realidad se había dormido y que aún era presa de una extraña alucinación de sus sentidos. Y en esta persuasión iba a reclinar de nuevo la turbada cabeza sobre las almohadas, cuando percibió, claro y distinto, el gemir de una puerta que se abría. ¡Ahora sí estaba bien despierto!

Separó de un tirón las sábanas, saltó impetuosamente de la cama y, echando mano de la pistola, salió del cuarto, descalzo. Avanzó por el pasillo sin luz, con los brazos extendidos, con los ojos muy abiertos, como si a través de la obscuridad fuera a descubrir y a encontrar lo que buscaba.

Llegó hasta el comedor como un loco, sin saber adónde iba. En el extravío de su marcha a oscuras, impelido por la imperiosa necesidad de descubrir, de saber el motivo de aquel ruido que la sobresaltara, tropezó con varios muebles, produciéndose un estrépito infernal en toda la casa. A este estrépito siguió el ladrido hostil, repetido, furioso, atronador, de los perros, que despertaron fuera.

Julián se detuvo entonces, asustado de lo que acababa de hacer. Por un instante perdió la serenidad, vaciló, sintióse el alma sobrecogida de angustia y estuvo a punto de retroceder de nuevo hacia su cuarto.

No se movió, sin embargo.

Resignado y resuelto a averiguar lo que ocurría a aquellas horas en su casa, se mantuvo a pie firme suspenso, ahogando su jadeante respiración, apretando con mano convulsa el arma que llevaba.

Pero los perros continuaron en el vestíbulo, aporreando furiosamente las puertas de la sala, como si quisieran franquearlas, desgarrando el silencio de la noche con sus feroces ladridos, conmoviendo y alarmando la finca. Julián se impacientó; el que iba a sorprender exponíase a ser sorprendido como un ladrón si la servidumbre se despertaba y salía; y justamente en el cuarto de los criados había ya grande agitación, movimientos de personas que se levantarán en desorden; en medio de este desorden resonó una voz áspera, seca, voz de mando, la voz del viejo Mateo, que metía prisa, lanzando interjecciones enérgicas.

Desorientado aún, pero siempre a tientas y de puntillas, Julián se apresuró a ganar la galería, o lo que a él, envuelto en aquella obscuridad, se le figuró la galería. Casi al mismo tiempo, dejando escapar un agudo chirrido, idéntico al que él oyera un momento antes desde su cama, abriose violentamente una puerta, y la trémula luz de una palmatoria, sostenida por una mano que temblaba al par de la luz, proyectó sus vacilantes resplandores sobre las paredes, iluminando de plano a Julián. En seguida de la mano salió un brazo desnudo, luego un hombro cubierto por una manta, y por fin la figura de una mujer: la de Susana.

Salía de su aposento, sí, pero salía con la faz desencajada horriblemente, pálida, como si acabara de cometer un delito. Parecía una muerta.

¡Su madre! Él no la esperaba. Perdió por completo el aplomo; se quedó inmóvil, pegado a la pared, con los brazos caídos, con la boca entreabierta: iba a hacer una pregunta atroz, horrible, espantosa... Pero no pudo; se le anudó la voz en la garganta, balbuceó una excusa... Y confundido, lleno de vergüenza, por la situación singularísima en que se hallaba allí, en ropas menores, atolondrado, tropezando otra vez con los muebles, a pesar de la claridad que arrojaba la palmatoria, se volvió a su habitación.

Y apenas salió Julián del comedor, apareció Isabel a la puerta de su cuarto.

Al reconocerla, Susana no pudo reprimir una exclamación que se acercaba al espanto mucho más que a la sorpresa, y por un movimiento instintivo retrocedió dos pasos hasta el umbral y entró rápidamente en su alcoba, perseguida siempre por la anonadante y colérica mirada de la joven. Isabel lo había oído todo, lo había sospechado todo.

Aquellos pasos cautelosos que sobresaltaron a Julián no podían ser otros que los de su padre, que se dirigía al cuarto de Susana.

- XXXIV -

Azuleó la mañana en el Oriente, y el bosque despertó, despertó de improviso, rompiendo con su enérgico y vigoroso desperezo de monstruo la niebla que como inmensa sábana de encajes lo envolvía.

Entre la vaga claridad del alba destacaron los perfiles de sus crestas las montañas, y detrás de éstas asomó su radiante disco el sol y comenzó su marcha victoriosa hacia la tierra. De la tierra brotó entonces uno como rumor de vida nueva, el rumor de la vida de los campos, que ascendía en prolongados estremecimientos de júbilo al espacio, y de todos los escondrijos de la selva salieron en tropel los pájaros, entonando himnos de alegría.

En tanto el sol, que alumbraba ya por todos sus flancos la montaña, envolvía en fulgurante luz las cabeceras del torrente, y el torrente parecía un espléndido penacho de oro y púrpura, que azotaba furiosamente las rocas en su fantástica caída.

No obstante estas alegres irrupciones de la Naturaleza despertada, en el viejo caserón todo era triste. Hasta los pasos de la gente que dentro se movía, levantándose y aliñándose sin prisa, revelaban ese rumor de abrumadora pena que se adivina a través del recinto donde acaba de ocurrir un gran disgusto.

Y así fue cómo, contrariadas, mohínas, reflejando en sus rostros las tristezas del insomnio, salieron de sus respectivas habitaciones Susana e Isabel. Un poco más tarde salió también Espinosa, y esquivando el encuentro con ellas, se fue directamente a la terraza, donde se entregó a la lectura de los periódicos que trajo de la ciudad.

El único que permaneció en su cuarto fue Julián; no quiso salir de él en toda la mañana. Allá a las doce, cuando lo llamaron a almorzar, dijo que no tenía apetito, que se había desayunado tarde, acabando por pedir algo de fiambre para llevarse al campo, porque se iba de caza y pasaría la tarde fuera.

Y con efecto, al cabo de una hora apareció a la puerta de su cuarto, listo de un todo, como para una gran batida; con sus botas altas hasta las rodillas, el pañuelo de seda al cuello, la amplia blusa sujeta a la cintura por una faja de cuero, en la faja un gran cuchillo de monte; y al hombro, ya cargada, limpia y reluciente, su magnífica escopeta.

Huyendo del contacto de los demás, trató de ganar el bosque por el jardín; pero Isabel estaba al cuidado; lo vio, corrió tras él, lo alcanzó, se agarró silenciosamente a su brazo y lo acompañó hasta el comienzo de la montaña.

Aunque el trayecto era breve, como marcharon aprisa, acosados por un sol que incendiaba la pradera, se detuvieron jadeantes bajo uno de los frondosos y amenos bosquecillos que daban acceso a la selva, y en él permanecieron largo rato, vacilando mucho antes de dirigirse la palabra: tal era el estado de sus almas.

Al fin habló Isabel; habló con aquella voz trémula que salía medio envuelta en lágrimas de su garganta, cuando pretendía ocultar alguna pena muy honda. No tardaría, ¿verdad que no tardaría? Lo esperaba... Esperaba que regresase pronto, antes de obscurecer.

Mientras más pronto, mejor. Porque ella sentía una angustia horrible que no sabía explicarse; y además una tristeza tan grande, tan grande... que hubiera preferido que se quedase en casa. Si es cierto que me quieres -agregó-, no te alejes mucho, Julián, no te alejes. Vuelve pronto. Y lo decía de tal modo, con tal súplica en la mirada, con tales balbuceos en la expresión, que sus palabras, temblorosas y torpes, produjeron en el mozo el efecto de una revelación.

La oyó, sin contestar, y mientras la oyó no apartó de ella los ojos escrutadores y profundos. Ante la insistencia de estos ojos, en donde brillaba, como una pregunta, el

reflejo de su desesperación, Isabel se turbó y bajó la vista, a arrepentida de haber dicho demasiado.

Hubo un nuevo silencio, que rompió Julián, como si temiera adivinar más de lo que sabía, despidiéndose, al fin, con un "adiós" breve y doloroso. Y se lanzó en carrera desatentada a través de la selva imponente, enmarañada y bravía, cuyas oleadas de levantisco follaje, derramándose por las faldas de los cerros e invadiendo la pradera, formaban en todas partes bóvedas, pirámides, túneles y verdaderas catedrales de verdura, por donde apenas podía filtrarse, avergonzado de su impotencia, uno que otro rayo del sol que incendiaba la llanura.

Al ruido de los pasos de Julián, los pájaros volaban asustados, y algunos inmundos reptiles corrían a armarse para el ataque y la traición en sus oscuras guaridas; pero él, embebido en su indefinible angustia, sin cuidado, sin miedo a los peligros, se internaba, se internaba en el augusto bosque, siempre a la ventura, penetrando por laberintos de juncos y retorcidos chaparrales, salvando barrancos que producían vértigos, venciendo repechos, trepando por altos ribazos, por sendas trazadas en peligrosos zig-zags, sobre los mismos peñascos.

Después de mil revueltas y rodeos llegó a cierta altura de la montaña donde las rocas, aglomeradas al borde de un abismo, servían de nido a las águilas soberanas del espacio.

Al borde de este abismo, menos insondable que su inmenso dolor, lloró Julián Hidalgo su deshonra...

Fue aquella una agonía silenciosa, de muchas horas largas: una agonía muda, una agonía desesperante, que se prolongó toda la tarde. Cuando se levantó, sucumbiendo a la desgracia, sangrando el corazón, aturdido por las lágrimas, aturdido por el recuerdo, aturdido por el pensamiento, en poco estuvo que no cayese rodando de cabeza por el profundo barranco.

Declinaba la tarde. Por encima de los blancuzcos cerros de Cocuyo, enviaba el sol sus últimos adioses a la selva, y la selva parecía que se ensanchaba y se erguía, vigorosa y triunfante, para contestar con su misterioso lenguaje de rumores al adiós del luminoso viajero.

Julián, en pie sobre el peñasco, contempló asombrado el fulgurante espectáculo que ofrecía la Naturaleza, y envuelto en su inmenso esplendor el caserón de sus mayores, empequeñecido por la distancia; pero siempre con su aspecto patriarcal, severo, silencioso.

A la vista de la finca experimentó una nueva extraña turbación, y violenta sacudida estremeció todo su ser. Sintió como si una mano inexorable lo arrastrase hacia ella, y asaltado de súbita sospecha, acometido de irresistible deseo, atormentado aún por el tropel de reflexiones que lo turbaban, se decidió a regresar.

Bajó aprisa y corriendo, espoleado por la impaciencia, el estrecho caminejo que en peligrosos culebrios conducía al comienzo del valle. Bajó atropellándolo todo, casi

rodando: parecía que lo empujaban. En menos de media hora venció el descenso, los despenaderos, los zarzales, donde dejaba el traje a jirones y se arañaba las manos y se rompía los pies.

En un remolino de juncos estuvo a punto de perder la escopeta. Al entrar por fin en el túnel que daba comienzo a la pradera recibió en pleno rostro las húmedas emanaciones que de su fondo surgían, y juntamente con esta caricia de frescura, cuando de allí salía, encorvándose y apartando las ramas que le hacían daño, llegó hasta él un susurro de voces.

Al principio no supo de dónde partían éstas, algo confusas y apagadas: mas púsose al punto en acecho, y merced al aire que entró en ráfagas violentas por la boca del túnel, las percibió cada vez más claras.

Entre ellas venía mezclado uno como rumor de lucha. Se acercó entonces cautelosamente, escudándose con la maleza crecida a su antojo en aquel sitio; y como aún estaba distante y no podía ver bien, dio un rodeo al matorral que le estorbaba y adelantó otros cuantos pasos. Crujieron bajo sus pies las hojas secas, produciendo inoportuno ruido, y se detuvo. El corazón le latía con violencia, lo ahogaba, quería salirse del pecho al escuchar mejor y con más precisión lo que cerca se hablaba.

-¡No, por Dios, aquí no!

Fue la voz de Susana, que rasgó, trémula, angustiada, el silencio de la selva.

Aquellas palabras atronaron los oídos de Julián. No esperó más. Abrióse una brecha con los brazos, con las piernas, con todo el cuerpo, a través del follaje que le cerraba el paso, y se quedó helado de espanto, sin fuerzas para gritar, sin voluntad para tomar una resolución instantánea.

¡Eran ellos! Sí, ellos: Susana y Espinosa forcejeando; protestando ella, suplicando él, riéndose los dos en medio de las protestas y súplicas. Susana luchaba débilmente, y Espinosa, adivinándola, no se dio por vencido: la abrazó y la besó.

Temblando de lujuria, sus manos impacientes le tentaron el seno, buscando a tientas los botones de la chambra: ésta se abrió al fin, y brotaron por entre los encajes de la camisa los opulentos pechos de la viuda, que no supo defenderse.

En el primer momento, Julián quiso huir por donde mismo había venido; pero los pies le echaron raíces y se quedó como petrificado, rígido. Después se tambaleó como un ebrio y se agarró a un árbol para no caer. Fue sólo un minuto. Iba a rodar al suelo como herido por un rayo. En aquel instante mismo Susana volvió la cabeza..., extendió los brazos, y un gemido desgarrador, como el gemido de una persona estrangulada, se escapó de su garganta. Espinosa se volvió a su vez rápidamente, y quedaron los dos hombres mirándose cara a cara.

En los ojos de Julián brilló un relámpago de ira, se estremeció todo su cuerpo, y palideció intensamente, con esa palidez que pone el odio en el semblante de los indios de raza.

Don Anselmo comprendió al punto que aquel muchacho era capaz de todo en aquel instante, y por un movimiento instintivo, que, desgraciadamente, no advirtió la espantada Susana, sacó del bolsillo aquel revólver compañero inseparable de su vida.

Pero mudo y resuelto, con increíble rapidez, Julián se echó la escopeta a la cara, y, sin darle tiempo al miserable, apuntó, oprimió el gatillo del arma, sonó un disparo en la inmensa selva, una explosión de humo quedó flotando entre los árboles, y cayó en tierra Espinosa: cayó de rodillas, buscando apoyo.

Por encima de él, loca, desmelenada, pasó Susana de un salto, y corrió despavorida bosque adentro.

Mientras tanto, ayudándose con las manos, en las angustias de la muerte, el herido hizo un esfuerzo; se incorporó a medias en el musgo y disparó dos veces seguidas sobre Julián.

La fiera despertó entonces. Se tanteó el cuerpo. No había herida ni sangre; pero la sangre de sus levantiscos abuelos subió a su rostro, le invadió el alma. Se sintió salvaje como ellos. Recogió su vida entera en un solo minuto: la primera injusticia del colegio y el primer dolor de su juventud, la muerte misteriosa de su padre y la caída ignominiosa de Susana; el sacrificio de su novia y la actitud agresiva de aquel pueblo que celebraba con insolentes risotadas su deshonra -lo que él llamaba su deshonra-, y, ciego y desatentado, se lanzó sobre Espinosa blandiendo el cuchillo de monte, cuya limpia hoja relampagueó por modo siniestro en el espacio.

Un grito trágico, uno de esos gritos que erizan los cabellos y ponen miedo en el corazón de los hombres más osados, lo retuvo. Aquel grito partía del alma de Isabel que llegaba desatentada, pero magnífica y engrandecida por el dolor, tendiéndole los brazos.

Julián hizo ademán de detenerla a distancia, como si quisiera decirle con el ademán, con el gesto: "¡No, no te acerques! ¿No ves que he sido yo quien lo ha matado?"

Pero Isabel no hizo caso; continuó marchando decidida en la misma actitud trágica, sublime; y cerca ya, protegiendo con su cuerpo el cuerpo del moribundo que se retorció sobre la hierba ensangrentada, echó los tendidos brazos al cuello del indio colérico, y se colgó a él y le vertió en los labios toda su alma empapada en lágrimas.

Y en tanto que el último rayo del crepúsculo, filtrándose por el tupido follaje, caía sobre la limpia hoja del cuchillo, sobre el lívido rostro de Espinosa y sobre el grupo amante, dijérase que rugía de satisfacción el bosque entero; y que, como la vez primera en que Julián entró en él, hubo extraños rumores en los hondos barrancos, estremecimientos de árboles, seculares testigos de horrores no olvidados; y águilas gigantescas que, extendiendo sus alas enormes, cruzaron con poderoso vuelo por las cabeceras del torrente y fueron a cantarle en su épico idioma de graznidos al abierto espacio, la hazaña de un Hidalgo que

acababa de cobrarse en sangre la injuria hecha a su tribu por el representante de aquella sociedad infatuada que le había arrojado de su seno.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

